

SERIE
PASIÓN

Shhh!

Siempre fuiste
mi secreto

SHELLY KENGAR

Siempre fuiste mi secreto

Shelly Kengar

©shellykengar

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright. Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

Maquetación: Shelly Kengar
Corrección Dache Correcciones
Portada-Mari Sang

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Agradecimientos

En primer lugar agradecerte a ti, lector por tener esta historia en tus manos, espero lo disfrutes y no olvides dejar tu valoración en Amazon.

En segundo lugar, lo más importante agradecer a mi familia, David, Carlota y Violeta por permitirme cumplir mi sueño, aunque con ello haya tenido que abstraerme delante del portátil horas y horas.

No puedo olvidarme del grupo Las únicas, ¡que maravilloso habernos conocido! Ellas con sus charlas y consejos me han ayudado a diario a continuar con esta historia y espero que sigan a mi lado en las siguientes, porque aviso, hay historias para rato.

Quiero agradecer a Mari Sang por el maravilloso trabajo que ha hecho con esta portada que ¡Me encanta!

Mi familia digital cada día crece más, porque en este mundo hasta el momento solo me he encontrado con gente estupenda y corazones enormes. Cuando hago alusión a corazones enormes no puedo evitar pensar, en Laura de @loslibrodelaura, ¡qué suerte haberte conocido preciosa ¡Mil gracias por apoyarme a diario!!Eres la caña!

Doy gracias todos y cada uno de los miembros de Cd (comunidad de escritores) por su apoyo y porque sigo aprendiendo de vosotros a diario. A mi familia del Club de tinta y letras porque juntos podemos...

Agradecer el cariño que me brindan siempre:

Noemi (@noemilibros) porque siempre tiene palabras preciosas para mis novelas y tiempo para leerme a pesar de las miles de colaboraciones que tiene. GRACIAS

Naiara (@nladevoradoradelibros) porque desde el principio ha creído en mí y apoyado leyéndome, GRACIAS.

Por último no me canso de agradecer a Cris(@christinetales), Mari Sang (@mari. sang), Isa(@estilobells), Myra Reda(@myrareda12) y a Esther porque me encanta daros los buenos días y siempre puedo contar con vosotras.

SERIE PASIÓN



Sinopsis

Ayleen Macleod es una mujer independiente entregada a su trabajo, pero tiene un secreto....

Adrién Legrand, atractivo, autoritario, recto, alguien oscuro que esconde una falsa moral. Él ha luchado contra la atracción que siente por la mejor amiga de su hermana pequeña. Ella es alguien prohibido para él, siempre la ha deseado en las sombras, ha luchado contra la lujuria y las ganas de tocarla. Pero una noche todo cambió en la oscuridad, Adrién Legrand le arrebató algo importante a Ayleen.

Han pasado seis años y vuelven a encontrarse frente a frente. Ambos lucharán con esa atracción intensa que les incita a tocarse. ¿Ganará la resistencia o el deseo?

Una celebración, una boda y muchos secretos que saldrán a flote en el transcurso de esta historia que te envolverá en sus tentáculos.

Mentiras, atracción, gente que no es lo que parece y un secreto que amenaza con salir a la luz de un momento a otro.....



Prólogo

—Lo tienes que hacer *please*, por favor Ayleen —. Los ojos suplicantes de Marinet siempre lograban convencerme de acompañarla en cualquier locura.

—Caray, no entiendes que si tu hermano me pilla querrá mi cabeza servida en bandeja de plata —. advertí con el ceño fruncido.

Pero claro, mi amiga no se amilanó ante esa advertencia, posiblemente porque no es a ella la que tiene la posibilidad de ser pillada infraganti sino yo.

—Ayleen si mi hermano llega a ver ese video, es capaz de matarme, que digo, quemarme en la hoguera viva —. exclamó dramatizando.

Si alguna vez mi amiga se cansaba de estudiar administración y dirección de empresas, creo que tendría un lugar asegurado en el elenco de actores internacionales. El dramatismo fluye por sus venas de forma espontánea.

—Okay está bien, necesitaré la contraseña del móvil, para poder desbloquearlo y eliminar el video —. solicité.

Caminar en mitad de la oscuridad, descalza y en pijama no era lo que yo tenía pensado para mis vacaciones en el castillo de Cheverny. Pero como venía siendo habitual, me veía envuelta en la situación de sacarle las castañas del fuego a mi amiga, Marinet Legrand. Por esa razón allí estaba andando, móvil en mano, como única ayuda para guiar mis pasos en mitad de la tenebrosidad de la noche. Los angostos pasillos del castillo de día eran un espectáculo maravilloso, pero de noche, era otra escena totalmente diferente. El silencio sepulcral y la densa negrura, lo dotaban de un aspecto tétrico que coronaban los cuadros de los ancestros, de la familia Legrand, que cubrían sus paredes. Un escalofrío recorrió mi nuca erizando los pelos de la misma, tanta quietud no me ayudaba a no sentir miedo. Odiaba la oscuridad, desde bien pequeña ese miedo me había perseguido y creo que, aun en la actualidad, no lo tenía superado. Estaba acostumbrada a los castillos, yo misma había vivido en uno desde que nací, por lo que ese no era el problema. Aunque El Castillo de Cheverny era mucho más grande que Eilean Donan, mi hogar.

—Me debes una, no mil —. susurré en mitad del silencio de la noche.

Marinet y yo nos conocimos en un internado de París, donde ambas estudiábamos. Nos habíamos convertido en amigas inseparables por lo que incluso pasábamos las vacaciones juntas. Cada año en casa de una, ese verano me había tocado desplazarme a la residencia estival de los Legrand en Orleans. Como siempre Marinet se había metido en líos, era única a la hora de liarla parda, que se dice...

Marinet y Mateo, su hermano es de la misma edad porque ellos son mellizos. Se quedaron sin padres cuando eran pequeños asumiendo su tutoría su hermano diez años mayor, pero este era demasiado estricto con ellos. Sin embargo mis amigos siempre se las ingeniaban para saltarse las normas de Adrién Legrand. Tan solo escuchar su nombre me producía grima, habíamos coincidido en tres ocasiones a lo largo de los años, pero él siempre me había mirado como si fuese una polilla.

A pesar de que quería mucho a Marinet, no sé bien como mi amiga se lo hacía que, siempre acababa metida en líos, de los cuales yo tenía que sacarla. Su carácter extrovertido e impulsivo lograba que fuera la reina de cualquier fiesta, pero también le ocasionaba daños colaterales. Teniendo en cuenta que su tutor y querido hermano mayor era un estirado con la rectitud de un coronel del ejército, por los tanto Marinet como Mateo debían estar siempre

borrando sus malas conductas y excesos.

Pues nada allí estaba en mitad de la noche para colarme en la habitación de Adrién Legrand, coger su móvil y borrar un video enviado por un ex novio enfadado de Marinet, mostrando a mi querida amiga en actitud perjudicada.

Un temblor recorrió mi cuerpo al acercarme a la puerta de la habitación, gracias a dios, según Marinet él aún estaba en la terraza tomando el aire de verano por lo tanto mi misión en principio no tenía mucho riesgo. Entrar a su habitación coger el teléfono borrar el video y salir sin ser vista.

Dicho así era una hazaña de lo más sencilla.

Giré con cuidado la maneta haciendo presión sobre la puerta para que no chirriara, las puertas viejas lo hacían por esa razón opté por evitarlo. Un ruido ensordecedor de las resacas bisagras podría alertar a cualquiera. Con pasos suaves entré en la habitación sin encender ninguna luz, a oscuras con la simple claridad que me otorgaba la linterna de mi móvil, y el resplandor de la luna llena que entraba por la ventana. Mis pies notaban la mullida moqueta que cubría el suelo de la estancia, lo cual agradecí en silencio. Oteé la habitación para localizar la mesita junto a la cama que era donde, Marinet me había informado que su hermano solía dejar el móvil. Localicé el aparato junto a la cama de estilo renacentista con dosel incluido.

<< ¡Dios! que agobio dormir ahí>> pensé mientras avanzaba.

Agarré el móvil entre mis manos y coloqué el patrón que Marinet me había indicado, retuve el aire en mis pulmones a la espera de que se desbloqueara el teléfono.

—Bien —. susurré al ver que el móvil mostraba la pantalla de inicio. Y sin dudar me apresuré a buscar la aplicación de WhatsApp, localizando el vídeo comprometido con rapidez.

—¡Bingo! —. exclamé con voz queda.

Sin pensar presioné el botón de papelera.

En el preciso momento en el que se iluminó la habitación supe que estaba en problemas y de los gordos. La sorpresa inicial provocó que mis manos temblaran dejando caer el móvil de entre mis dedos, para acabar estrellado contra el suelo enmoquetado. Cerré los ojos ante el sonido de la pantalla resquebrajándose.

Con prisa corrí hacia la puerta para poder salir escopeteada.

<<Siempre puedo poner alguna excusa tonta para salir indemne>> pensé.

Cuando mis ojos se cruzaron con la mirada turquesa del imponente Adrién Legrand, mis rodillas comenzaron a temblar y mi mente se quedó en blanco.

—Espero que tengas una buena excusa para estar en mi habitación, Macleod.

Su voz ronca impertérrita ocasionó que no solo mis rodillas temblaran sino que mi estómago diera un vuelco intenso. Allí parado en el vano de la puerta con porte intimidante, atravesándome con su mirada crítica. Tan cerca, Adrién imponía más que en las pocas ocasiones que lo había visto de soslayo. Una figura imponente con su altura de casi dos metros junto con un cuerpo delgado, pero fibrado que se vislumbraba a través de la camiseta de algodón que llevaba, y un pantalón largo de tergal que descansaba sobre sus caderas. En definitiva en las distancias cortas Adrién Legrand provocaba miles de calambres en mi cuerpo abrumándome de forma extensa. Lentamente recorrí con mis ojos su figura hasta llegar a su rostro, ese que cualquier modelo desearía tener, anguloso, pero firme, con una nariz recta y sobria. A conjunto con esos ojos rasgados engalanados con unas pestañas rubias que hacían más intenso el color azul de sus pupilas. Mirar con fijación ese azul te transportaba a los mares del pacífico. Sentí otro escalofrío atravesando mi columna vertebral. Estática así estaba sin ser capaz de mover un solo músculo de mi cuerpo, embebada y embelesada con su imponente presencia.

—¿Estás sorda?

Aquella pregunta me sacó de mi estado de transición, pestañeando sorprendida.

—Lo siento me equivoqué de habitación, todavía no me acostumbro a este castillo —. Me excusé acelerando mis pies para salir rápido de allí.

Pero cuando pase por su lado en un movimiento rápido el aferró uno de mis brazos y sin ni siquiera darme cuenta me acorraló entre su cuerpo y la puerta de la estancia.

Sus manos sujetaban mis brazos con presión, noté como la piel bajo sus dedos se calentaba y picaba. Mis ojos se clavaron perplejos en los suyos. Sabía que debería estar aterrada, pero por alguna extraña razón no es lo que sentía. Por el contrario miles de hormigas subían por mis piernas juntándose con cientos de mariposas que aleteaban en mi estómago.

—Macleod, más te vale explicarme algo más convincente —. siseó con los dientes apretados, sin apartar sus pupilas de las mías.

Esa forma ruda en la que pronunciaba mi apellido, lograba arrancar mi enfado, pero a la vez se mezclaba con una suave excitación desconocida hasta el momento.

Ahora ya no parecía tener el pacífico en sus ojos. más bien se han vuelto un pelín más grises que azules, como si una tormenta se estuviera fraguando en ellos.

—Macleod, estoy esperando —. insistió frunciendo el ceño.

Una punzada de rabia se encendió den mi interior, al escuchar de nuevo cómo se dirigía a mí por mi apellido.

Sabe perfectamente mi nombre, pero no lo pronuncia. Esa afirmación se cuela en mi cabeza avivado mi enfado.

—Ya te he dicho que tengo mal sentido de la orientación —. contesté. Esta vez mi voz no sonó temblorosa animada por la ira de sentir su desprecio al hablarme.

—No me fío de ti, con esa cara angelical, como si realmente fueses una niña buena. Ese papel que representas ante el mundo yo no lo compro. Sé que en tu interior se esconde algo que no dejas ver y demasiado peligroso —. expresó más para sí mismo que para mí, pero sin quitar su atención de mi rostro.

Noté la sensación como si me faltase el aire, una gran fuerza intangible oprimía mi pecho. De repente mi garganta se había secado. Humedecí mis labios de forma involuntaria sin apartar mis ojos de él. Algo cambió en su rostro al segundo, como si un rayo lo hubiese atravesado, abriendo los ojos de par en par. El aire desapareció de entre nuestros cuerpos. Los pectorales de Adrién estaban pegados a mi pecho oprimiendo. Un calor extremo se había instalado en la habitación y en mí.

Taladrada y excitada esos sentimientos me atravesaron sin medida al tiempo que podía sentir el cambio de ritmo en la respiración de Adrién.

No es que contaré con mucha experiencia en hombres, aparte de varios besos subditos de tono, a pesar de tener a mi amiga Marinet dándome la tabarra para que al fin pasar al club de las adultas, dando el paso final con alguno de los chicos que siempre me rondaban

Aun así yo siempre me había resistido porque en realidad esos chicos no despertaban en mí más que unas cuantas ganas de besos. Ahora lo comprendía, esa revelación cruzó mi cerebro en ese preciso momento, mientras estaba pegada al cuerpo de Adrián consumiéndome de excitación bajo su escrutinio. Mi barriga se tensa y noto cierta humedad en mis bragas. Toda yo sentía como si estuviera en una gran batidora de emociones.

Tentación, sus carnosos labios, excitación, el roce de su pecho y anticipación, esta última la podía ver bailando en sus pupilas.

Sin pensar mucho abrí mi boca para rebatir su comentario, pero al minuto fui consciente de mi error. La boca de Adrién se abalanzó sobre mis labios con ferocidad, presionando con fuerza, abriéndole paso a su irracional lengua para devorar el interior de mi boca de manera hambrienta.

Sabía que, debería sentirme saqueada e incómoda, pero mi sorpresa mi cuerpo reaccionó con la misma intensidad que él, facilitando su entrada para profundizar aquel beso que me excitaba de forma exagerada.

Un beso salvaje que humedeció mi sexo en cero coma a segundos. Mis manos volaron a su nuca y sin preámbulos lo aprieto para pegarlo más si cabía a mi boca.

Relegados al subsuelo quedaron los besos que hasta la fecha había experimentado. Nada era comparable a la destreza con la que Adrién Legrand devoraba mi boca.

Cada fibra sensible de mi cuerpo se encendió ante ese beso abrasador, las manos de Adrién apretaron con fuerza mis nalgas pegando mi centro a su dura erección. Sin despegar sus labios de mi boca ni detener el ardiente escrutinio de su lengua.

La prisa y el apremio guiaba nuestros cuerpos, en ese momento no había lugar para ningún pensamiento coherente. Por esa misma razón acabé desnuda sobre el mullido colchón coronada por aquel horrible dosel.

Fue el único momento en el que Adrién se permitió detenerse y repasar con su mirada cada centímetro de mi cuerpo. Y yo me derretí ante sus pupilas de turquesa líquida. Pero el repaso no duró mucho más, se abalanzó sobre mí cuerpo con ansia y tremendamente excitado. Mi cuerpo respondía a sus caricias con intensidad entregándose sin barreras. Sus dedos acariciaron mis labios inferiores lubricándolos y yo me retorcí de placer con ese simple gesto, nada que ver, cuando yo misma me había tocado en la soledad de mi habitación.

Con suma destreza Adrién se deshizo también de sus prendas mostrándome su cuerpo arrebatador, sin un ápice de grasa, definido y fuerte, coronado por su verga alzada y lista para ensartarme. El miedo y el deseo se entremezclaron en mi interior, pero él se encargó de borrarlos. Se colocó entre mis piernas las cuales le facilitaron complacientes el acceso. Sin dejar de calentarme con su profunda mirada. Colocó su erección en la entrada de mi vagina y presionó con suavidad arrancándome un gemido, sus dedos acompañaron a su falo en mi canal estrecho acariciando mi botón para facilitar el acceso.

Consumida por el deseo como estaba apenas noté una punzada de dolor cuando mi membrana de virginidad se rasgó a ante la embestida de Adrién. Cerré los ojos y él se detuvo durante unos breves segundos que a mi cuerpo se le antojaron eternos.

—Hôte.

Esa maldición en francés retumbó en toda la estancia y la desilusión comenzó a hacer mella en mi corazón. Aunque pronto fue reemplazada por los espasmos de placer que subían por mi cuerpo ante la continuación de las embestidas rítmicas de Adrién.

Nunca creí que fuese posible experimentar un placer tan desbordante, pero allí estaba envuelta en mis gemidos a ritmo de los empujes de Adrién que con velocidad me estaban acercando a tocar el cielo. Y como si de una supernova se tratase ambos culminamos en el sumun del orgasmo.

Con la respiración descompasada todavía y el cuerpo sudoroso, Adrién se apartó de mí lado dejándose caer sobre el colchón. Por el rabillo del ojo observé cómo pasaba sus manos por su rostro y entonces lo supe.

Adrién Legrand me iba a romper...

—Macleod, esto no debería haber sucedido. Te pido por favor que me disculpes.

Y me rompió...

Con aquella simple frase impersonal y fría partió mi corazón. No consiguió mirarme a la cara, se mantuvo tumbado con la mirada en el techo.

Pero si algo caracterizaba mi carácter era la dignidad y a pesar de mis dieciocho años y mi ingenuidad, no iba a dejar que el capullo de Adrién Legrand supiese el dolor que me estaba causando.

—Tranquilo, en definitiva te estaré eternamente agradecida por librarme de mi virginidad. Hasta el momento no confiaba mucho en los chicos de mi edad para realizar esa hazaña. Al menos con alguien maduro como tú has sido suave —. informé de espaldas a él, en tanto recogía mis prendas y me las ponía dispuesta a salir lo antes posible de aquella maldita habitación.

Ni siquiera me atreví a mirarlo y salí con gracia, con la espalda recta y la cabeza alta como una reina. Porte que perdí cuando cerré la puerta tras de mí. Solté todo el aire que había retenido en mis pulmones y una solitaria lágrima cayó por mi mejilla.

En ese preciso momento Adrién Legrand junto con lo sucedido esa noche pasaron a ser mi secreto mejor guardado.

Capítulo 1

Seis años después en la actualidad.

Adrién Legrand

Madrugar es algo que me gusta, cada día incluido los fines de semana, me despierto y a las siete de la mañana ya estoy corriendo por las calles de París. Cuando estoy en la residencia de verano de mi familia, también lo hago, pero en el castillo puedo correr en el campo, pues la propiedad está rodeada por 10.000 hectáreas que dan para muchas carreras. Ahora mismo después de una ducha relajante disfruto de mi café bien cargado y la prensa del día.

Hoy trabajaré desde aquí, tengo varias teleconferencias que no pude posponer. A pesar de que no me gusta faltar a mis responsabilidades con el trabajo, esta semana no me queda más remedio. No todos los días, se celebra la fiesta de compromiso de tu hermana pequeña.

Sonríó al mismo tiempo que acerco la taza a mis labios para degustar el café.

Marinet ha crecido, aunque para mí siempre será mi *princesse*. A pesar de que la intenté disuadir, para celebrar la gran fiesta en París, ella declinó esa propuesta. Por lo que aquí estamos ultimando preparativos para el sábado y esperando a los invitados, entre ellos el novio y su familia que se hospedarán aquí con nosotros.

Elevo mis ojos y veo a Gabrielle caminar con gracia hacia la terraza principal donde yo me encuentro. Es una sorpresa verla levantada antes de las diez de la mañana. Obsesionada cómo está con las horas de descanso para que su bello rostro no sea víctima de ninguna arruga.

—Buenos días, amour —. saluda sentándose a mi lado.

—Buenos días Gabrielle, es extraño verte levantada tan pronto —. comento sin levantar la vista del periódico que estoy ojeando.

—Pregúntale a tu hermanita que no ha parado de hacer ruidos desde bien temprano. Emocionada no, lo siguiente por ir al aeropuerto —. Se queja con mala cara.

—Bueno querrá recoger a Phillip y a sus suegros personalmente —. comento sin mirarla.

Gabrielle y Marinet no tienen una relación demasiado buena, ambas discuten a menudo aunque pocas veces delante mío. A pesar de que llevamos juntos más de tres años, mi novia no ha hecho mucho por ganarse la amistad ni el cariño de mis hermanos. Pero no es algo que me quite el sueño. Para mí Gabrielle es mi zona de confort, tenerla a mi lado evita que sea el protagonista de la prensa rosa como el soltero de oro. A pesar de que no tengo intención de dejar de ser soltero.

—Sí fuese a su novio aún lo entendería pero por lo que pude oír va a recoger a una amiga —. comunica Gabrielle mientras Amelie le deja su habitual plato de fruta fresca y su leche de soja. Desayuno usual de mi novia.

Al oír el comentario de Gabrielle la intranquilidad se instala en la boca de mi estómago y mis ojos se entornan pensativos.

<<Marinet no se atreverá>> digo mentalmente.

En seguida intento relegar esos pensamientos y recuperar mi calma. Hace seis años que prohibí a mi hermana que siguiera manteniendo relación con su amiga escocesa, hasta la fecha tengo constancia que obedeció por lo que no tengo razones para desconfiar de Marinet.

Me levanto para irme a mi despacho pues dentro de poco tendré una de mis conferencias por Skype.

—Amour, ¿ya te marchas? —. pregunta Gabrielle con voz melosa.

—Tengo trabajo, estaré en mi despacho —. contesto con gesto serio.

—Uf! estar aquí es puro aburrimiento, no entiendo porque Marinet no te hizo caso para celebrar la fiesta en París —. Se queja hastiada.

—Es su fiesta así que puede hacerla donde quiera, Gabrielle te advertí que no quiero que nada ni nadie le estropee la celebración a mi hermana —. advierto antes de irme.

—Le pediré a Jean Paul que me lleve a la ciudad a hacer algunas compras ¿te molesta amour?

—No hazlo, yo trabajaré hasta la hora de comer, pero puedes volver más tarde si quieres —. contesto ante su cara complaciente.

Ayleen Macleod

Cuando bajo del avión me dirijo a cinta para recoger mi equipaje, respiro hondo. Hace seis años que no había pisado París. Pero no podía perderme uno de los días más importantes para mi mejor amiga, Marinet.

A pesar de la distancia y las restricciones y prohibiciones de su hermano, ambas habíamos conseguido mantener el contacto. Mi dicharachera amiga nunca había entendido las razones de su estricto hermano para prohibir expresamente que se relacionase conmigo, pero prefirió no discutir y al final hacerlo a su manera. Así era Marinet, siempre hacia lo que le daba la real gana.

Al imponer, Adrién Legrand su voluntad me había hecho un favor enorme, ya que yo me había evitado invertir excusas absurdas para no regresar a Cheverny ni a París.

Pero bueno ahora vuelvo a estar aquí, ya que seis años era tiempo considerable para que pueda comportarme como la adulta que soy delante del capullo de Legrand.

Al fondo veo a Marinnet con la mano alzada deshaciéndose en aspavientos para que la vea. Mi amiga nunca cambiará su espontaneidad es envidiable.

—¡Ayleen! —. grita emocionada, lanzándose a mis brazos cuando llego hasta donde está.

Ambas nos fundimos en un cariñoso abrazo ante las miradas de la gente que nos rodea.

—Marinet, por favor me falta el aire —. digo con voz estrangulada.

—Perdona, cariño, es la emoción, los nervios, todo —. informa acelerada.

—Si te sirve de consuelo yo también estaría de los nervios —. sonrío con cariño.

—Yo sabía que tú me entenderías. Eres la única que lo ha hecho en años, ni siquiera mi propio gemelo me entiende tan bien como tú —. confiesa mi amiga al mismo tiempo que le indica al chofer que cargue mis maletas en el maletero.

—Por cierto, ¿Dónde para Mateo en la actualidad? —. pregunto intrigada, ya que Mateo es un alma libre como el mismo se define y siempre está viajando.

—Pues ahora mismo en Camboya, pero la versión oficial en China estudiando un master en chino —. contesta Marinnet con una sonrisa pícara.

—Dios, Mateo está loco. Algún día lo pillaran en sus viajes mentira —. exclamo pensando por un momento en el estricto capullo de Adrién Legrand.

Al parecer su falsa moralidad y sus normas no le han servido de mucho con sus hermanos a fin de cuentas, tan solo para que le mientan, como hacen. Pero como no es mi problema ya se las apañara. He venido a estar con mi amiga en estos días tan felices y no voy a permitir que nada ni nadie me estropee el momento. Ni si quiera el todo lo puede Adrién Legrand.

Cuando llegamos al castillo Cheverny, allí parada frente a la majestuosa propiedad mi cuerpo se encoje sin poder evitarlo. Han pasado seis años desde la última vez que pisé este sitio y los recuerdos de aquella fatídica noche, luchan por salir a la luz y volver a mi memoria, pero los mantengo a raya. Aquella noche me rompieron, pues viví la experiencia más intensa de mi vida y a la vez la más humillante.

—Vamos.

—¿Cuándo dijiste que llegaran Phillip y sus padres? —. pregunto mientras ambas entramos al castillo.

—Llegarán en el vuelo de la tarde, supongo que estarán aquí para la hora de la cena. ¡Ah!, se me olvido comentarte que Ángelo vendrá con ellos —. deja caer mi amiga como un comentario casual. Pero yo sé bien que es un dardo directo a mí.

—Marinet, deja de ejercer de alcahueta, Ángelo y yo ya lo intentamos y no funcionó. Así que confórmate de que hayamos podido continuar como amigos —. explico haciendo hincapié en el tema de amistad.

Ángelo Tolman, es el mejor amigo de Phillip, el prometido de Marinnet, durante unos meses estuvimos saliendo, pero al final ambos decidimos dejar la relación. Porque no nos llevaba a ningún lado, él buscaba una novia, una de las que se casan, pero yo no entro en esa categoría. En su día ya decidí que no sería de las que se casan, aunque Brodick, mi hermano no se cansaba de indicarme que el día en el que me enamorase mis palabras debería tragármelas.

Yo sé que ese día no llegará, pero mi hermano es una persona muy cabezota, por lo que sería imposible que yo le hiciera cambiar de opinión. La única que tendría posibilidades en una hazaña de ese tipo sería mi cuñada, Dana Fraser, aunque no puedo apostar a que lo consiguiera.

—Lo único malo de todo esto es que la habitación de la Barbie está justo al lado de las nuestras —. comenta Marinnet.

—¿La Barbie? —. pregunto alzando una de mi negras cejas.

—Gabrielle, la eterna novia de Adrién.

Al oír a mi amiga, no puedo evitar sentir cierto malestar ante la mención. Con rapidez vuelvo a recuperar mi máscara de espontaneidad. Soy una experta, durante seis años he cultivado la facilidad de mantenerme impasible ante Marinnet cada vez que ha nombrado a su hermano mayor, por lo que mi amiga nunca ha sospechado mi animadversión hacia él.

Nos despedimos en el pasillo frente a la puerta de mi habitación, lo cual agradezco en silencio, porque muero por un baño relajante después del vuelo. Al entrar en la estancia mi mente vuelve a viajar sin permiso al pasado, porque es la misma que había ocupado durante cada verano, cuando Marinnet y yo pasábamos las vacaciones juntas. Sin querer la imagen de otra habitación más sobria y amplia se cuela en mi cerebro y la bloqueo cerrando los ojos con fuerza.

—Ayleen —. regaño en voz alta.

Bueno me desvisto y entro directa al baño, dejo caer el agua templada por mi espalda buscando el punto de

relajación. Cuando acepté venir sabía que no sería muy fácil y eso que todavía no nos habíamos visto. Lo realmente difícil llegaría cuando Adrién Legrand y yo volviésemos a estar frente a frente después de seis largos años.

Opto por un vestido blanco hasta los tobillos, vaporoso estilo ibicenco, lo compré en uno de mis viajes a esa hermosa isla. Es pleno verano por lo que si decido salir al jardín no temo pasar frío. La temperatura calima nos acompaña, por lo que decido que es una buena opción, así podré lucir mis suave bronceado, conseguido a base de horas de sol y mucha protección. Debo reconocer que mi piel es blanca, demasiado quizás por lo que me cuesta mucho lucir moreno. Aunque este año al parecer si podré hacerlo. Recojo mi melena en una cola alta y la enrolla sobre si misma colocando unas horquillas, saco varios mechones en la parte de delante para que no se vea tan repinado y pellizco ligeramente mis mejillas para darles color natural. No soy muy amante del maquillaje.

Poso mi mano en la maneta y abro la puerta para salir y poder reunirme con Marinnet, en ese momento soy incapaz de moverme, porque frente a mi subiendo los últimos peldaños de la escalera central, esta él. Adrién Legrand, con traje oscuro y camisa gris claro con la corbata ligeramente floja alrededor de su cuello y su pelo rubio desordenado.

¡Guau! no lo recordaba tan impactante, por lo que mis ojos no pueden despegarse de él durante unos minutos, cuando mis pupilas se cruzan con sus ojos turquesa, el miedo hace que reaccionen en un intento desesperado de cerrar la puerta y esconderme. Para mi desgracia el pie de Adrién se interpone entre la puerta y el marco impidiendo que pueda cerrarla.

—Hostia, abre la puerta Macleod —. gruñe dando un fuerte empujón que abre la puerta sin mucha dificultar y provoca que me separe de un salto.

Cierra la puerta tras de sí y me fulmina con su mirada como si fuese una cucaracha, de un momento a otro temo que intente rematarme con un pisotón.

—No puedes entrar de esta forma —. grito enfadada.

—Es mi casa, no te atrevas a decirme donde y no puedo entrar —. protesta con las mandíbulas apretadas con fuerza.

—Soy una invitada, no permitiré que violes mi intimidad —. rebato achicando los ojos fijos en él.

Si las miradas matasen Adrién Legrand hace rato que estaría muerto sobre la alfombra, pero para mí desgracia no soy ciclope ni tengo ningún super poder lo que si tengo es dignidad y seis años más que esa fatídica noche cuando me destrozó.

—Maldita sea Macleod no eres bienvenida, no deberías estar aquí —. grita nervioso pasando su mano por su pelo lacio.

Por un instante mis ojos se quedan pegados a ese gesto, recreándome en ese pelo sedoso que lleva peinado hacia un lado cayendo sobre sus rubias cejas. Sacudo mi cabeza para concentrarme en echarlo de la habitación.

—Lárgate —. ordeno alzando mi barbilla de forma altiva.

A veces solo una mirada puede hacer que te sientas pequeña, los ojos azul intenso de Adrién consiguen ese efecto en mí. Además de irritar, enfadar, excitar. No esto último se cuela en mi cabeza y lo relego, porque no quiero evocar ningún pensamiento positivo hacia él.

—Macleod, no acepto órdenes y menos de ti. Yo estoy en mi casa por lo que recogerás tus cosas y te marcharás. Invéntate lo que quieras delante de Marinnet. Pero que te vas, te vas. Sentencia entonando los ojos y señalándome con su dedo índice inquisidor.

Soy fuerte ya no soy una adolescente, soy una mujer y si de algo estoy segura es que no me dejaré avasallar por el recto e inflexible capullo de Adrién. Porque llevo seis años preparándome para este momento.

—Adrién, somos adultos por lo que debemos comportarnos como tal. Irme de repente solo causará malestar en tu hermana por lo que te pido seas coherente. Y si no me soportas pues mantente bien lejos de mí. A fin de cuentas tu propiedad es lo suficientemente grande para que no nos crucemos —. expongo con voz melosa. Aunque lo que realmente deseo es partirle esa cara de modelo que tiene. Pero debo pensar en Marinnet y en su fiesta.

Alza sus cejas doradas en un gesto de desconfianza. Durante unos minutos retengo el aire en mis pulmones expectante a su posible respuesta.

—Está bien, seremos civilizados, como propones —. dijo al fin girándose sobre sus pies para marcharse.

Elijo ese momento para soltar el aire contenido entretanto veo como desaparece por la puerta. Una vez me aseguro que ya no está, grito al aire miles de improperios dirigidos a él.

—Idiota, capullo. Los años podrían haberse portado mal con tu físico.

Pues esa es una opción que el tiempo me podría haber concedido, pero no. Seis años le habían valido para estar más imponente de lo que imaginaba fuese posible. Lo cual no ayudaba. El odio hacia Adrién Legrand ebullición en mi alma a 180 grados, pero debía reconocer que de nuevo había podido comprobar que mis hormonas no eran inmunes a él.

Doy un respingo al abrirse la puerta de nuevo, aunque recupero la tranquilidad al ver la sonriente cara de

Marinet

—Parece que has visto *Chucky* —. exclama divertida.

—No, pero creo que era su primo hermano —. bromeo.

—¿Qué ha pasado? He visto salir a mi hermano. Ha sido grosero contigo —. pregunta preocupada, con las manos en jarra.

—Adrién siempre es grosero, pero nada que no pueda manejar —. contesto.

—Sabes Ayleen a veces siento curiosidad, no entiendo como Adrién ha desarrollado esa inquina hacia ti —. comenta Marinet pensativa.

—No le des más importancia de la que tiene, a fin de cuentas, sabemos que todo lo que salga de su código de rectitud y saber estar, para él es inconveniente. Por lo que lo dejaremos que se atragante si quiere con sus malditas reglas —. digo con la intención de quitarle la preocupación a mi amiga.

En el fondo siento que soy una mentirosa ruin por no contarle mi historia con su hermano. Aunque me consuelo recordando que esa decisión la tomé en su momento para no empañar la imagen de hermano mayor que tenía Marinet de Adrién Legrand.

—Bueno, dejemos de hablar del insulso de mi hermano y bajemos al jardín tomaremos un refrigerio mientras nos ponemos al día —. propone con una sonrisa de oreja a oreja, agarrando mi brazo para instarme a seguirla.

El resto del día lo pasamos hablando, porque a Marinet le encanta hablar y a mí me gusta escucharla. Su optimismo y buen humor siempre me envuelven, junto a su manera tan característica de gesticular cuando se explica. Sus ojos, tan parecidos a los Adrién, brillan ante todo lo que está viviendo. A pesar de que nunca confíe en Phillip y Marinet como pareja de larga duración, el tiempo ha demostrado que estaba equivocada. Comemos solas porque al parecer Adrién Legrand ha decidido esconderse en su cueva y su novia de compras. En el fondo lo agradezco, pues no me apetece tener que verlo.

Marinet decide retirarse para descansar, así poder lucir resplandeciente por la noche ante su prometido y la familia de este. Yo he preferido dar una vuelta por los jardines de Cheverny, este es un castillo de estilo renacentista rodeado de unos jardines espectaculares que lo dotan de una majestuosa belleza.

Adrién Legrand

No puedo separar mi cuerpo de la ventana de mi despacho, la cual da directamente a los jardines delanteros de la propiedad. Caminando por ellos esta Ayleen, despreocupada y feliz, parece una hada vestida de blanco. Los años la han vuelto más bella, aunque pensaba que eso no era posible. Siempre fue hermosa, siempre encendió mi sangre como una mecha a la llama. A pesar de que siempre he luchado con esa enfermiza atracción hacia la mejor a mi amiga de mi hermana pequeña. Alguien a quien debería haber mirado como una hermana, pero mis necesidades y deseos no atienden a mi raciocinio.

Y después de aquella fatídica noche en la cual me entregó su virginidad, o se la arrebaté, la verdad es que ese punto jamás ha estado claro en mi mente, pues me cegó el deseo y enloquecí introduciéndome en su estrecho canal como un desesperado adolescente a mis veintiocho años.

Han pasado seis años, en los que he intentado borrarla completamente de mi mente. Prohibí a Marinet que mantuviese el contacto con ella y nunca más volvió a cruzarse en mi camino hasta hoy. Por lo que parece mi hermana omitió mi orden directa, como en muchas otras ocasiones y ahora estoy metido en un bucle demasiado peligroso. Por qué verla supone que mis deseos más primarios despierten como una bestia por largo tiempo adormecida. Su cuerpo curvilíneo se ha rellenado en estos años volviéndola más apetecible, su pelo negro como las plumas de un cuervo sigue contrastado con su blanca piel, a pesar de lucir un tono dorado pero demasiado suave. Y por último esos ojos de felino, verdes como las aguas de los lagos, como los prados de la Normandía que tanto me han atraído desde que alcanzo a recordar. Resumiendo, la presencia de Ayleen Macleod resultaba un problema difícil con el que lidiar. Llevo años relegando su recuerdo y mis ansias al lugar más recóndito de mi memoria. Pero sin verla, ahora tendré que seguir haciéndolo viéndola a diario durante toda una semana.

—Paciencia —. siseo pasando las manos por mi rostro para calmar la inquietud que siento.

Capítulo 2

Ayleen Macleod

Marinet vuelve a entrar en mi habitación sin llamar, esa costumbre la adquirió cuando estudiábamos juntas, y no la ha olvidado. Parada frente a mí me evalúa con sus claros ojos.

—Estás preciosa —. elogia regalándome una de sus sonrisas cariñosas.

—Gracias igualmente amiga.

He elegido un mono corto de color negro con un escote en palabra de honor, sobrio y elegante, porque a pesar de que la cena es en el castillo no quiero causar mala impresión a los futuros suegros de Marinet. Los Parrot son una de las familias más influyentes de Francia sus antepasados fueron banqueros y ellos están metidos en el negocio de los mercados de valores. Por lo que son un poco snobs, pero un día es un día y por Marinet haría lo que fuera, así que voy a intentar causar una impecable impresión.

Al bajar al salón, Phillip y Ángelo están charlando entretanto ambos toman un whisky, al fondo los señores Parrot también conversan con Chandler Dubais. Él es abogado y asesor de la familia Legrand desde hace treinta años, por lo que es considerado un miembro más para todos. Nos acercamos a Phillip y Ángelo y este último me mira con los ojos abiertos de par en par repasando mi cuerpo de arriba a abajo sin ningún pudor. Lo que provoca que mis mejillas se tiñan de rojo avergonzada por su osadía.

—¡Guau Ayleen, estas preciosa! —exclama Ángelo estrechando mi cuerpo en un abrazo poco decoroso.

—Gracias yo también en alegre de verte —. contesto deshaciéndome de sus brazos con destreza.

Saludo también a Phillip con dos besos como viene siendo habitual. Y me mantengo al lado de Ángelo, pero manteniendo las distancias a pesar que él se acerca provocando que su brazo toque el mío.

—¿Qué tal Ayleen? ¿Como va todo? Hace más o menos un año que no coincidimos. Y estoy ansioso porque me expliques, ¿qué has estado haciendo todo este tiempo? —. indaga mi amigo con curiosidad.

El tiempo pasa demasiado rápido, hace un año que Ángelo y yo decidimos dejar nuestra relación, hasta que no lo ha referido no pensaba que había pasado tanto tiempo

—Bueno estoy trabajando en la empresa familiar, la verdad es que no he salido mucho de Escocia en este último año —. confieso.

Es la realidad aunque omito ciertos detalles como la muerte de mi hermano Brendan y la resurrección de mi hermano mayor Brodick. Pero nunca he sido muy dada a explicar cosas de mi vida privada ni de mi familia. Solo Marinet ha sido y será siempre mi confidente.

—¿No te has enamorado de nadie en todo este tiempo? —. pregunta sin un ápice de discreción.

Mis ojos se abren sorprendidos ante su osada pregunta y por el rabillo del ojo puedo notar como Marinet contiene la risa.

Para mi desgracia ya no recordaba la espontaneidad y frescura de Ángelo, lo cual poco tenía que ver con mi carácter más bien prudente.

<<Quizás por esa razón no funcionó. >>Me digo mentalmente, aunque otra respuesta diferente baila en mi cerebro.

—No me gusta hablar de mi vida privada, creo que ya lo sabes —. contesto molesta.

—¡Guau! tu cuñada sí que sabe hacer una entrada triunfal —. exclama Phillip con los ojos fijos en la entrada del salón.

Marinet le propina un codazo en las costillas, consiguiendo un gruñido de su prometido y yo sonrío ante la escena. A pesar de que no me apetece mirar a los recién llegados, no puedo evitar dirigir mis ojos hacia la entrada. Al minuto me arrepiento, Adrién Legrand hace su entrada imponente como siempre, vestido con uno de sus formales trajes hechos a medida de color azul oscuro contrastando con su mirada azulada. Un escalofrío recorre mi espalda al verlo tan atractivo. Del brazo lleva colgada a una mujer alta y delgada, demasiado tal vez, enfundada en un vestido blanco con cristales incrustados, que parecen diamantes, exhibe un pronunciado escote perfecto. Su melena rubia platino hace juego con el cabello rubio de Legrand.

<<Parecen Barbie y Ken>> esa apreciación se cuela en mi cerebro sin poder evitarlo.

Siento cierta punzada de molestia al verlos, parecen la pareja perfecta, demasiado perfecta incluso, pero nuevamente destierro esos pensamientos que no son acertados. Odio a Adrién Legrand por lo que cualquier forma de alentar a mi corazón aunque proceda de mis misma está prohibida. Nos dirigimos hacia la mesa para tomar asiento y aunque pongo especial atención para sentarme lo más lejos de ellos que puedo, la ley de Murphy actúa como siempre y coincido justo delante de la parejita. A mi lado Ángelo sonriente y demasiado cariñoso para mi gusto y al otro lado Chandler el cual me dedica una sonrisa afable.

—Bienvenida señorita Macleod hacia mucho que no nos visitaba —. saluda con suavidad Dubais.

—Si, supongo que he estado un poco ocupada —. Miento siendo amable.

El señor Dubais siempre me ha caído bien, porque es un hombre amable y educado, por eso a veces me pregunto cómo puede aguantar al huraño de Adrién. A pesar de tenerlo justo enfrente decido ignorarlo a él y a la Barbie

diamante que tiene por novia.

La cena transcurre sin nada fuera de su sitio, todo correcto, conversaciones sobre capitales y bolsa, de esas soporíferas que te invitan a retirarte a dormir.

—Ángelo, Es la primera vez que veo a tu novia, eres demasiado maleducado ni si quiera nos has presentado. — comenta Gabrielle de forma despreocupa, con tono de regañina a Ángelo.

<<Pues sí que tienen confianza>> pienso.

Sin poder evitarlo mi gesto es el reflejo de la incomodidad que siento ante tal afirmación por parte de la muñequita. Sin poder evitarlo, mis ojos se dirigen a Adrién, pero el sigue con sus ojos fijos en su plato degustando la comida.

—No Gabrielle para mi desgracia Ayleen no es mi novia, lo fue y tengo la imperiosa fijación de que pronto volveremos a retomar lo que dejamos —. contesta arrogante y satisfecho.

La furia comienza a calentar mis venas ante tal exhibición de macho alfa creído, pero por educación y respeto a mi amiga, decido ignorar la conversación y controlar mi enfado.

—Ángelo te veo demasiado seguro creo que la chica tendrá algo que decir al respecto —. replica Gabrielle divertida acercándose la copa de vino blanco a sus carnosos y voluptuosos labios.

—La chica lo único que tiene que decir es que no me gusta hablar de mi vida privada —. digo dando por zanjado el tema ante la mirada entornada de Gabrielle.

Cuando acabamos la cena todos se dirigen fuera a la terraza, donde la carpa principal esa adornada con farolillos blancos y flores parecidas al jazmín, olorosas, impregnando la zona de un aroma adorable. El jazmín son flores muy típicas de España, en mis viajes a Ibiza lo aprendí. Sé que Marinét también es una fanática de esas flores por eso no me sorprende que engalenen toda la carpa.

Los camareros sirven copas a todos, yo me mantengo apartada en una de las zonas más alejadas, la verdad es que no arden deseos de confraternizar mucho. Y menos después de la actitud avasalladora que Ángelo lleva demostrando toda la noche e incomodándome demasiado.

Marinet consigue despejarse de sus suegros y veo como se acerca hacia donde yo estoy, pero es interceptada por Phillip.

El tintineo suave de los tacones al golpear el suelo de teka de la terraza, me avisa que alguien se acerca, al estar yo de espaldas viendo el hermoso paisaje de los jardines de Cheverny de noche no puedo ver quien es, pero puedo tener una ligera sospecha.

—Ayleen, no ¿Ese es tu nombre?

Reconozco al instante la voz suave con un toque chillón y me doy la vuelta para quedar frente a ella. Allí está de pie mirándome de nuevo, bueno dando su habitual repaso de arriba a abajo. No es el primero de la noche. Llevo notando como la Barbie estirada me evalúa desde que se percatara a de mi presencia. Lo cual me resulta molesto e incomprensible, pero aplico mi prudencia de nuevo.

—Si, y tu Gabrielle, ¿no? —contestó con una de mis cejas en un perfecto arco dándole a probar su propia medicina.

—Debo confesar que me has causado mucha curiosidad. Tienes al joven. Ángelo comiendo de tu mano, pero llevas esquivando lo toda la noche. Por otro lado al parecer eres íntima amiga de mi cuñadita, pero nunca he oído hablar de ti. Sin olvidar que Adrién te ha omitido siempre y está noche no es diferente. Incluso se molestó cuando le pregunté quien eras con exactitud —. explica al tiempo que, juguetea con uno de sus mechones dorados entre sus dedos.

¿Qué pretende?, lo desconozco. Pero salta a la vista que la imagen de cabeza de chorlito que Gabrielle quiere proyectar y proyecta es pura fachada. Ya qué en sus ojos vislumbro inteligencia y picardía.

—Señorita Gabrielle, no creo que le interese mucho mi vida personal o las razones que pueda tener para evitar a mi amigo Ángelo. Por otro lado desconozco por qué hasta hoy no has oído hablar de mí. Llevo visitando a esta familia desde que tenía catorce años. El tema de porque su querido novio se ha molestado, más bien optaría por la opción de que a Adrién Legrand no le gustan las indiscreciones, por lo que seguro que su curiosidad sobre mí le ha parecido eso —. contesto de forma altiva, pero despreocupada restando importancia a esos temas que ella ha expuesto.

Su mirada entornada me indica que no se lo traga. Aunque cuando se dispone a rebatir mis explicaciones soy salvada por mi amiga Marinét que, al fin logra llegar adonde estoy.

—¿Estás disfrutando, Gabrielle? —. pregunta con énfasis.

La Barbie diamante le lanza una mirada fulminante, que mi amiga aguanta de forma estoica.

—Estábamos conversando, pero de momento me voy. Creo que Adrién me estará buscando —. dice con una sonrisa falsa.

Marinet y yo nos miramos y al segundo estallamos en una sonora carcajada que hace que el resto nos miren con

curiosidad, todos menos Adrién por supuesto.

—Ni en sus mejores sueños, Adrién la está buscando. Que poco conoce a mi hermano —. suelta Marinét divertida.

Me limito a sonreír ante el comentario aunque sé que tiene razón. Adrién Legrand es demasiado arrogante y seguro de sí mismo para ir detrás de cualquier mujer. Siempre ha podido tener a la que quisiese.

Ese pensamiento provoca un leve pinchazo en mi corazón sin embargo lo ignoro.

Una vez finalizada la reunión en la terraza todos nos retiramos a nuestras habitaciones. Llevo un rato dando vueltas en la cama, no puedo dormir. Siempre que estoy inquieta me visita el insomnio, así que, decido bajar a la cocina a por un vaso de leche caliente, eso siempre me ayuda.

Cojo la bata azul que está sobre la silla y me la colocó encima del camisón del mismo color que llevo, no es plan de bajar en tirantes. Aunque no creo que nadie esté rondando la casa a estas intempestivas horas, me siento más cómoda cubriéndome un poco. Bajo las escaleras en mitad de la oscuridad guiada por la linterna del móvil, y con el corazón encogido ante la visión fantasmal que siempre me provoca este catillo de noche. Un recuerdo, de otra noche en la que pasee por estos pasillos a oscuras, intenta emerger de mí memoria, pero lo bloqueo. Durante años he intentado no revivir aquella fatídica noche.

Llegó a la cocina y abro la puerta con cuidado de no hacer ruido, las habitaciones del servicio están cerca y no deseo molestarlos.

Decido encender la luz porque el móvil no me sirve de mucho y no quiero hacer un estropicio con la leche. Saco un vaso y lo lleno para luego meterlo en el microondas. Observo como da vueltas el vaso en el micro hipnotizada por el movimiento.

—Tienes la extraña manía de caminar en la oscuridad de la noche.

Aquella voz eriza cada poro de mi piel sin poderlo evitar doy un respingo ante la sorpresa. No he oído la puerta, ni pasos, ni nada, pero ahí está parado frente a mí en toda su plenitud.

No lleva camiseta sus pectorales se muestran desnudos y no puedo remediar repasar cada músculo de su torso hasta llegar a su cintura donde, gracias a dios descansa un pantalón de algodón. Ante mi escrutinio descarado, Adrién arquea una de sus rubias cejas a modo de regaño.

—Ya me iba digo nerviosa abriendo el microondas para sacar el vaso.

Pero los rápidos movimientos de Adrién lo evitan y de repente me veo atrapada entre su cuerpo y la encimera. Como puedo deslizo el vaso de entre mis dedos apoyándolo a un lado para no derramar su contenido. Su proximidad desestabiliza por completo mis hormonas, que saltan revolucionadas en mi interior. No me atrevo a mirarlo así que, mantengo la cabeza gacha concentrada en sus pectorales. Sin embargo, resulta una nefasta idea. Porque se me hace la boca agua al deleitarme con esa visión tan perfecta de sus músculos definidos y tensos a juego con su piel dorada, sin rastro de vello.

Desesperada por romper esa tensión del momento en el cual solo se escucha el eco de nuestras respiraciones, apelo a mi enfado y a mi dignidad.

—Ya me iba así qué, apártate para que pueda marcharme —. gruño enfadada.

—Veo que la tierna florecilla tiene garras —. comenta pinchando, pero sin moverse ni un milímetro.

Esas simples palabras me hacen reaccionar y alzo mi cabeza para enfrentarlo mirando directamente a sus ojos. Sé que es un error aunque ignoro todas las alarmas que me está lanzando mi cerebro.

—No soy ninguna tierna florecilla temblorosa —. siseo apretando los labios con fuerza.

—Ni yo un lobo que vaya a comerte —. Se defiende sin apartar sus pupilas intensas y azules de mi rostro.

—Pues permíteme que lo dude —. Ese comentario sale sin pensar de forma espontánea y al minuto me arrepiento.

Adrién Legrand se permite el lujo de regalarme una sonrisa ante mi locuaz comentario. Pero ese gesto me impacta al igual que su proximidad.

<<Tiene la sonrisa más atractiva y bonita que jamás haya visto>> pienso.

Raramente sonrío, no creo haberlo visto nunca, por lo que experimento una alegría en mi interior que calienta mi sangre.

—Macleod, al fin sales a la luz, esa personalidad que escondes detrás de la fachada de niña buena.

Su comentario es como si me arrancará del estado de ensimismamiento en el que me he perdido en algún momento de la conversación, creo que cuando ha sonreído. Pero borro esa imagen de mi mente y lo enfrento furiosa.

—Legrand, apartarte o haré un escándalo—amenazo furiosa.

Adrién achica sus ojos y noto como se oscurecen más, ahora parecen de color azul noche, lo cual me sorprende. Elimina la poca distancia que hay todavía entre nuestros cuerpos y su boca asedia la mía a distancia de un suspiro. En intento por ganar distancia echo mi cabeza hacia atrás, pero una de sus manos sujeta mi nuca para evitar la separación.

—Venir ha sido una idea terrible, Macleod —. susurra sin dejar de mirar mis labios calentándolos con su aliento. ¡Dios! parece que alguien me está estrujando las entrañas ante la anticipación que siento.

Mis bragas se humedecen al instante y mis piernas se juntan en un mísero intento por reprimir la excitación que me sobrecoge. Adrién presiona con una de sus piernas para que las mías se abran y encaja sus caderas con las mías haciéndome participe de su erección.

Sin palabras, así estoy sin poder dejar de mirarlo embobada, atenta a su carnosa boca. Sin querer abro ligeramente mis labios en un auto reflejo señal que él aprovecha para lanzarse empicado sobre ella. Juntos nos unimos, nos comemos vivos, sin medida, sin retener nada. Las manos de Adrién agarran mis nalgas con fuerza y me alzan sobre la encimera como si pesase igual que una pluma.

Las cadenas que retienen mi deseo se sueltan y me rindo ante la excitación. Nuestras respiraciones aceleradas se pierden en el interior de nuestras bocas mezcladas con mis gemidos.

Adrién abandona el beso para abrirme la bata de un tirón y dejar expuestos mis pechos, mis pezones se ponen más firmes de lo que estaban y los fieros ojos de Adrién se los come con sus ojos. Elijo ese momento para frenar, coloco las palmas de mis manos sobre su pecho desnudo y con la respiración acelerada.

—Adrién—comienzo, pero con rapidez coloca su dedo índice sobre mis labios silenciado mis palabras.

—No digas nada, ya lo sé. Esto no está bien, no deberíamos y hay miles de razones más que conozco para detenerme. Sin embargo, para tu desgracia y la mía, Macleod hoy eso no sucederá —. sentencia.

Acto seguido ni siquiera me da opción a réplica pues su lengua comienza a saborear mis peones y lo único que puede salir de mi boca son gemidos de placer. Cada centímetro de mi cuerpo se estremece bajo la lengua de Adrién, enrolla con sus manos mi bata dejándola sobre mí cintura y se deshace de mí tanga con sumo cuidado. Por unos instantes detiene sus movimientos y yo abro los ojos de par en par y lo miro.

Sin dudar se acerca mi ropa interior a su nariz inspirando mis flujos como si del perfume más embriagador se tratará. Y para mi sorpresa me excito al observar ese acto, demasiado erótico. Adrién vuelve a atormentar me con su lengua, esta vez sumergido en sexo lamiendo mis acolchados labios y jugando con mi botón entre sus dedos.

“Dios, no puedo parar de gemir ante tanto placer.”

Aunque soy consciente de que debo reprimir mis muestras sonoras de gozo, si no quiero despertar a todo el castillo.

Deshecha por mi excitación muevo mis caderas hacia delante pidiendo más en silencio. Adrién capta mi suplica al instante y con una habilidad que agradezco saca su verga de sus pantalones y me penetra con un solo movimiento. Y de nuevo en mitad de la oscuridad vuelvo a entregar mi cuerpo, como seis años atrás.

Las caderas de Adrién comienzan a moverse penetrándome con furia y rapidez desatando cualquier ápice de control que quedara y mi cuerpo. Y disfruto, como nunca, como estaba segura que haría y mi cuerpo sentencia lo que mi mente se ha empeñado en negar durante años.

El sexo entre Adrién Legrand y yo es explosivo.

Ambos alcanzamos la cúspide en minutos arrastrado por puro gozo y el cuerpo laxo de Adrién se apoya sobre en mí. No sé cuánto tiempo transcurre hasta que Adrién se levanta poniendo distancia entre nuestros cuerpos. Yo sigo desparramada sobre el mármol de la cocina, pero decido también levantarme y sin mirarlo me pongo a buscar por el suelo mi tanga perdido.

—¿Qué buscas?

Esa pregunta confirma que Adrién sigue allí, yo tenía la esperanza de que hubiese salido corriendo arrepentido para no tener que enfrentarme.

—Mi tanga —. contesto sin mirarlo.

—Macleod, considéralo perdido.

Esa respuesta provoca que me levante de golpe para enfrentarlo con las manos en jarra.

—No lo doy por perdido necesito encontrarlo. ¿Qué crees que dirá tu cocinera mañana cuando lo encuentre en la cocina? —reclamo molesta.

—No lo encontrará.

Frunzo el ceño ante su afirmación junto con la despreocupación que muestra.

—Ahora te dedicas a adivinar el futuro para hacer tal afirmación —. pregunto sarcástica.

—Me lo quedé como prenda. Va andando es tarde —. dice dándome la espalda sin más.

No lo entiendo me ha dejado demasiado sorprendida ante tal confesión y su actitud. Debería estar arrepentido de lo que acabamos de hacer por las miles de razones por las cuales no deberíamos haber tenido sexo. Principalmente porque él tiene una relación. Pero al parecer el Adrién controlado y de moral férrea esta noche ha desaparecido.

Lástima que mi arrepentimiento no sea como el de él porque el mío ya está fustigando mi cabeza sin descanso. Seis años odiándolo, sin verlo sin pensar en él para en menos de veinticuatro horas haberle vuelto a entregar mi cuerpo sin mucha resistencia.

<< ¡Dios, que he hecho! >>me pregunto mentalmente.

Disfrutar, dice mi parte traviesa, no obstante la consciencia se niega a dejarme tranquila azuzándome por lo que he hecho. Camino tras Adrién como un autómata sumergida en mi lucha interna. Cuando llegamos a los primeros escalones él se para en seco y yo despistada prácticamente me como su espalda desnuda.

—Macleod...

En esta ocasión soy yo quien de forma impulsiva coloco mi dedo índice en sus labios silenciándolo.

—No hablaremos de lo que ha sucedido, seguiremos con nuestro pequeño acuerdo de ignorarnos hasta que el domingo cada uno volvamos a nuestra normalidad —. Consigo decirlo sin titubear, aunque observo contrariada como Adrién aprieta sus puños ambos lados de su torso.

Sin esperar a su réplica o reacción saco mi móvil del bolsillo de mi bata y enciendo la linterna para no matarme por las escaleras, las cuales subo de dos en dos escondiéndome en mi habitación. Como una avestruz esconde la cabeza así me siento.

Capítulo 3

Adrién Legrand

Al presionar con el bolígrafo sobre los papeles que Dubais me trajo para firmar, el mismo no escribe, aprieto más de lo normal, pero nada el boli no escribe. Frustrado lanzo el bolígrafo contra la puerta de mi despacho. A pesar de que no tiene la culpa de mi cabreo, ni de la frustración que recorre mis venas. La falta de sueño derivada del suceso de anoche es lo que me tiene tan irascible, lo reconozco.

Las palabras de Ayleen resuenan en mi cerebro una y otra vez. Entremezclándose con las escenas de su cuerpo rendido ante mí.

¡Mon dieu! Esa mujer es como una droga para mí, durante años me he mantenido alejado relegándola al olvido, pero de nada ha servido. Pues en definitiva no he podido apartar ni mis manos ni mi boca de ella. Y lo peor de todo es que no me arrepiento, incluso anoche estaba dispuesto a plantearle un acuerdo entre nosotros para seguir disfrutando del sexo juntos. Porque al parecer mi verga parece no haberse saciado lo suficiente para ella.

“No hablaremos de lo que ha sucedido, seguiremos con nuestro pequeño acuerdo de ignorarnos hasta que el domingo cada uno volvamos a nuestra normalidad”

Esa maldita frase es la causante de mi mala noche y el día que me espera, y por supuesto la indiferencia con la que pronunció cada palabra después de haberse entregado a mí sobre la encimera. Sin poder reprimir mi mal humor golpeo el escritorio de nogal con mi puño cerrado, con la mala suerte de que en ese momento entra Philip Parrot.

—Si te pilló mal, vuelvo en otro momento —. titubea mi futuro cuñado.

—No, entra.

Philip Parrot, es un hombre que yo personalmente no hubiese elegido para mi única hermana, pero Marinete es una cabezota y cuando se le mete algo en la cabeza nadie puede hacerla entrar en razón. Aunque no estoy dispuesto a que Phillip siga con sus prácticas poco recomendables una vez casado con mi hermana. Por esa razón lo he hecho venir esta misma mañana. Dispuesto a dejarle varios puntos claros.

El joven de ojos marrones y pelo castaño toma asiento delante mío, se frota las manos nervioso, lo que no me pasa desapercibido.

—Bueno no he querido retrasar mucho esta reunión. Sabes que esta conversación en un momento u otro llegaría. Te he citado para dejar claros ciertos puntos antes de que pases a formar parte de nuestra familia.

—Lo esperaba, sin embargo no lo creo necesario. A fin de cuentas somos tu hermana y yo quienes nos casamos, creo que tú no entras en esa ecuación —. comenta con cierto tono de desafío.

—No intentes jugar conmigo yo no soy como tus prestamistas, esos a los que pides dinero para jugar en las salas de juego. Lo primero debes dejar ese hábito tuyo de la ruleta, no voy a permitir que un miembro de mi familia se vea envuelto en esos temas. Y segundo dejaras tu adicción a los locales swinger como “Luna Noir” y se acabaron tus orgías con tus amigos —. expongo firme.

Marinete desconoce todos esos malos hábitos de su futuro esposo, y si por mi fuese jamás se casarían, no obstante a pesar de que lo he intentado no puedo convencer a mi hermana de que no se case sin provocarle un intenso dolor. Por lo que he decidido solventarlo a mi manera.

—No eres mi padre, ni nadie con capacidad para ordenarme nada —. reprocha elevando la voz. Su rostro contrariado demuestra que no esperaba que conociese sus sucios secretos.

—No, pero velo por mi familia y esa razón me da derecho a ordenarte que abandones esos hábitos. Los que si mi hermana llegase a descubrir algún día, te dejaría —. puntualizo.

—No te atrevas —. grita consumido por el enfado.

—Phillip en los negocios y en la protección de mi familia siempre pongo la máxima atención. Hoy ha sido un aviso que espero tomes en serio. La próxima vez no seré tan comprensivo —. sentencio con toda mi atención puesta en aquel joven que se piensa que lo sabe todo. A pesar de sus veintiséis años.

—¿Me estas amenazaron Legrand? —. pregunta de manera beligerante.

—Interpretarlo como gustes. Creo que ya he dejado claros mis puntos de vistas —. respondo escogiendo los hombros.

Phillip se levanta furioso y sin ni siquiera mirarme abandona mi despacho.

—Espero que tomes el camino más inteligente —. digo en voz alta.

Cuando veo salir del despacho de Adrién a Phillip hecho una fiera, estoy agazapada en el pasillo izquierdo, ligeramente escondida tras una columna.

No voy escuchando conversaciones ajenas, pero no he podido evitar oír lo que han dicho en ese despacho. La puerta sutilmente entornada me ha invitado a acercarme con sigilo. Y así entonces cuando mis oídos han puesto la máxima atención a todo lo que allí se ha dicho. No me ha sorprendido saber de los vicios de Phillip Parrot, por el contrario siempre me ha dado la sensación que el novio de mi amiga escondía algo. Lo que ahora he corroborado. Sin embargo, siento enfado y decepción de nuevo dirigidos a Legrand.

“¿Cómo podía saber todas esas mierdas que escondía Phillip y dejar que Marinnet se casara con él? “

El por qué lo permitía escapaba a mi entendimiento y mi cerebro lo estaba condenando en el mismísimo infierno en aquel maldito momento.

Cuando ya no hubo moros en la costa salgo de mi improvisado escondite y me dirijo a la puerta de salida Jean Paul me espera con el coche. Como Marinnet hoy tenía varios recados en referencia a la fiesta de compromiso que hacer en París. Yo he decidido pasar a ver a una amiga para hacer tiempo hasta la hora de comer, que es cuando hemos quedado.

Al llegar a la puerta siento un leve escalofrío que recorre mi espalda.

—Macleod.

Ese gruñido llamándome enciende todas mis alarmas, con la dignidad alta y la barbilla alzada me doy la vuelta para enfrentar a Adrién Legrand.

—Veo que has madrugado —. suelta repasando mi cuerpo con su mirada.

Con su traje gris a medida que le queda como un guante, permanece apoyado en el vano de la puerta de su despacho. Como siempre, me deleitó en su imponente presencia, siempre perfecto, traje, rostro, pelo, cuerpo....

—No creo que sea asunto tuyo —. contesto de forma estúpida.

Al parecer no está dispuesto a mantener las distancias por lo que me veo obligada a recordárselo con mi actitud.

—Además de haber madrugado, veo que tu humor no es mucho mejor que el mío —. rebate con sus ojos entornados y brillantes mostrando el enfado contenido.

No voy a entrar en una lucha verbal que es lo que vaticina esta conversación así que, con mi porte altivo le doy la espalda y me meto en el coche dejándolo con la palabra en la boca. Voy en la parte trasera del vehículo cuando recibo un WhatsApp de Marinnet confirmando que pasará a buscarme a la hora de comer por el Louvre.

Allí es donde he quedado con Valentine Renuart, amiga mía y de Marinnet del internado. Las tres éramos inseparables en aquella época sonrió al recordarlo. Valentine es la jefa de investigación y conservación de patrimonio de Louvre, mi amiga siempre fue una apasionada del arte.

Enfrascada en pensar en mi amiga y los logros que ha conseguido en su carrera, a pesar de que es la única que proviene de una familia humilde, mantengo a raya a mi cerebro para no pensar en Legrand.

No quiero rememorar la noche anterior y verme de nuevo engullido por el arrepentimiento ni tampoco recordar cómo era tener sexo con Adrién. Pues para mí desgracia ninguna de mis experiencias sexuales anteriores podía compararse. Soy una joven sexualmente activa, disfruto y me gusta que disfruten. Puedo presumir de haber mantenido sexo con jóvenes y no tan jóvenes, aunque nada es equiparable a tener sexo con el arrogante ególatra y frío, Adrién Legrand.

<<Bueno de frío en sexo nada más bien caliente.... >> Esa apreciación emerge en mi mente sin que sea capaz de bloquearla.

Jean Paul el chófer de los Legrand me deja justo a quinientos metros de la entrada principal de Louvre. El día es un poco gris, el cielo está lleno de nubes que amenazan con descargar a lo largo del día. Agradezco haber elegido un vestido veraniego hasta los tobillos de florecillas a juego con una cazadora tejana. No hace frío, pero tampoco calor extremo.

Al llegar a la entrada del museo enseñé mi documentación al guardia de seguridad y le indico que tengo una cita con la Señorita Valentine Renuart. Autoriza mi entrada después de apuntar los datos en un libro de visitas que tiene detrás de un pequeño atril de madera. Paso mi bolso por el detector de metales, como el que hay en los aeropuertos y

luego paso yo por otro detector. La seguridad en el museo es extremada lo cual se agradece y más en la época en la cual estamos. Aunque el Louvre siempre tiene afluencia de visitantes en época estival el flujo se incrementa mucho más. Permanezco en una sala aparte de la entrada al museo lejos de la cantidad de turistas y visitantes que hacen cola para acceder al interior.

—Ayleen.

Al oír mi nombre me giro y veo a mi amiga acercarse con una sonrisa de oreja a oreja.

—Valentine, cuánto me alegra verte—. exclamo estrechando en un abrazo.

—Si cariño, hace por lo menos dos años desde la última vez. Por cierto aunque ya te lo expresé por teléfono ahora en persona lo siento mucho por la muerte de tu hermano —. dice con sinceridad.

—Gracias.

—Bueno vayamos a un sitio más cómodo para poder ponernos al día —. propone cogiendo mi brazo e instándome a acompañarla.

Entramos a su despacho y no sentamos en unos sillones que tiene bajos alrededor de una mesa auxiliar. Mi amiga se dirige a una Nespresso, que tiene en un mueble pequeño a la derecha de donde estoy y prepara café para las dos.

Vuelve a sentarse frente a mí con dos tazas de porcelana china llenas de café humeante.

—Gracias muero por un café. No he dormido demasiado bien —. comento.

—Bueno, tan mal se duerme en los castillos de los reyes de los hoteles —. pregunta sarcástica Valentine.

A mi amiga siempre le gusta recalcar que Marinette y su familia son los reyes de los hoteles con guasa aludiendo al imperio hotelero de los que son dueños.

—Si los hoteles contarán en sus habitaciones con colchones como los de Cheverny el imperio hotelero Legrand estaría en decadencia— bromeó y ambas reímos al unísono.

—Ayleen, ¿cómo te va?

—Bien, la verdad tengo un puesto de responsabilidad en Fraser&Macleod destilería donde puedo despegar mi carrera profesional—. explico.

—Pero amiga el trabajo no es todo y ¿el amor?

—El amor no es para mí —. contesto con rapidez —. Prefiero el sexo sin compromiso.

—Entonces tengo una proposición que hacerte. Tengo una entrada VIP a uno de los locales swingers de moda de París, para esta noche por lo que espero que no tengas planes —. Plantea ilusionada.

—Valentine no me van mucho esos locales —. intento explicar porque tampoco me apetece ir de caza esa noche y con Valentine eso es lo que sucede.

—No puedes rechazar el plan Ayleen a la *Luna Noir* no puede acceder cualquiera.

Al nombrar el local mi cabeza se detiene y recuerdo perfectamente que ese es el local al cual hizo alusión Adrián, cuando discutía con Phillip por lo que lo mismo es tan mala idea.

—Bueno me has convencido —.me apresuré a decir ante la satisfacción de amiga.

—Podemos proponérselo a Marinette también, aunque pronto será una mujer casada de momento no lo es.

—Me parece una idea genial —. profiero.

El tiempo al lado de Valentine vuela, nos ponemos al día charlando como cotorras, ella más que yo, ya que de las dos ella siempre fue más habladora. Salgo de Louvre y decido llamar un taxi para que me acerque al restaurante en el que he quedado con Marinette para comer. Cuando llego, ella ya está sentada en una mesa redonda esperando.

Al mirarla siento un leve arrepentimiento, contarle lo que esa misma mañana he oído sobre su futuro marido, sería derrumbar ese sueño que está viviendo. Sin embargo guardar el secreto y empujarla a una vida al lado de una persona como Phillip tampoco puedo permitirlo.

Por eso tengo que reunir las pruebas necesarias para mostrarle a mi amiga la clase de hombre con el que está a punto de casarse.

—Hola, ¿cómo fue la mañana de compras? —. pregunto entretanto tomo asiento.

—¡Uf! estresante la prueba del vestido será pasada mañana, pero al menos ya encontré los zapatos adecuados —. explica aliviada.

Esos eran los problemas que rodeaban la vida de Marinette, a pesar de tener una licenciatura y ser una persona muy inteligente, no trabajaba nunca había mostrado interés en inmiscuirse en el negocio familiar. Vivía a su manera, y era feliz, de momento claro.

—Bueno tener zapatos es un punto a tu favor —. bromeo.

—No sabes cuanto me ha costado elegir los adecuados, pero bueno cambiando de tema. ¿Qué tal Valentine? —. pregunta.

—Como siempre, con su arrolladora tanda de preguntas sobre mi vida amorosa —. río al tiempo que le explico.

—Ayleen, ya sabes que tanto a Valentine como a mí, nos encantaría que encontrarás un hombre que te hiciera

salir de tu zona de confort. Esa que no has abandonado en año bueno más bien nunca.

—Me gusta mi zona de confort como tú la llamas. El amor no está hecho para mí. Veo a diario la relación que mantienen mi hermano y mi cuñada y confieso que a veces siento un poco de envidia. Pero no creo que exista el hombre que sacuda mi alma de esa forma. Por lo que seguiré en mi zona segura —. Al hablar de Brodick y Dana sin querer sonrió. El amor que mi hermano le procesa a mi cuñada y a la inversa es intenso y pasional. Siempre he sabido que esos dos estaban hechos el uno para el otro.

—Cuando menos te lo esperes aparecerá ese hombre x ese qué crees que no existe. Una mezcla entre tu hermano y el mío, ese sería tu pareja ideal

El comentario de Marinnet me deja paralizada. Hacer alusión a Adrién y hombre ideal en la misma frase sacude mi alma.

<<Si Marinnet supiese>> susurra mi consciencia, la callo al instante para mantener a raya los remordimientos.

—¡Uf! disculpa que lo dude no creo yo, que Adrién tenga ninguna característica afín a mí —. Después de efectuar ese comentario me doy cuenta que es la primera vez que critico o comento algo sobre el hermano de Marinnet y me arrepiento.

Mi amiga es muy lista, siempre pilla las cosas al vuelo, por eso siempre he evitado hablar de Legrand, percibo como mira con el ceño fruncido.

—La verdad es que es una pena que mi hermano tenga esa animadversión por ti, sino quizás alguna vez te mostraría la verdadera persona que es, detrás de esa fachada de rígido y arrogante.

Jugueteo nerviosa con los cubiertos y giro mi cabeza en busca del camarero, rezando en silencio para que venga y salve este momento incómodo que estoy viviendo.

Lo veo acercarse y suspiro aliviada.

—No me interesa conocer esa gran persona que según tú se esconde tras el todo poderoso Legrand— comentó enfatizando el tono de mis palabras de forma teatral.

—Eres una payasa —. ríe Marinnet.

Y el momento incómodo pasa, para dar lugar a una comida entretenida que agradezco.

—Esta noche Valentine nos propone planazo, ¿te apuntas?

Marinnet entorna sus ojos azules de manera perspícaz.

—Los planazos de Valentine siempre son peligrosos.

—Lo sé, pero puede ser divertido.

—Supongo que no cabe la posibilidad de nos acompañen Phillip y Ángelo— pregunta.

—Noche de chicas —. expongo.

—Bueno, está bien. Aunque debo advertirte que Ángelo insistirá en apuntarse, de más está decirte que sigue interesado en ti.

—Pero yo no en él. Por lo que cuanto antes lo asuma mejor.

—Quizás amiga ahora sea el momento de volver a intentarlo con él.

Marinnet está convencida que Ángelo y yo seríamos la pareja perfecta, pero nada más lejos de la realidad.

Es por la tarde cuando regresamos a Cheverny, al bajar de coche vemos como Gabrielle sale maleta en mano y gesto enfadado.

—¿Te vas Gabrielle? —. pregunta Marinnet en todo demasiado irónico.

—Si, volveré para tu fiesta, tranquila no me lo perdería por todo el oro del mundo—. rebate la rubia con los ojos maliciosos.

Y dicho esto se apresura a meter su maleta en el coche y dar indicaciones al chófer.

Marinnet me mira sonriente y yo me limito a encogerme de hombros.

—Problemas en la casa de Barbie, al parecer—. comenta malvada mi amiga.

No puedo evitar reírme ante el comentario y juntas atravesamos el umbral del castillo. Sin embargo, en el preciso momento en el ambas íbamos a subir las escaleras, el móvil de Marinnet comienza a sonar y me hace señas con su mano para que suba y no la espere.

Subo los escalones despacio con la cabeza gacha, pensando en si tendré la oportunidad esta misma noche de enganchar a Phillip en la Luna Noir y así abrirle los ojos al fin a mi amiga.

Quizás el destino juegue a mi favor o no, pero si algo tengo claro es que no me voy a rendir hasta que Marinnet y Phillip tomen caminos diferentes porque ella no merece un tipo de esa índole. Sumida como estoy en mis pensamientos, no lo veo venir, mi cuerpo choca con un muro al llegar al final de las escaleras. Pierdo el equilibrio y a punto estoy de caer rodando escaleras abajo. La rapidez de unas fuertes manos evita el suceso. Cuando elevo mis ojos mis pupilas se embelesan en otras de color añil, que me traspasan de forma intensa. En un acto involuntario mis manos se han agarrado a sus hombros. Como siempre su proximidad desata mis nervios y me apresuro a poner distancia.

Lo repaso con descaro, no lleva americana se muestra de pie frente a mí con su camisa exhibiendo sus brazos, pues ha enrollado sus mangas a la altura de sus codos.

—Deberías ir atenta —. regaña, repasando mi cuerpo con su mirada incendiaria.

—Y tú no estés en medio —. Me defiende entornando mis ojos de manera reprobatoria.

—Estoy en mi castillo soy libre de ponerme donde desee.

—Como veo que tienes ganas de discutir y yo no, que tenga un bonito día señor Legrand —. digo de forma sarcástica. Apresurándome a entrar en mi habitación, gracias a dios no decide seguirme. Una vez dentro suspiro.

¡Qué difícil me lo pones Legrand!

Tan solo quedan cuatro días para fiesta de compromiso, por lo no me debe resultar tan difícil evitar a Adrién. Aunque para mí desgracia y siendo sincera conmigo misma. Verlo es una tentación demasiado intensa para resistirme. Es como si fuese el fruto prohibido, ese que te llama a cada minuto:

Cómeme....

Sacudo mi cabeza para sacarme esos pensamientos de encima que más que tranquilizarme me ponen a cien imaginando a Legrand con una hoja de parra tapando su mástil, manzanas rojas, serpientes susurrantes y yo como Eva en el paraíso.

—¡Uf! ¡Madre mía! —. exclamo en la soledad de mi habitación sorprendida por los derroteros que están tomando mis pensamientos.

Capítulo 4

Ayleen Macleod

La tarde la paso en mi cuarto poniéndome al día con los correos de empresa. Incluso decido llamar a Dana para ver cómo va todo. Mi cuñada como siempre me informa de que todo marcha bien y que sobre todo disfrute y me olvide del trabajo. Reconozco que en los últimos años me he vuelto una adicta al trabajo y mi querida cuñada siempre aprovecha cualquier ocasión para recordármelo. Hemos decidido cenar en Cheverny y después pararemos a recoger a Valentine por su apartamento para ir a Luna Noir.

Optó por un vestido rojo intenso con escote en uve y espalda descubierta, por encima de la rodilla, cubro mis hombros con una camisa de organza del mismo color. Porque el atuendo no es demasiado adecuado para una cena formal con los futuros suegros de Marinnet, al menos así no parece tan provocativo.

Cuando salgo al pasillo me encuentro a mi amiga que justo baja las escaleras, ella ha elegido un vestido negro sin escote, pero corto y su pelo rubio luce recogido en una cola alta, yo esta vez he decidido dejarlo caer por mi espalda para cubrir el sexy escote.

—Marinet—. La llamo para a que me espere y bajar juntas. Al girarse noto su expresión un poco rara y achico mis ojos fijándolos en ella.

—¿Que sucede?—. pregunto.

—Nada, el imbécil de Phillip que como siempre no le parece adecuado que salga con mis amigas. Pero lo más fuerte es que cuando le he propuesto que saliéramos él y yo me ha soltado que tenía planes con sus amigos que no podía cambiar—. explica enfadada mi amiga

¡Será capullo! Phillip es un idiota que solo piensa en su disfrute, creo que lo que realmente busca es una esposa florero por lo que no creo que eso funcione con Marinnet.

—No te enfades, él se lo pierde Marinnet—. Intento animarla.

—¿Hombres quién los entiende?—. suspira.

Ambas entramos al salón donde ya está colocada la mesa de la cena y de pie en un pequeño rincón están los señores Parrot conversando nuevamente con Adrién y Chandler. Phillip y Ángelo se mantienen un poco a parte bebiendo y hablando.

Puedo notar la mirada cargada de lascivia de Ángelo al mirarme sin cortarse, con descaro como es él. Mi estómago siente náuseas por lo que desvío mi mirada. Lo cual no sé si es peor porque por primera vez noto la mirada añil de Adrién encendida repasando mi atuendo, pero breves segundos después, vuelve a adoptar su actitud impasible.

<<Capullo>> insulto en mi mente.

La cena transcurre sin mucha ceremonia, mi amiga apenas dirige sus ojos a su prometido y este le lanza miradas enfurecidas, en tanto yo tengo al baboso de Ángelo demasiado pegado a mí que apenas puedo comer con tranquilidad.

—Señorita Macleod nos ha comentado Chandler que su familia es la dueña de la destilería Fraser & Macleod, decirle que somos asiduos al consumo del whisky de su familia y nos encanta—. comenta el padre de Phillip.

—Me alegra señor Parrot que disfrute de nuestro Wisky, es un honor—. contesto con amabilidad.

—¿Es parte activa de la empresa?—pregunta curioso.

—Si, mis tareas tienen que ver con la parte de marketing y ventas junto a mi cuñada Dana Fraser gestionamos esos departamentos—. explico con orgullo y seguridad.

Adrién ha dejado de prestar atención a su plato para fijarla en mí, lo cual me pone nerviosa, pero disimulo.

—La felicito señorita Macleod, por ser partícipe del legado de su familia pocos jóvenes hoy en día se implican en los negocios familiares—. comenta con tono serio.

A pesar de que el padre de Phillip no ha nombrado a nadie, la pullita va directa a su futura nuera. Marinnet estudió lo mismo que yo, pero jamás se ha interesado en el negocio familiar.

—André, disculpa que cambie de tema pero tengo un conocido inversor que tiene dudas sobre en qué empresa invertir.

Chandler que es un experto estratega interviene al ver que el ambiente se está cargando un poco. Por lo que su pregunta consigue apartar la atención del padre de Phillip. Una vez acabada la cena nos despedimos caminando hacia la puerta.

—Marinet, ¿tienes un momento?—La voz de Phillip provoca que mi amiga pare en seco.

— Si —contesta molesta.

Decido darles un poco de intimidad y salgo fuera así también me quito de en medio por si el plasta de Ángelo le da por seguir a su amigo y darme el tostón a mí.

Una vez fuera inspiró la brisa de la noche, los jardines de Cheverny iluminados por la luz de la luna son

cautivadores. Soy una enamorada del aire libre, huyo siempre de los lugares cerrados, consecuencia de haber crecido en las tierras altas, donde los páramos, las montañas, los lagos, los bosques todos exhuman la belleza ancestral de Escocia.

Cierro los ojos por un segundo y lleno mis pulmones del olor a verde, pero mi cuerpo se tensa al sentir unas manos aferrarse a mis brazos sin embargo, la fuerza que presiona no me permite darme la vuelta y averiguar de quién se trata.

—¿Disfrutas de mis jardines?

Ahora ya no tengo dudas de quién se trata y el nerviosismo se adueña de mí cuerpo, mezclado con algo más que no deseo reconocer.

—Legrand, ¿qué estás haciendo? —. pregunto a modo de regaño.

—Deleitarme de las vistas y del aroma —. contesta mientras su nariz roza mi cuello aspirando mi perfume.

Consigue que me revuelva incómoda porque sé que en cualquier momento Marinnet o alguno de los presentes pueden salir y vernos en esa actitud. Consigo zafarme de sus manos y me giro enfadada mis ojos lo fulminan ante su sonrisa de superioridad

Observo como ha metido sus manos en los bolsillos de su pantalón y me mira divertido, lo que hace que me enfade mucho más.

—No vuelvas a tocarme —advierto.

—No te vistas como caperucita, ¿sabes que el lobo podría devorarte? —bromea haciendo alusión a la otra noche cuando yo hice a mención a esas frases.

Resoplo exasperada ante su actitud.

—Esta caperucita ya ha aprendido la lección, así que olvídate no me pondré en bandeja nunca más por lo que deja de jugar con fuego —. regaño sería mantenido la impasibilidad aunque por dentro soy como un falan recién desmoldado.

—Macleod, no pienso que estés en posición de reprender ni advertir. Soy el señor del castillo, se te olvida ese dato.

—Y yo la invitada superamiga de tu hermana a la que no soportas. Ese dato se te olvida a ti —. señalo con ironía arqueando una de mis cejas de forma exagerada.

—Si tú lo dices—. suelta y se dispone a marcharse, justo en ese momento sale Marinnet

—Adrién, ¿qué haces aquí? —. pregunta extrañada.

—Intentaba sonsacar a tu amiga donde vais, aunque no lo he conseguido —. responde encogiendo los hombros.

—Somos mayores de edad cuando lo vas a aceptar —. replica Marinnet y mi amiga tiene nombre, Ayleen.

Adrién se limita a brindarle un beso en la mejilla a su hermana e irse sin rechistar. Ese gesto cariñoso llena mi pecho de ternura deshaciendo la capa que cubre mi interior de odio que llevo años alimentando hacia él. Destierro ese sentimiento al fondo de mi alma.

Nos metemos en el coche y le facilitamos la dirección a Jean Paul.

—¿Que quería Philip? —. pregunto sin apartar mis ojos del semblante pensativo de mi amiga.

—Pues volver a insistir en que no saliera —. contesta sin mirarme, sin salir de esos pensamientos que rondan su cabecita.

—¿Por eso estas así?

—No—Entonces me mira— Durante años mi hermano ha cultivado su inquina hacia ti y de la noche a la mañana lo encuentro preguntándote y charlando contigo con tranquilidad y semblante relajado. Y sinceramente me sorprende y me extraña a la vez.

Por un momento froto mis manos nerviosa, la culpabilidad susurra en mi mente martirizándome.

“Cuéntaselo”

No puedo decidí hace seis años que guardaría lo sucedido como mi más oscuro secreto en el fondo de mí. Y así había sido nunca le expliqué a nadie que Adrién Legrand me había arrebatado mi virginidad de un plumazo para después destrozar mi juvenil corazón.

—No veas fantasmas donde no los hay, tu hermano es un hombre extraño.

—Si lo es. Bueno está noche pasaremos de todo. Para disfrutar— sonrío por fin Marinnet.

CAPÍTULO 5

Ayleen Macleod

Jean Paul nos deja justo frente a la puerta del local la Luna Noir, su fachada negro brillante es iluminada por un rotulo fucsia intermitente creando una ambiente atrayente. Bajamos de vehículo las tres y Marinnet le da indicaciones al chofer para cuando lo avisemos para recogerlos.

—¡Guau! esto es un sitio con clase —. exclama maravillada Valentine —. Tomad —. Nos dice entregándonos unos antifaces de encaje.

—¿Y esto que es? —. pregunto sorprendida.

Son obligatorios me olvide de comentarlo con vosotras, pero en este sitio al parecer se toman muy enserio la privacidad.

Agarro un de los antifaces con mala cara para mi suerte es negro, Marinnet no ha tenido tanta suerte, el suyo es rojo.

Debo confesar que el lugar solo por fuera llama mucho la atención y al parecer está bastante concurrido porque hay cola en la entrada. Avanzamos y nos colocamos en la fila para así esperar nuestro turno de entrada. Cierta anticipación se acopla en mi estómago, por alguna razón este lugar me atrae por igual. Antes de acceder al local pasamos por el guardarropa y dejo el bolso y la camisa de organza que llevo puesta. El móvil lo dejo colgado en bandolera con el accesorio de cadena que llevo.

—Chica vamos a pedir y luego echamos un vistazo —. propone Valentine que parece una niña con zapatos nuevos.

El local parece una discoteca, pasamos una de las salas principales donde hay varias barras a los lados y en el centro una gran pista donde la gente baila desenfrenada. Todos incluidos los camareros lucen un antifaz para ocultar parte de sus rostros. De momento lo que veo no es demasiado lascivo. No sé porque me esperaba una orgia en la pista, me reprendo ante mi ignorancia. No estamos en un cuchitril de carretera sino en uno de los locales más exclusivos de Paris. La curiosidad hace que me concentre en el ambiente. Estoy de pie esperando a que Valentine pida, cuando noto como una mano que roza levemente mi cintura demasiado abajo para mi gusto. Sin pensar me doy la vuelta para enfrenar al fresco que se está tomando tantas libertades.

Ante mí se encuentra un hombre alto, me saca más de una cabeza, con una presencia imponente, ataviado con un traje a medida negro a juego con camisa negra pero sin corbata. Su rostro está semi tapado por el obligatorio antifaz, aun así destaca su mandíbula marcada y su pelo negro como la noche. Pero lo más impactante de todo son esos ojos brillantes y opacos de color verde vidrio. Noto como el aire se ha retenido en mis pulmones en tanto mis ojos lo atraviesan sin reparo. Me obligo a recuperar la calma, porque confieso que me ha resultado atrayente, demasiado quizás.

—Madeimoselle—. sisea con un acento cerrado.

—Lo siento señor pero no me gustan los desconocidos —. digo con altivez achicando mis ojos de manera reprobatoria.

—Disculpe pero no he podido resistir las ganas de acercarme a usted, es impactante —. confiesa de manera melosa.

—Lo siento pero lo que sea que quiera no me interesa —. indico dejando salir mi vena escocesa, esa llena de orgullo y de dignidad que me persigue desde la cuna.

—Permítame invitarla a mi reserva, a usted y sus amigas, tengo la imperiosa necesidad de conocerla —. Plantea brindando una de esas sonrisa encantadoras que, por un minuto hace que mis ojos se hipnoticen con su boca, fina y recta pero perfecta.

En el preciso momento en el que he reunido todo mi valor y sentido común para declinar su oferta, Valentine se gira y se coloca a mi lado abriendo los ojos como platos ante el hombre que está parado frente a mí.

—Hola, soy Valentine —. Se presenta interrumpiendo el momento ante mi mirada perpleja.

Valentine es demasiado imprudente, creo que mi amiga a no ser que esté trabajando, pierde todo el sentido común.

—Encantado madeimoselle, creo que es su primera vez en la Luna Noir, por eso les aconsejo qué aquí se olviden de sus nombres reales —. comenta con ojos pícaros.

Aquel tipo con su porte atractivo e imponente, a pesar de que reconozco que es un hombre impresionante, tiene un aura que me hace desconfiar de él. Aunque estoy decidida a no acompañarlo a ningún lado. En un minuto me veo arrastrada por Valentine e incluso Marinnet se suma y las tres lo seguimos como corderitos al reservado.

Una vez dentro observo que no está solo, dos hombres más ocupan el reservado y rápidamente despliegan todas sus atenciones con mis amigas, las cuales parecen demasiado contentas. Miro la escena con los ojos entornados, pero de pronto noto de nuevo los dedos en mi espalda con una ligera caricia, como cuando te pasan una pluma por la

piel. Un escalofrío atraviesa mi cuerpo y noto cierto sofoco que sube por mi estómago.

Con un suave movimiento mi incita a sentarme en uno de los sillones, a regañadientes ocupo un sitio y él se sienta justo a mi lado demasiado cerca para mi gusto. Mis ojos se desvían a mis amigas y veo como ambas están riéndose y hablando con los otros dos hombres.

—Preciosa, no eres de París, ¿De dónde eres? —. pregunta el tipo de mi lado con un susurro.

—Dijiste que nada de información privada por lo que discúlpame que no te conteste —. respondo satisfecha por mi agudez.

—Touche preciosa, no me he equivocado contigo, cuando te vi supe que es lo que ando buscando —. suelta sonriente.

—Siento no poder decir lo mismo...

—Kan puedes llamarme, Kan... —. puntualiza divertido por mis respuestas acida.

Creo que mi actitud esquiva la ha tomado más como un desafío por sus sonrisas divertidas. Aunque no me conoce lo suficiente, no quiero nada con este tío aunque esté de infarto, prefiero no liarme. Necesito inspeccionar el lugar para poder averiguar si el imbécil de Philip está y poder abrirle los ojos a mi amiga, Marinette. Sumida en mis maquinaciones no lo veo venir, pero Kan posa una de sus manos en mi muslo desnudo como auto reflejo doy un bote y me pongo en pie, lo miro enfurruñada.

“Que se ha creído este dandi”.

—¿Qué haces? —. pregunto alzando demasiado la voz, hecho que provoca que mis amigas posen toda su atención en mí. La verdad en es que en el reservado la música apenas se oye debe estar insonorizado por lo que mi voz resuena demasiado alta.

Kan se pone en pie con las palmas de las manos en señal de calma y se acerca con actitud de son de paz.

—Ni te muevas, no me gustan los pulpos. Así que, prefiero que te quedes a una distancia prudencial —. advierto fulminándolo con mi mirada.

Kan se para en seco, pero veo como sus ojos verdes se entornan sin embargo, no me mira a mí, sino detrás de mí por lo que decido darme la vuelta para ver que o quien le ha causado esa mirada de precaución.

<<Mala idea>> resuena en mi mente.

Realizo el giro tan rápido que me doy de bruces con el pecho de un hombre, coloco mis manos en sus pectorales para conseguir equilibrarme y noto como él sujeta mi cintura con suavidad. Cuando consigo recuperar mi control alzo mi cabeza y me topo directamente con un rostro semi cubierto por un antifaz de cuero negro, con unos labios perfectos y carnosos que se mantienen cerrados con fuerza, como si retuviese el enfado y con unos ojos...

“No puede ser..., no, si me pinchan en este momento creo que no saldría ni una gota de sangre de mis venas, pues se han congelado. Ese azul, ese pelo, sería capaz de reconocerlo en cualquier lugar del mundo.”

Cuando me dispongo a hablar, él se apresura a sellar mis labios con uno de sus dedos y al mismo tiempo hace una señal a los dos guardaespaldas que lo acompañan que no logro entender.

—Lo siento Kan, tengo algo pendiente con la señorita —. Se limita a decir arrastrándome fuera del reservado.

En el estado de estupor en el que estoy me dejo llevar, él aferra uno de mis brazos y me lleva hacia uno de los pasillos de la izquierda, donde alcanzo a leer un rotulo en rojo brillante *Play Room*.

Cuando entramos en la zona el rojo brillante con el que están pintadas las paredes de los largos pasillos hace que entorne los ojos. Es tan vivo que duele mirarlos así que intento mantener mi mirada fija en la ancha espalda del enmascarado. Va enfundado en un smoking que le queda como un guante y me permito el lujo de deleitarme en su cuerpo mientras me lleva a rastras de la mano. Estoy demasiado noqueada, creo que incluso estoy hiperventilando. Mi cabeza sigue en shock porque las sospechas que crece por momentos en mí de que este extraño no es tan desconocido como quiere hacerme pensar.

Al llegar al fondo del pasillo abre una puerta blanca la cual me fijo que tiene grabado el número 7 y entramos. Una vez en el interior miro con detenimiento el lugar, nos encontramos en una sala amplia con las paredes de color negro en contraste con la pintura de los pasillos de fuera, en el centro una cama redonda con sábanas rojas de seda y al fondo una gruesas cortinas color vino que cubren toda la pared.

Los nervios hacen que frote mis manos en tanto que asimilo donde estoy. Este tío me ha traído la zona del local donde supongo que realmente pasan las miles de cosas liberales y eróticas que mi mente lleva toda la noche imaginando. Por un momento mi instinto de supervivencia toma el control y corro hacia la puerta para salir pitando de allí. Pero él es rápido y se pega a mi espalda colocando una de sus manos abierta en la puerta para impedir que pueda abrirla. Noto su proximidad y mis alertas vuelven a dispararse. Con la mano libre que tiene acaricia de forma sensual mi espalda provocando pequeños calambres en mi vientre. Puedo percibir como su nariz inspira el aroma que desprende mi pelo y un leve gruñido sale de su boca.

¡Dios mío!, qué situación tan inverosímil porque a pesar de las alertas que está emitiendo mi interior comienzo a

excitarme con la escena.

Con suma delicadeza acaricia mi brazo desnudo y me insta a darme la vuelta para que nuestros rostros queden frente a frente. Mis ojos se posan sin remedio en sus pupilas, azules, intensas, turquesa.

<<Nunca podría olvidar esos ojos>>es afirmación atraviesa mi cerebro como una descarga.

De repente frunzo mis labios y alzó mi barbilla mostrando así mi enfado.

—Apártate—. ordeno.

Él se limita a sonreír y acorta mucho más la distancia que nos separa. Por lo que su camisa blanca roza mi pecho.

—Déjame salir o gritaré —. amenaza colocando mis manos sobre sus pectorales para empujar y conseguir que se separe de mí.

Pero mi intención se queda eso, en intención. Porque sus brazos rodean mi cuerpo pegándome al suyo sin darme ninguna opción. El aire se atasca en mi garganta y los grados de la temperatura de la habitación, comienzan a subir. Sus pupilas están fijadas en mi rostro imprimiendo mis facciones en su retina.

A pesar del enfado sé que estoy excitada porque mi cuerpo reacciona como un brasa reavivando ante él.

Mi lengua humedece mis labios sin premeditación, de forma involuntaria y el entorna sus ojos ante mi acción.

—Por última vez te pido que me dejes —. ruego, aunque sé que todas las señales que está enviando mi cuerpo dicen algo muy diferente.

Pero él ignora mi ruego, por el contrario con osadía recorre mis acolchados labios con su suave lengua. Un escalofrío atraviesa mi espina dorsal.

Ese simple gesto me deja estática, embelesada mirándolo. Mi cuerpo reacciona ante él de manera tan efusiva que las sospechas vuelven a atacar mi cerebro. Sus boca recorre la tersa piel de mi cuello para llegar a mi clavícula donde su lengua vuelve a actuar. Mi mente embotada lucha por recuperar el control, necesito ser dueña de esta situación, pero sus caricias me mantienen subyugada.

Intento pensar rápido y en tanto él se deleita en hacerme suspirar yo recupero parte de mi consciencia.

—Si, Ángelo —. susurro con premeditación.

Mi plan funciona al minuto porque se separa como si yo fuese hierro candente y quemara. Sus ojos me atraviesan aniquilándome sin titubeo. Yo sonríó.

—Macleod —. gruñe.

—Lo sabía, el señor rectitud, integridad y no sé qué más se esconde tras un antifaz para disfrutar de los placeres, de la *Luna Noir* —. reprocho sarcástica.

—Me has reconocido.

—En cualquier lugar te reconocería Legrand. ¿Qué pretendes sacándome a rastras con si tuvieses algún derecho? creo que nuestra situación había quedado clara.

—Macleod, simplemente quería darte una muestra de lo que encontrarás aquí por esa misma razón tu y mi hermana no deberíais haber venido.

—¡Ah! deja que hagamos con nuestras vidas lo que queramos. Somos mayorcitas. Además no eres nadie para mí así que, deja de decirme lo que puedo y no puedo hacer —. alzo la voz acelerada porque siempre consigue sacar mi lado oscuro.

Adrién Legrand vuelve a aproximarse a mi cuerpo en dos zancadas agarrando mi cintura con fuerza, eliminando la distancia de nuevo entre nosotros. Su pecho sube y baja de forma acelerada no sé si por el enfado o por algo que no me deseo plantearme.

—¿Quieres experimentar lo que se vive en la *Luna Noir*, Jolie? —. susurra de forma melosa.

Desconfío porque Adrién es un experto en derribar todas mis defensas. Y no pasa desapercibido para mí el detalle de que ha dejado de dirigirse a mí como Macleod.

—Si quiero experimentar o no, no es asunto tuyo.

—No querida yo seré tu maestro —. impone casi rozando mi boca al hablar.

No sé cuánto tiempo más resistiré, porque soy consciente que por mucho que intento controlarme y no sucumbir al deseo que Adrién Legrand provoca en mí, siempre caigo en su red como un pececillo.

—Maestro no gracias, ni que fueras el último hombre de la *Luna Noir* —pincho forcejeando para separarme de él.

Inesperadamente se separa para alcanzar un pequeño mando negro con varios botones. Presiona y las gruesas cortinas del fondo comienzan a abrirse, dando lugar una enorme ventada de cristal por la que se puede ver otra habitación roja. Esta vez con una cama redonda con sábanas negras en el centro de la misma.

Mis ojos se abren de par en par viendo la escena que se desarrolla ante mis ojos.

Una mujer con un antifaz negro como el mío yace desnuda en la cama redonda y un hombre con el antifaz negro desnudo también tiene su cabeza entre las piernas de ella y está dándole placer ante la cara de éxtasis de la mujer. De repente noto como mi centro se humedece ante lo que estoy viendo. Mis labios se abren ligeramente ante tal escena.

El erotismo que estoy viendo es nuevo para mí. Nunca he sido una mirona, a pesar de que ahora mismo me siento tal cual y lo peor de todo es que lo que ven mis ojos, me excita.

Adrién se coloca pegado a mi espalda y me roza, pero no me toca. Sin embargo solo su presencia, sumado a lo estoy viendo, hacen que mi cuerpo me traicione y eche mi cabeza para atrás emitiendo una respiración fuerte. Señal que toma para posar una de sus manos en el dobladillo de mi corto vestido y subirlo con delicadeza.

Siento un hormigueo en mi piel al notar como los dedos de Adrién juegan con el dobladillo, hasta que consigue levantar mi vestido enrollándolo en mis caderas dejando expuesto mi tanga de encaje rojo. No sé si la pareja que sigue dándose placer frente a nosotros puede vernos, pero en realidad llegó a la conclusión que ese desconocimiento me excita. Restriego mis glúteos contra la erección de Adrién y noto cómo retiene su respiración.

— Me vuelves loco, Jolie —. susurra pegando sus labios a mi oreja.

Esas palabras junto con la escena erótica que mis pupilas están devorando me hace sentir poderosa y evapora cualquier rastro de inhibición en mí.

Giró con lentitud mi cuerpo entre sus brazos y después de dedicarle una mirada cargada de deseo ante la sorpresa de Adrién, me inclino. Con movimientos lentos quedo arrodillada a sus pies y sin permiso desabrocho su pantalón y bajo su cremallera para liberar su erecta verga.

Paso mi lengua por mis labios segundos antes de introducir su falo en mi boca, ante el gruñido salvaje que emite Adrién, que con rapidez sujeta mi cabeza para marcar mi ritmo.

—¡Dios Jolie, me matas!

Sigo lamiendo al compás deleitándome con su dureza, con su piel y sabor salado. De repente el aparta mi cabeza para no derramarse en el interior de mi boca, y eso me produce desilusión. Consigo ponerme de pie y vuelvo mis ojos de nuevo a la pareja que esta vez están en una posición diferente. Ella a cuatro patas sobre la cama redonda y él embistiéndola sin control. La excitación en mi interior vuelve a estallar, así que sin pensar bajo la cremallera de mi vestido y me muestro frente a Adrién en ropa interior mirándolo con lascivia. Al parecer él ya se ha recuperado de su orgasmo porque su vara vuelve a saltar erecta ante mi visión. Con suma sensualidad se deshace de la chaqueta junto con la camisa y los pantalones de su traje, mostrándose desnudo ante mí. No puedo resistirme a repasar con mis ojos su cuerpo comiéndomelo con ellos. Arquea una de sus rubias cejas divertidas y se lanza hacia mí.

—Eres mala, caperucita —. bisbisea pegando sus labios a mi oreja entretanto, sus fuertes brazos me alcanzan para dejarme caer con suavidad sobre la cama redonda.

—Y tú te haces rogar mi lobo hambriento —. bromeo incitándolo.

Con habilidad se deshace de mi tanga y hunde sus labios en mi sexo, chupando, y también, mordiendo. Lo que me convierte en desenfreno, mis uñas se clavan en las sábanas y me retuerzo de puro placer ante sus actos. Estoy a un milímetro de alcanzar el orgasmo más bestial de toda mi vida sexual porque Adrién es un experto con su lengua. Pero de repente para ante mis ojos abiertos como platos, pasa su lengua por sus labios relamiéndose como un gato y agarrando con fuerza mis caderas me insta ponerme a cuatro patas, lo cual hago sin rechistar y me embiste. Con un rápido movimiento me llena provocando que un gemido salga de mi garganta ante el placer que me está induciendo.

Entonces comienza un ritmo de empujes sin dejar de sujetar con fuerza mis caderas que me propulsan hasta el más intenso deleite jamás experimentado.

Una vez alcanzamos el súper clímax, porque sería injusto llamarlo clímax a secas, ambos nos dejamos caer sobre la cama redonda exhaustos.

No sé cuánto rato pasa exactamente, pero en el momento en el que mi respiración vuelve a ser acompañada por un bote de la cama y me apresuró a vestirme. Para mí desgracia el sentido común ha vuelto a mí y los remordimientos de lo que acabamos de hacer vuelven a pinchar mi conciencia.

—¿Qué crees que haces? —. pregunta Adrién observando mis movimientos.

—¿Tú qué crees? —respondo si ni siquiera molestarme en mirarlo.

De pronto noto como me alza en sus brazos pegando mi cuerpo al suyo desnudo. Puedo notar que de nuevo está excitado, hecho que calienta mis ganas también aunque intento resistirme.

—Suéltame —. grito.

—No he acabado contigo —. proclama dejándome caer sobre la cama y aprisionándome con su cuerpo.

Nuestras miradas se encuentran y durante segundos nos perdemos el uno en los ojos del otro. Que fácil sería poder olvidarme de todo y disfrutar con Adrién Legrand. Mi corazón bombea ansioso ante esa idea, pero para mí desgracia la realidad volvía a regir mi cerebro.

—Adrién Legrand, haz el favor de levantarte y dejarme salir —. ordeno con los labios apretados.

—Jolie, no mientas, deseas esto tanto como yo.

—Creído e hipócrita. No soy yo la que tiene una relación. ¿Cómo crees que se lo tomaría Gabrielle? —. apelo a una píldora envenenada, recordándole a su novia.

Adrién borra en el acto la sonrisa de su cara y me mira entornando los ojos, esos que ahora lucen intensos y oscuros, color añil.

—Tenemos una relación abierta —. Proclama, pero demasiado serio.

—Pues mejor para vosotros, conmigo no cuentas. Debemos parar esto, si saliese a la luz haríamos daño a mucha de la gente que queremos. Sobre todo a Marinnet —. explico intentando que entre en razón.

—Macleod, ¿Qué tiene que ver mi hermana en esto? Este asunto es entre tú y yo —. gruñe enfadado.

“He vuelto a ser Macleod”

—No hay nada entre tú y yo —. sentencio firme—Tan solo dos polvos para desfogar la tensión sexual.

En el preciso momento en el que las palabras salen de mi boca, soy consciente que van a ir directas a su ego de macho alfa. Y así sucede. Por lo que con rapidez se levanta dejándome libre para vestirme, al tiempo que me mira con sus pupilas azules.

Esa mirada aniquiladora que podría arrasarse cualquier frondoso bosque, mi corazón aúlla, pero lo mantengo a raya.

—Macleod, si sales por esa puerta, espero que estés segura, porque nunca más podrás disfrutar de estos momentos, espera como los describiste —. dice achicando los ojos y colocando uno de los dedos en su mentón —“*polvos para desfogar*”

Ya vestida me doy la vuelta para enfrentarlo elevo mis cejas y coloco una de mis manos en la cintura y con la otra sujeto los zapatos que todavía no me he puesto.

—“*Polvos para desfogar*”, contigo —. rebato con chulería.

Creo que si fuese madera ahora mismo estaría ardiendo ante la mirada de ira y furia que me dedica Adrién Legrand, por lo que me apresuro a ponerme los zapatos y salir disparada de la habitación.

Cierro la puerta tras de mí y respiro profundo, porque lidiar con Adrién Legrand consigue dejarme exhausta. Porque necesito toda mi energía para hacerle frente y evitar dejarme llevar y zambullirme en esa atracción, que parece una energía magnética que me empuja hacia él.

Abro los ojos porque ni siquiera me había dado cuenta de que los había cerrado. Entonces me doy de lleno con la mirada de Philip, parado como una estaca frente a mí, mientras agarra de su mano a un sexy mujer.

Entorno los ojos clavándolos en él por qué lo he reconocido aún con el antifaz y el por supuesto a mí.

—Eres un... —. comienzo, sin embargo soy agarrada por su brazo arrastrándome hasta el final de pasillo. Abre una puerta y entramos juntos.

“Que les pasa hoy a los hombres que todos me lleva a rastras”

—¿Se puede saber qué hacéis aquí? —. exige mostrando su enfado Philip.

—¿Y tú? —. respondo a su vez con una pregunta.

—Ayleen, no juegues conmigo, ¿Dónde cojones está Marinnet? —. insiste nervioso.

—Marinet está con Valentine. Pero explícame, ¿qué hacías con esa morena de la mano? No soy tonta, sé qué clase de lugar es este.

—No te interesa —. masculla pasando una de sus manos por su pelo nervioso.

—Quizás a mí no, pero sí a Marinnet —. digo desafiante.

Su actitud cambia, de nerviosa a arrogante, se acerca a mí y dice:

—A Marinnet, también le interesaría lo que hace su mejor amiga por las noches en la cocina de su casa con su querido hermanito. Quizás eres tú la que deberías explicarle porque tú y mi futuro cuñado representan el papel de que se odian y no se soportan, para después follar como posesos.

Con la boca abierta de par en par, así me quedo ante la amenaza de Phillip. Al parecer el muy imbécil nos vio y ahora estoy en una encrucijada. Porque ardo en deseos de correr junto a Marinnet para demostrarle que su futuro marido es un mentiroso infiel, pero no quiero que se entere que realmente su hermano y yo la hemos estado engañando durante años. Bueno odiarnos nos odiamos, pero claro del odio al sexo al parecer en nuestro caso hay una fina línea que hemos cruzado.

—Eres un capullo, mentiroso no la mereces —. siseo enfadada.

—Tú tampoco la mereces. Así que, mi querida Ayleen el trato es el siguiente, tú mantienes esa boquita con forma de corazón cerrada y yo también —. amenaza satisfecho.

Para mi desgracia, aunque me pese y me envenene por morderme la lengua por no poder gritar a los cuatro vientos que Philip Parrott es un gilipollas infiel. Sé que debo mantener mi silencio y rezar porque Marinnet logre perdonarme algún día.

Asiento y Phillip se da por satisfecho.

—Ahora salid del local, invéntate cualquier excusa, no quiero que estéis mucho más aquí dentro.

La última mirada que le dedico antes de que se marche es asesina, en respuesta él sonríe de forma maquiavélica.

CAPÍTULO 6

Ayleen Macleod

Sentadas en la parte de atrás del vehículo, el silencio se instala en el habitáculo. Yo froto mis manos nerviosa y fijo mi mirada al frente.

<<Soy lo peor>> grita mi conciencia

Los remordimientos junto con la impotencia han creado un nudo en el estómago y si sigo callada, voy a volverme loca regodeándome en toda la culpabilidad que me asedia.

—¿Dónde está Valentine?—. pregunto al fin intentando mantener una conversación.

—Valentine cómo ella diría triunfó con un moreno que quitaba el hipo así que como era de esperar desapareció con él—. explica tranquila Marinet sin mirarme.

—Bueno al menos alguien lo paso bien—. comento de forma impersonal.

—Yo creo que aquí la única que se ha pasado toda la noche vigilada, incómoda y frustrada soy yo, Ayleen. Así que canta rruiseñor y explica, ¿dónde puñetas te metiste con el desconocido que te sacó a rastras del reservado? — exige, está vez clava sus azules ojos en mí y sé que estoy perdida.

Esa mirada intimidante de mi amiga evoca otra aún más amenazante, meneo mi cabeza para eliminar la imagen.

—Marinet, lo siento. No sé quién es ese tipo que apostó esos gorilas para vigilarte. Me arrastró sin opción a un reservado para mostrarme lo que realmente sucede en este local —. Miento cómo la embustera en la que me he convertido por culpa de Philip y por culpa del estricto, severo, pero a fin de cuentas hipócrita Adrién Legrand.

—¿Como te lo mostró?—. interroga arqueando sus cejas sorprendida.

Casi me atraganto con la pregunta.

—En el reservado había un gran ventanal a través del cual se podía ver claramente a una pareja teniendo sexo —. contesto y de manera involuntaria mis muslos se cierran con fuerza, reprimiendo la excitación ante el recuerdo de la imagen.

—¿Te dedicaste a mirar o participaste?

Un tos nerviosa se desata en mi garganta ante la pregunta directa de mi amiga.

—Qué cosas se te ocurren—. contesto cuando logro recuperarme de mi ataque de tos.

—Ayleen estás soltera no tienes compromiso, y por lo que pude observar tu enmascarado no estaba nada mal, aunque no pude verlo bien—. Aprecia Marinet con espontaneidad

“Gracias a Dios que no lo viste bien”

—No me gusta intimar con desconocidos y menos enmascarados. — respondo satisfecha por decir la verdad al fin.

Aunque realmente mi hombre del antifaz no es un desconocido. Como me gustaría explicar a mi amiga la confusión que crea en mí. Sería estupendo poder desahogarme con ella con respecto a los sentimientos encontrados que se entremezclan en mi interior. Sinn embargo, opto por resignarme porque es imposible.

—Ayleen cariño me encantaría que encontrarás a alguien que te amara y amases por igual—. confiesa mi amiga brindándome una sonrisa cariñosa.

—El amor no es para mí—. Me apresuré a contestar restando importancia a ese sentimiento sobrevalorado.

Puedo presumir de proclamar a los cuatro vientos no haberme enamorado jamás, porque en definitiva siempre he sabido que ese estado no era para mí. A pesar de que reconozco que cuando veo a mi hermano y mi cuñada en ocasiones he deseado experimentar algo así. Aunque prefiero mi vida tal cual la tengo, no quiero un hombre a mi lado que me complique mi día a día. *Tempus fugit* o lo que es lo mismo disfruto el momento.

Llegamos a Cheverny y nos retiramos a nuestras habitaciones sin más para poder descansar. Tardo más de lo habitual en dormirme, hasta que al fin consigo cerrar los ojos y descansar.

Adrién Legrand

Anoche decidí no volver a Cheverny por lo que he dormido en mi ático de París. Dormir es un decir, porque no he pegado ojo en toda la noche. El enfado junto con la frustración no me han permitido hacerlo. Después de llevar años resistiendo la tentación de tocarla, de acercarme a Ayleen Macleod por mil y una razones que hay para ser una mala idea. En menos de 48 horas he tenido sexo con ella en más de una ocasión. Y ese hecho calienta mi sangre y acelera mis nervios. Porque lejos de saciarme de su cuerpo al contrario este ansia es más grande que antes.

“Maldición no debí tocarla”

Regaño mentalmente mientras entro a la ducha, gradúo el grifo para que el agua salga fría y poder bajar la erección mañanera que llevo. Macleod siempre me ha sacado de quicio, con ese carácter que exhibe al mundo de niña correcta y buena aunque en el fondo se esconde una arpía de cuidado, eso siempre lo he sospechado. Al igual que confieso que ese carácter fiero escondido es lo que me atrae sin medida.

Salgo de la ducha con una toalla enrollada a mi cintura dirigiéndome a la barra americana para prepararme un café bien cargado. Cuando le doy al botón de la *Nespresso*, suena el timbre.

<< ¿Quién será a estas horas? >>me pregunto.

Son las ocho de la mañana y no espero a nadie, aun así pongo rumbo a abrir sin preocuparme de que solamente llevo una toalla sujeta en la cintura. Mi cara de sorpresa es mayúscula al ver a Gabrielle frente a mí. Vestida de fiesta y su maquillaje dista mucho de estar perfecto por lo que supongo que ni siquiera se ha acostado aún.

—No me invitas a pasar amour.

Reaccionó saliendo de mi estado de sorpresa por verla y la invito a pasar haciendo un leve gesto con la mano. Con sus andares perfectos moviendo sus caderas al compás de sus zapatos se deja caer en el sillón de mi salón con gracia. La observo con detenimiento y por primera vez no causa ningún efecto en mí al contrario me hace admirar otro cuerpo que debiera estar prohibido. Vuelvo en busca de mi café mientras ella se pone cómoda.

—Adrién he venido porque necesito hablar contigo de algo que me preocupa—. dice posando sus ojos en mí.

—Debe preocuparte mucho para que estés despierta a estas horas—. comento sarcástico.

Mi humor no es apto para las tonterías de Gabrielle.

—Quiero casarme— suelta a bocajarro.

En cuanto esa frase sale por su boca, sé que esto se va a convertir en una discusión y estoy seguro de que derivará en el final de nuestra relación.

—No te he prometido nada en tres años, mantenemos una relación abierta que a ambos nos ha satisfecho hasta la fecha—. explico serio sin moverme de detrás de la barra americana.

—Para mí ya no es suficiente, quiero un anillo y una proposición, me lo debes —. exige ella.

—Estas loca Gabrielle no nos debemos nada— sentencio.

—Adrién, durante tres años he aguantado que intimaras con discreción con quien te ha apetecido a pesar de que en el fondo te quiero para mi sola. Creo que ha llegado el momento de dar un paso más en nuestra relación

—Gabrielle no solo yo he intimado, tú te has dedicado a tus orgías con muchachitos. —recrimino. — Por lo que ambos estábamos en igualdad de condiciones. No voy a casarme nunca lo he pretendido. Creo que siempre te lo he dejado claro.

—Bueno si no quieres casarte demos un paso más y vivamos juntos.

Gabrielle me tiene desconcertado.

—No sé a qué viene esa insistencia de un paso más. Yo estoy bien así...

—Quiero una relación cerrada, tú y yo nadie más en la cama y vivir juntos.

—Lo siento, pero no.

Gabrielle se levanta enfurruñada como una niña y se acerca a donde estoy yo, me mantengo en mi lugar. Pasa una de sus manos por mi pecho coqueta, y muerde su labio inferior. No siento nada. En ese momento soy consciente de que he dejado de desear su cuerpo.

—Gabrielle deberíamos darnos un tiempo—. digo de forma diplomática.

De repente veo como el recorrido que sus dedos estaban haciendo por mí pecho desnudo, se para de forma brusca. Clava sus claros ojos en mí y frunce el ceño.

—¿Qué es lo quieres decir Adrién? Te estoy proponiendo un paso más y tú decides que nos demos un tiempo —. reprocha alzando la voz.

—Somos adultos—. Le recuerdo.

—Adrién Legrand, ¿quién es la mujer que ocupa tu mente?

Pestañeo sorprendido por lo a pregunta, aunque enseguida recupero la frialdad en mi rostro.

—Gabrielle no hagas una escena. No hay nadie que ocupe mi mente no soy un hombre de esos —. claudico separándome de ella con la taza de café e n mano.

—Esto no se va a quedar así —. amenaza mostrando su enfado.

—Gabrielle márchate, descansa y piensa. Está relación ya ha llegado a su fin y creo que será lo mejor para ambos.

El portazo que pega al salir retumba en toda mi casa. Meneo la cabeza mirando la puerta. No miento al asegurar que lo sabía. Que Gabrielle tenía fecha de caducidad y que si rompíamos no se lo tomaría bien. Pero lo que realmente me había dejado reflexivo era el hecho de que de la noche a la mañana no le gustase el tema de la relación abierta.

Ayleen Macleod

Cuando consigo levantarme de la cama son las once de la mañana, la verdad parece como si un camión me hubiese pasado por encima. Hoy es el gran día de Marinet, su fiesta de compromiso es esta tarde a las cinco, por lo que aún me quedan cosas que hacer para poder estar perfecta. Decido ir directamente al baño y darme una ducha la

cual estoy segura me ayudará a sentirme mucho mejor.

No he parado de darle vueltas al hecho de que Phillip se va a salir de la suya y con ello mi amiga tiene muchas posibilidades de ser desgraciada. Lo que hace que me sienta demasiado culpable.

Bajo a la cocina en busca de un café, y casi no puedo entrar, el personal se ha duplicado en cuestión de horas, y todos van de un lado a otro demasiado ajetreados preparando la fiesta.

—Amelie, bon jour—. saludo a la cocinera.

—¿Que necesita señorita? —. pregunta apurada.

—Tan sólo permiso para prepararme yo misma un café —. digo sonriente.

—No se moleste yo misma se lo hare

—No Amelie insisto, no hay problema.

La mujer me sonrío con cariño mostrando su agradecimiento. Una vez taza de café en mano decido salir jardín, varios empleados están acabando de decorar la inmensa carpa donde colocarán a los invitados.

<<Una fiesta por todo alto >>me digo mentalmente.

Una celebración de la que ya no estoy contenta, pues ahora es como si estuviera observando a Marinette yendo al patíbulo. Porque cada día estoy más convencida de que Phillip no es el hombre de su vida.

Los jardines de Cheverny a pesar del desfile de gente que tiene son preciosos, sino fuese por su dueño, amaría este lugar. Llevo la taza a mis labios mientras me pierdo mirando en el laberinto de setos y rosas que se divisa al fondo.

—Buenos días, Ayleen.

Ni siquiera me doy la vuelta para saludarlo. Ahora mismo Phillip es persona non grata para mí porque estoy molesta, bueno no, estoy furiosa por ser un capullo chantajista, infiel, mentiroso y dios sabe qué más.

—Veo que te has levantado silenciosa. Debo decirte que eso me llena de alegría —. dice forma exagerada.

—¿Qué quieres? —. gruño.

Permanece detrás de mí y logro notar el ligero roce de una de sus manos en mis brazos desnudos, lo cual me descoloca

—Bueno quiero muchas cosas. Pero he de confesarte que desde que te vi en esa cocina no puedo borrar tu cara de placer de mi mente —. suelta acortando distancia por lo que noto.

Lejos de separarse agarra con fuerzas mis caderas y se refriega a pesar de que me retuerzo para evitarlo.

—Debo recordarte que no estás en posición —. sisea pegando sus labios a mi oreja. De repente tengo ganas de vomitar y de llorar a la a vez porque la máscara de Phillip se ha caído ante mis ojos siempre pensé que era un vicioso pero ahora sé que es un enfermo.

Giro de manera brusca con la taza en la mano y lo fulmino con mis ojos, pillándolo por sorpresa.

—No vuelvas a acercarte a mí o no respondo —. siseo dejándolo allí parado sin más.

Al poner dirección hacia el interior veo a Adrién apoyado en el marco de la puerta y sus ojos se clavan en mi

furiosos. Lo que alimenta más el enfado que llevo, así que alzo mi barbilla de forma altiva y paso por su lado como si no existiera.

Adrién Legrand

He llegado a Cheverny a media mañana, al parecer mi humor había mejorado, posiblemente porque dejar las cosas claras con Gabrielle dando por finalizada nuestra relación, me ha quitado un peso de encima. Pero toda esa sensación positiva se ha ido al garete al observar la escena de Ayleen y Phillip en la terraza.

La furia ha barrido todo resto del buen humor que traída. He tenido que hacer acopio de todo mi autocontrol para no arrancarlo del lado de ella. Ver como sus manos acariciaban sus caderas ha sido como si me dieran un puñetazo. En mi interior mi corazón y mis ansias gritaban.

“Mia”

Ayleen Macleod logra sacar la bestia irascible y salvaje que llevo dentro y eso puede llegar a ser mi perdición, lo sé. Aunque soy consciente que no soy capaz de evitarlo, de momento. Mi cuerpo la anhela como jamás deseé a ninguna mujer, librando una batalla descomunal entre mi alma y mi cerebro.

—Adrién.

La voz de Chandler me saca de mis elucubraciones mientras camino con pasos firmes hacia mi despacho. Dándome la vuelta lo miro frente a frente. Él es lo más parecido a un padre que tengo, porque del mío casi no me acuerdo. Y lo poco que recuerdo prefiero no hacerlo porque Lionel Legrand no fue un buen hombre, y tampoco un buen padre y por supuesto un nefasto marido.

Su vida era una pantalla que el mismo proyectaba de caballero honorable de clase alta, no obstante tras ella se escondía un depravado que manejaba la prostitución en todas sus versiones en Francia. Dueño de clubes de alterne los cuales utilizaba para sus macabras orgías. Clubes que yo heredé cuando murió. Desde entonces he tratado de reconvertir durante años esos lugares en sitios lícitos para desinhibir la tensión sexual, siempre dentro de los límites de la ley y lo legal. Por supuesto erradiqué la prostitución en ellos, lo que por desgracia hizo que me ganara a muchos retractores que durante años siguieron a mi progenitor.

Chandler había sido la mano derecha de mi padre y cuando este murió, mi mentor, pero si estaba o no de acuerdo con mis decisiones referentes a los clubes nunca se posicionó, tan solo se limitó a estar a mi lado.

—Buenos días, Chandler —. saludo sin mucha efusividad.

—Podemos hablar.

—Por supuesto —. digo poniendo dirección a mi despacho.

Una vez dentro la inquietud no me permite sentarme. Voy directo a la vitrina colocada detrás del ancho escritorio de nogal y lleno un vaso de whisky, ante la mirada inquisidora de Chandler. Lo vacío de un trago y lo vuelvo a rellenar.

—Demasiado temprano para beber—. observa a Chandler que también se mantiene de pie.

—Has venido a criticarme —. contesto sarcástico.

—No, he venido porque me llamó Gabrielle alterada.

—¿Ahora eres mi asesor sentimental también?

—Gabrielle es una bomba de relojería descontrolada. ¿Porqué de la noche a la mañana has decidido darle puerta sin más?

—No es asunto tuyo. La relación no iba a ninguna parte, sin contar que ella quería más. Yo nunca he contemplado la posibilidad de tener más compromiso del que tenía con ella—. informo, aunque no tengo porque darle explicaciones de mi vida privada.

—Gabrielle era tu zona de confort, tu herramienta para no ser el foco de la prensa. ¿Qué crees que pasará ahora?, sin contar que puede ir explicando miles de cosas. Lo que no nos beneficia.

—No me importa, cuando llegue esa batalla ya la librare —. contesto volviendo a vaciar el contenido de mi vaso.

—Demasiados frentes, Adrién. Phillip por un lado al que no podemos controlar, Gabrielle por otro despechada y....

No acaba la frase me mira con fijación manteniendo su rostro frío y pétreo.

—¿Y? —. interrogo arqueando mis cejas.

—No me subestimes—. advierte.

—No lo hago. Solo tengo curiosidad por ese y... que has dejado en el aire—. observo.

—Adrién, crees que no te he visto como la miras cuando nadie te observa. Llevo años viendo como la deseas en silencio desde la distancia. Y pensé que al fin habías conseguido solucionarlo cuando la vetaste de tu vida y de la de tu hermana. Pero ahora vuelves a estar en la casilla de salida.

No me sorprende, Chandler es muy observador y me conoce muy bien, demasiado, sin embargo eso no evita que sus palabras me molesten, mucho

—No es asunto tuyo. De todas formas no hay porque preocuparse—. digo de forma despreocupada, llenando de nuevo mi vaso.

—Ya veo que no hay de que preocuparse, por eso estas vaciando la botella de Whisky como si no hubiese un mañana. De aquí al medio día estarás borracho como una cuba —. regaña elevando el tono de voz.

—No, controlo perfectamente mis dosis de alcohol—. me defiendo soltando el vaso.

—Escúchame con atención Ayleen Macleod es para ti como una sirena para un marinero. Así que rompe el hechizo, tan solo debes aguantar hoy a partir de hoy no volverás a verla. Como en estos seis años apártate, ella es una buena chica, pero no es para ti—. comunica.

La estrepitosa carcajada que sale de mi garganta resuena en todo el despacho.

—Chandler bonito discurso, creo que a fin de cuentas deberías haberte dedicado a la política. No voy a permitir que también asesores mi vida sentimental. No tiene derecho a decir con quién puedo o no pueda follar —. suelto enfadado.

—Está bien, luego no digas que no te lo advertí —. sentencia abandonado el despacho.

En la soledad de mi despacho me permito dejarme caer sobre el sillón, paso mis manos por mi rostro, en un intento desesperado por recuperar la calma y el control. En el fondo Chandler no va desencaminado, Ayleen merece un hombre a su lado que la ame, que se case con ella y juntos formen una familia y yo no puedo ser ese hombre. Pero un malestar intenso se instala en mi alma al imaginarla con otro hombre, sonriendo, disfrutando....

En definitiva lo que es lo correcto no es lo que quiero hacer, por el contrario quiero dejar de pensar y fugarme con ella hasta que mi cuerpo se sacie por completo de follarla sin mesura.

CAPÍTULO 7

Ayleen Macleod

Observo la imagen que me devuelve el espejo y sonrío satisfecha, el vestido verde botella elegido se adapta a mi cuerpo de forma estupenda. Con su falda carnosa de seda y su corpiño palabra de honor, resalta mi figura. El cabello semirrecogido a un lado con unas horquillas de circonitas plateadas, corona mi imagen elegante, pero sexy.

Satisfecha con el resultado, agarró mi bolso y me dispongo a bajar a la celebración. No he visto a Marinét en todo el día, supongo que ha estado demasiado nerviosa para buscarme. Inspiro llenando mis pulmones de aire para calmar la sensación de anticipación en mi interior. Realmente si pudiese elegir saldría corriendo de aquí, sin mirar atrás. Sin embargo no puedo por la amistad que me une a Marinét, debo estar en este día que para ella, es uno de los más felices aunque yo no esté de acuerdo.

Una vez en los jardines, mis pupilas no pueden parar de inspeccionar todo para imprimirlo en mis recuerdos porque es un escenario digno de cuento. Rodeados por los espectaculares jardines de Cheverny las carpas blancas instaladas con sus adornos florales y sus serpentinas de luces le dan un toque romántico de ensueño.

—Bonne nuit.

La voz ronca con leve acento provoca que me dé la vuelta lentamente para apreciar al hombre con smoking más impresionante que he contemplado en la vida, bueno rectifico al segundo, Adrién Legrand, sigue siendo el primero más impresionante luciendo smoking.

—Buenas noches —. contesto achicando mis ojos al ver unos ojos brillantes del color del cristal verde botella. Unos que he visto en otro lugar y estoy segura de dónde.

—Permítame la osadía de alabar su belleza— Piropea dedicándome una mirada cargada de anhelos y deseos.

—Creo que sigue siendo un vendedor de piropos, al igual que anoche —. contesto de forma airada.

—Veo que además de belleza le acompaña una gran perspicacia. Señorita...—. sonrío.

—Como hoy si podemos dar información personal, intenta averiguar mi nombre muy audaz por su parte, Kan —. suelto coqueteando.

Esto es una fiesta y aunque me sienta como si asistiera a una ejecución por permitir que mi amiga se comprometa con un hombre que no la merece, tengo derecho a distraerme. Por lo que decido coquetear abiertamente con él.

—Aquí soy Kris si no le importa.

—Encantada yo soy Ayleen.

—Un precioso nombre para una belleza.

Me limito a brindarle una suave sonrisa.

—Me hace el honor de ser mi pareja de baile —. Invita haciendo una leve inclinación caballeresca.

—Por supuesto, será un placer —. contesto mientras él posa una de sus manos en mi espalda y juntos nos dirigimos a la pista de baile.

Adrién Legrand

Sostengo una copa de champaña entre mis dedos mientras no pierdo detalle de la escena. Desde que ha aparecido en la fiesta, mis ojos no se han podido apartar de ella. Parece una sirena, como bien dijo Chandler. El verde oscuro

hace resaltar su piel cremosa y su negro cabello.

Maldigo interiormente cuando Kris Adagio se ha acerca a ella. Él es un conquistador y al aparecer a Macleod no le desagrada por lo que la ira y los celos, comienzan a enredar mi corazón en una maraña que intento contener.

—Buenas hermanito.

La suave y dulce voz de Marinet provoca que desvíe mis ojos de ellos, para dirigirlos a mi hermana. Dibujo en mi rostro mi mejor sonrisa.

—Esta preciosa hermana.

—Gracias, tú también estas muy guapo, pero eso ya lo sabes —. comenta Marinet divertida.

—¿Y Phillip? —. pregunto

—Bueno mi futuro esposo está más preocupado de hacer de buen anfitrión que de mí —. comenta dejando entrever en su mirada cierta tristeza.

<<Gilipollas>> pienso.

—Marinet, aún estás a tiempo de mandarlo al diablo.

—Eres muy gracioso —. comenta— ¿Y Gabrielle? —. pregunta desviando el tema.

—Hemos roto.

—Curioso—. dice mientras sus ojos se desvían a la pista de baile.

—Curioso no, era de esperar. Ya me conoces las relaciones demasiado largas no son para mí.

—Lo sé, pero también sé que algún día conocerás a alguien que haga replantearte esa idea tuya de no casarte.

No contestó pero mis ojos vuelven a la pista de baile y aprieto la copa más fuerte de lo habitual, para contener mi rabia a ver a la pareja de Macleod y Kris bailar riéndose con complicidad.

—Al parecer Ayleen ha encontrado un hombre que le gusta. Extraño —. comenta mi hermana de soslayo.

—¿Porque tendría que ser extraño? —. pregunto sin poder evitarlo.

—Bueno como nunca te ha caído bien, lo cual no entiendo, no sabes que mi amiga es muy selectiva, nunca le he conocido relaciones largas. A pesar de tener muchos que matarían por estar con ella. Según Ayleen el amor y la vida en familia no son para ella. —. explica Marinet, pero la mirada que me decida es de detective.

Por lo que más tarde, me doy cuenta que he caído en su señuelo.

—Bueno como dices no me interesa —. Disimulo llevando mi copa a los labios para dar un largo trago a la champaña

—¿Bailas conmigo hermanito? —. pregunta Marinet, suplicante.

Por lo que resulta imposible negarme. Juntos atravesamos la carpa hacia la pista.

Poco a poco durante el baile nos acercamos a Ayleen y Kris. Su risa llega a mis oídos y la furia amenaza con erupcionar. De repente Marinet me obliga a parar el baile y girando hacia donde está su amiga y Kris, propone.

—Buenas noches, ¿cambio de pareja?

No da opción a replica de manera audaz agarra a Kris y comienza bailar dejando a Ayleen parada justo frente a mí. Decido sujetarla y bailar para no dar ningún tipo de espectáculo aunque estoy tentado. Se que estar cerca tocándola, no como yo ansío, realmente va a ser un suplicio, entre las ganas de follarla y de matarla me debato. Como buen actor la agarro con suavidad por la zona lumbar y comienza el baile, el silencio entre nosotros es sepulcral. Necesito toda la concentración para no arrastrarla hasta cualquier rincón de este jardín y penetrarla de forma salvaje, marcarla, recordarle a quien pertenece.

Intento sacar esos pensamientos de mi cerebro que son demasiado peligrosos.

—¿Desde cuándo te dejas arrastrar por tu hermana pequeña? Eso es nuevo.

Sus palabras son una mezcla de reproche e ironía, que enciende aún más mi enfado.

—Creo que Marinet se ha cansado de verte coquetear con Kris. No te conviene, ella lo sabe. Y hoy me he proclamado abogado de las causas perdidas. — declara con altivez.

Noto como su cuerpo se tensa ante mis palabras y sonrió con satisfacción sin que pueda verme.

—Eres un gran capullo arrogante. Da gracias que no deseo dar un espectáculo, sino te dejaba aquí plantado en mitad de la pista de baile.

—Macleod, no me tientes porque yo también puedo hacerlo. Así que límitate a bailar —. advierto.

Sé que puedo llevarla al límite y hacer explotar ese carácter fogoso, que me atrae de una manera descomunal, pero soy consciente de que no podemos dar un escándalo en la fiesta de mi hermana.

—¡Por dios, que acabe pronto la canción! —. exclama con alevosía.

—Para correr a los brazos de Kris, no te conviene, al igual que tampoco te conviene ir rozándote con el prometido de la novia —. suelto con palabras cargadas de ira.

El cuerpo de Ayleen se remueve forcejeando entre mis brazos para deshacerse de mí, sin embargo no lo permito.

—¡Eres un grandísimo gilipollas! A ti el gran Legrand no lo juzga nadie, no obstante tú, te crees con derecho a juzgarme —. Sus palabras salen de su boca en un gruñido cargado de furia —No tienes ningún derecho a opinar hacia los brazos de quien corra, soy una mujer libre y sin compromiso. Tu señor rectitud y normas, no puedes decir lo mismo.

—Relájate si no quieres que seamos el centro de atención.

Mis palabras surgen efecto porque noto que su cuerpo se relaja entre mis brazos, pero minutos después acaba la canción y como si le quemase salta de mi lado y desaparece entre los invitados. Decido alejarme yo también, poner distancia entre nosotros es lo mejor así que pongo rumbo dirección contraria con tan mala suerte que me tropiezo con Gabrielle.

—Adrién —. susurra.

Va del brazo del idiota de Ángelo, que sonrío como si llevase una joya a su lado. En ese momento lo compadezco.

—Gabrielle.

—Una fiesta de compromiso estupenda. Aunque no se te ve muy contento —. pincha Gabrielle con los ojos encendidos en llamas, contrastando con la sonrisa falsa que se dibuja en su rostro.

—Intenta disfrutar, Gabrielle —. digo dando por concluida la conversación, desapareciendo.

Ayleen Macleod

Al llegar a la mesa donde se encuentra el servicio de bebidas, cojo una copa de champaña y vacío su contenido con rapidez. Notando la sensación de aspereza en mi garganta cuando el líquido recorre la misma.

—Ayleen, como siempre estas hermosa —. La voz de Ángelo suena a mi espalda, por lo que no tengo más remedio que girarme para saludarlo, aunque son pocas las ganas.

—Buenas noches, Ángelo.

—Veo que estás sola, lástima que yo haya venido acompañado.

En realidad ese hecho me alegra, porque así no se pegará a mi como la babosa que es.

—Me alegro por ti —. comento por cortesía, sonriendo con suavidad.

Por el rabillo del ojo veo como la Barbie diamantes se aproxima a nosotros con sus aires de grandeza al caminar. No es el mejor momento para un encontronazo, aunque tengo pocas opciones de huir.

—Bona nuit, Ayleen —. sisea como si en realidad fuese una serpiente.

Sonrío mentalmente ante esa idea, acerco la copa a mis labios para disimular.

—Buenas noches, Gabrielle.

—Bueno te hacía mejor acompañada, no sola bebiendo —. ataca con maestría.

Puedo entrever el veneno en sus palabras, y a pesar de que su rostro muestra una sonrisa, en sus ojos azules puedo ver rabia, enfado, ira.

—A veces mejor sola que mal acompañada —. respondo encogiendo los hombros.

—Gabrielle —. Ángelo hace el intento de agarrarla para marcharse, pero esta con elegancia se suelta.

—A mí no me engañas niñata, recuerda que pronto perderás esa piel de corderito que exhibes ante todos —. amenaza y está vez muestra realmente su enfado en sus palabras.

—Gabrielle, disculpa si no me interesa lo que puedas decir —. Mi respuesta es calibrada y fría lo que al parecer enciende mucho más a la rubita.

—Vas de mosquita muerta, atrayendo a los hombres como abejas a la miel. ¡Escúchame bien! Nadie le roba el hombre a Gabrielle Dupen —. La amenaza va acompañada de su dedo índice apuntando con inquina.

Ángelo abre los ojos sorprendido ante la amenaza de Gabrielle. Alrededor varios ojos curiosos se clavan en la escena que estamos protagonizando.

—Si me disculpas—. Me limito a decir conteniendo las cuatro cosas que le diría a la Barbie diamante.

No comprendo muy bien a qué viene esa actitud por su parte, optó por ignorarla con elegancia. Por el rabillo del ojos veo como hace el intento de seguirme, Ángelo logra impedirlo la sujeta intentando que no se ponga más en evidencia.

El resto de la velada pasa de forma tediosa frente a mis ojos. Observo cómo Marinet baila contenta junto a su futuro marido y no puedo evitar fruncir el ceño ante la escena de parejita feliz.

—Te saldrán arrugas.

La voz de Valentine me saca de mis elucubraciones. Dirijo mi mirada a mi amiga que se ha colocado a mi lado.

—¡Dichosos los ojos!, pensaba que no habías venido —. expreso sin mirarla.

—No me perdería este sarao por nada del mundo—. confiesa divertida.

—Yo no lo describiría así exactamente.

—Veo que no estás muy entusiasta. Es una pena porque hay cada hombre que corta la respiración. Empezando por el hermanísimo y acabando por Kris Adagio.

—Veo que lo has conocido.

—Si, confieso que sin antifaz no lo había reconocido. Pero el halo de peligro y promesas de noches en vela siguen envolviéndolo. Ese hombre exhuma deseo por cada poro de su piel —. suspira Valentine de forma desmedida.

—Eres demasiado exagerada—. crítico volteado mis ojos.

—La verdad amiga, debo confesarte, que no entiendo cómo te has pasado años viniendo en vacaciones y no tirarte en brazos del hermano de Marinet, porque esta para mojar pan —. dice mientras clava sus ojos en Adrién Legrand, que estos momentos está conversando con un matrimonio de mediana edad.

Casi me atraganto con el champaña al escuchar las locas ideas de mi amiga.

—No es mi tipo —. contesto con demasiada rapidez, mintiendo como la mentirosa en la que me he convertido.

El resto de la noche sucedido de manera normal hasta las tres de mañana cuando los invitados comenzaron a abandonar Cheverny. Elijo ese momento también para retirarme, después de despedirme de los novios, porque mañana tengo que coger un vuelo de regreso a mi hogar. Una sensación extraña embarga mi corazón, como si un gran peso se instalara en mi interior oprimiéndolo.

Capítulo 8

Ayleen Macleod

A la mañana siguiente me levanto temprano a pesar de que no he dormido demasiado, porque los nervios se han acoplado en mi estómago, ante el inminente regreso a casa por lo que he pasado toda la noche dando vueltas. Decido dejar la maleta lista antes de bajar a desayunar. Mientras descendo por las escaleras pienso que cabe la posibilidad que Marinnet no se haya levantado todavía, aun así mis tripas me instan a bajar para poder comer algo.

En silencio rezo por no encontrarme con mi pesadilla personal, Adrién Legrand. Soy sincera conmigo misma, que no es el caso, me resulta una tarea imposible resistirme a todas las emociones contradictorias que provoca en mí. Inseguridad, ira, frustración, deseo, *etc.* Entre todas la que peor digiero es la de ese deseo imperioso que me atraviesa como un rayo cada vez que me toca.

Como es habitual irrumpo en la cocina ante las miradas asombradas de las chicas del servicio. Pero es que siempre me ha gustado relacionarme con los trabajadores y trabajadoras de la casa. En Eilean Donan es así por lo que aquí, en Cheverny este castillo que durante años fue mi lugar de vacaciones, no es diferente. Amelie, la jefa de cocina sonrío al verme. Es una mujer de unos cincuenta años con rostro redondo y unos coloretos brillantes involuntarios en sus mejillas, que le hacen parecer más joven de lo que es.

—Bon jour madeimoselle —. saluda.

—Buenos días, Amelie. Café, por favor—. solicito sonriente.

—Por supuesto, ¿lo tomará fuera con la Señorita Marinnet? —. pregunta.

La verdad es que me sorprende que mi amiga esté despierta así que me apresuro a salir a la terraza. Al salir noto la brisa fresca de la mañana en mi cara, una sensación que me gusta, a pesar de ser verano las mañanas suelen ser frescas.

—Buenos días Marinnet —. Saludo, sentándome frente a ella.

—Has madrugado—. Arquea una ceja mientras lleva la taza humeante a sus labios.

—Si, veo que tú también.

—No podía estar más tiempo en la cama—confiesa—, a pesar de que anoche era tarde cuando me acosté.

—Eso querida son los nervios.

—Si, en dos semanas seré una mujer felizmente casada—expresa.

Al oír esa afirmación mi rostro se ensombrece aunque recupero con maestría la compostura. Fijo mi mirada en el rostro de mi amiga y aprecio que no se ve demasiado contenta.

—¿Nerviosa entonces? —. pregunto.

—La verdad sí. Bueno todas novias son acechadas por los nervios, ¿no?

—Si, eso es lo que dicen.

—Bueno, ¿disfrutaste anoche?

—Si una fiesta preciosa sin embargo la que realmente disfruté fue Valentine, estuvo gran parte de la noche desaparecida —. comento.

—Valentine no va a cambiar nunca, siempre a la caza de un buen achuchón de esos que te dejan exhausta, a veces la envidia. Su despreocupación, el ser libre para irte con quien quieras.

—Marinet, ¿Que sucede? —. pregunto extrañada por su comentario.

—Nada, ¿por qué? Tan solo añoro en ocasiones cuando no teníamos compromisos.

—¿Tienes dudas? —. pregunto al fin temerosa.

—De Phillip, ¿te refieres? No, sé qué es el hombre de mi vida.

Su rotundidad me sorprende y a la vez me molesta porque si supiera ciertas cosas de su amorcito, su discurso cambiaría. De nuevo tengo los labios sellados, por miedo, porque no he sido una buena amiga guardando mi secreto durante años.

—Siempre estás a tiempo de no casarte —. Atino a decir.

—Ayleen casarme por todo lo alto es el sueño de mi vida. Por lo que voy a cumplirlo —. dice sonriente— Y tú amiga, estarás a mi lado como siempre.

La culpabilidad vuelve a luchar en mi interior por salir.

—Por su puesto. En dos semanas nos veremos de nuevo —. proclamo.

—¿A qué hora sale tu avión? —. pregunta.

—A las once.

—Lo siento amiga, pero no podré acompañarte tengo que ir con mi futura suegra a efectuar unos recados.

—No hay problema, tranquila.

Más tarde voy sentada en el coche que me lleva al aeropuerto. Pienso en Marinet, creo que si algún día se entera de todo lo que le estoy ocultando nuestra amistad será historia. Sumida en mis elucubraciones ni siquiera me percató del camino que ha tomado Jean Paul, el chofer de los Legrand. Al bajar del coche mi sorpresa se dibuja en mi cara al ver que, Jean Paul ha aparcado cerca de un hangar donde nos espera un jet privado.

—Jean Paul, creo que te has confundido—. exclamo extrañada.

—No señorita sigo instrucciones —. contesta él con la seriedad que lo caracteriza.

No salgo de mi asombro, miro hacia todos lados, al tiempo que el chofer saca mi maleta. Este cambio de planes, no lo entiendo, quizás todo ha sido idea de Marinet, para hacerme más ameno el viaje de regreso a Escocia. Aunque la sombra de la duda planea en mi cerebro, porque en ningún momento mi amiga hizo comentario alguno al respecto.

La puerta de embarque del jet se abre y dos operarios colocan la escalera previa a la entrada. Sin pensar mucho más como un autómatas cojo la maleta y haciendo un gesto con mi mano a modo de despedida dirigido a Jean Paul, pongo rumbo al avión

—Bienvenida Señorita Macleod —. saluda una azafata sonriente.

Es una joven con semblante amable, sus ojos marrones rasgados reflejan alegría y bienvenida, lo agradezco. Me acompaña con paso firme hasta mi asiento, a través del largo pasillo. He de reconocer que jet está dotado de todas las comodidades, como era de esperar. La familia Legrand jamás escatima en nada cuando de lujos se trata.

Ocupo mi sillón y saco de mi bolso el móvil para enviar un mensaje a Marinet agradeciendo el detalle. Pero la azafata me interrumpe.

—Señorita póngase por favor el cinturón despegamos en unos minutos —. aconseja.

Así que relegó el móvil de momento y acato las recomendaciones dadas por la joven.

—Veo que te has puesto cómoda.

Aquel susurro, con voz sensual sin dejar atrás esa imposición que siempre denotan sus palabras, llega a mis oídos y mis piernas tiemblan, por lo que en un gesto involuntario aprieto mis muslos. Alzo mis ojos clavándolos en su imponente presencia, allí estaba frente a mí, con una semi sonrisa malvada y arrasando mi cuerpo con su mirada turquesa. Un súbito escalofrió atraviesa mi columna vertebral en ese mismo instante y mi centro se humedece. Aprieto los dientes con la ilusa intención de evitar todo lo que provoca su presencia.

—Debí haber imaginado que Marinete no había orquestado este vuelo —. siseo lanzando una mirada incendiaria hacia él.

—Mi hermanita no tiene nada que ver.

—¿Por qué? — Me limito a preguntar alzando mis cejas al mismo tiempo.

—Es hora de solucionar todo lo que hay pendiente entre nosotros —. expresa de forma chulesca.

Sin mucha dilación, como si fuese el amo del mundo, que no lo es, pero lo pretende, ocupa justo la butaca que hay frente a mí. Sin poder evitarlo sus rodillas rozan las mías y vuelvo a removerme incómoda.

—No hay nada pendiente. Así que dime, ¿dónde demonios vamos? — pregunto enfadada.

—Hay mucho pendiente Macleod, y el destino es una sorpresa.

—Sabes que puedo acusarte de secuestro, maldito arrogante.

—Calma Macleod, en un par de días calculo que habré acabado contigo y con esto que nos tiene demasiado tensos a los dos —. proclama mientras florece una sonrisa en su rostro.

Y esa sonrisa como en otras ocasiones me deja embelesada, perpleja e hipnotizada. Sacudo la cabeza con ímpetu para romper el hechizo y lo fulmino con mis pupilas.

—Eres un hipócrita, tú y tu falsa moral tienen engañados a todos. Si piensas que te lo voy a poner fácil, vas listo —. amenazado furiosa.

No solo la ira corre por mis venas como el fuego de una llama, sino la excitación, el deseo, todo eso que Adrién Legrand siempre provoca en mí sin que pueda evitarlo. Noto como el avión está haciendo su despegue pertinente, por lo que la opción de bajarme de él no es viable. Aprieto las manos sobre los apoyabrazos y lo miro con toda la ira concentrada en mis pupilas. Una vez se estabiliza en el aire relajo mis manos y con sumo cuidado desbrocho el cinturón.

—Vete haciendo a la idea, en cuanto tomemos tierra te perderé de vista —. proclamo con los labios fruncidos.

Las cejas de Adrién se alzan en un arco perfecto y una sonrisa ladina se dibuja en sus labios.

—Macleod, sigue soñando. Ya te he advertido lo que nos espera, porque hasta que no acabe contigo no podrás perderme de vista —. informa con actitud relajada.

Al hacer el intento de levantarme los movimientos rápidos de Adrién me lo impiden. Sujeta con sus fuertes brazos mi cintura pegando mi cuerpo al suyo, lo que provoca que un leve temblor recorra cada fibra de mi ser. Tenerlo tan cerca es ...

Su aroma a perfume invade mis fosas nasales, y mi estómago se encoge provocando que de nuevo este excitada. La proximidad con Adrién siempre ocasiona que mis hormonas bailen descontroladas por mi cuerpo y mis bragas estén húmedas continuamente.

—Escucha bien Macleod, no lo repetiré. Vas a pasar dos días a mi lado, 48 horas en las que no vas a salir de mi cama. Esta tensión que nos embargan desde hace años, la vamos erradicar de una vez por todas. Vamos a follar, si grábatelo en esa dura cabecita que tienes, como si no hubiese un mañana, para eliminar esta ansiedad que nos tiene como si fuésemos adictos. Pues bien como todo adicto vamos a tener una sobredosis de sexo para acabar con esto —. Sus palabras salen de su boca, sin ni siquiera mover sus labios manteniendo los dientes apretados.

Mis ojos se abren desmesuradamente ante lo que está diciendo, pero una vez más mi cuerpo va por libre, porque estoy completamente cachonda antes esa explicación que promete momentos de cama y extenuación.

—No voy a volver a follar contigo mientras estés comprometido en una relación, sea abierta o cerrada, me importa un rábano —. gruño de forma airada.

—Tranquila este tema también lo he solucionado. Gabrielle y yo ya no estamos juntos —. informa expectante ante mi reacción.

“Ahora entiendo la actitud de la Barbie diamante en la fiesta”

—Entonces está bien, pero tengo condiciones —. advierto ante el arqueado de una de sus delineadas cejas.

No afloja su agarre se mantiene en la misma posición, su aliento quema mis labios, y yo estoy reteniendo el aire en mis pulmones porque si respiro caeré rendida a su pies.

—Con cuidado Macleod, no me gustan las imposiciones ni las condiciones —. dice achicando sus ojos, sin apartarlos ni un minuto de los míos.

La sensación de ser reducida a mantequilla bajo la penetrante mirada de Adrién Legrand, lleva persiguiéndome desde que lo conozco, algo con lo que me empeño en luchar, pero no consigo.

—Las condiciones serán las siguientes. Primero después de estas 48 horas no me buscaras jamás, mantendremos las distancias como los últimos seis años. Segunda no hablaras nunca de esto con nadie —. expongo intentando sonar firme, aunque en mi interior estoy como un flan.

Sin respuesta, sus labios sellaron los míos, de manera literal devora mi boca con si yo fuese un suculento bocado. Y yo me deshago en placer.

Aunque esa muestra dura breves segundos, sin previo aviso se separa y regalándome una de sus sonrisas

“Soy el amo del mundo y estas a mi merced”

—Sellado el trato, Macleod.

Volvimos a ocupar nuestros asientos, e intento recuperar el ritmo de mi respiración, Adrién como si tal cosa ojea la prensa del día, impasible, relajado, como si realmente nuestro momento tenso no hubiese hecho mella en él.

Admiro la capacidad de este hombre para disimular y hermetizar sus emociones.

La azafata nos ofrece un ligero refrigerio que yo declino con amabilidad, tengo el estómago tan cerrado que ni líquido me entra.

El silencio sepulcral enciende mis nervios aún más, aunque intento disimular, ojeando el móvil, redes sociales, donde Marinete me ha etiquetado en varias fotos de la fiesta. Reconozco que no ha sido buena idea, porque las garras de la culpabilidad vuelven a estrujar mi corazón.

—Ruego se abrochen los cinturones y en breves minutos tomaremos tierra—. informa de nuevo la azafata sonriente.

No pasa desapercibida para mí la mirada de lascivia que le lanza a Adrién y por alguna razón me molesta, aunque intento que no se note.

—Gracias Amanda.

Ese agradecimiento normal, aunque para mí innecesario crispa mis nervios aún más. Creo que los celos me están jugando una mala pasada. Estoy sumida en una vorágine de sentimientos que para nada me beneficia, pues yo he elegido aceptar este loco trato. Ahora valoro las consecuencias que puede traer.

Por mucho que lo he negado durante seis años, nunca ha habido en mi vida nadie como Adrién Legrand. Ningún hombre me ha hecho temblar de placer como él. Y eso significa algo que no estoy dispuesta a diseccionar en este momento.

<<Vive el momento>> me repito mentalmente.

Al aterrizar desembarcamos en el hangar privado del aeropuerto de Niza, destino elegido por mi irresistible secuestrador.

—Bonita ciudad —. exclamo mientras bajamos del avión.

—Es una pena que no la vayas a disfrutar, no te voy a dejar salir de mi cama, Macleod —. comenta Adrién divertido

Tuerzo mis labios en un mohín infantil ante su respuesta, la cual él ignora de manera deliberada.

Nos espera un mercedes negro con chofer a pie de pista, les entregamos las maletas y nos acomodamos en su interior. Fijo mi mirada en la ventanilla, para evitar mirar a Adrién, pues no deseo ponerme más nerviosa de lo que estoy.

Atravesamos las calles del casco antiguo de Niza, una ciudad que desprende un encanto inusual. No es la primera vez que la visito. Recuerdo la *Vielle Ville* como un lugar cálido vigilado por gaviotas, en su momento quedé maravillada por esta ciudad, que parecía sacada de un libro de historia del siglo XVI. Atrás dejamos el casco histórico para dirigirnos a las afueras, cerca del mar.

Treinta minutos después llegamos a nuestro destino, cuando bajo del vehículo puedo admirar el hermoso *Paseo de los Ingleses* situado en la *Bahía de los Ángeles*. El chofer saca nuestro equipaje y se lo entrega al botones, que espera en la puerta del hotel. Por lo que observo, Adrién no ha elegido uno de sus muchos hoteles, lo cual agradezco.

Adrién coloca una de sus manos en mi espalda y juntos accedemos a la recepción del lujoso hotel, la cual no puedo reprimir devorar con mis ojos extasiada. Un hall enorme con paredes en azul mar y una lámpara central de miles de cristales en forma de rombo que es lo que más resalta.

Me quedo absorta, mientras mi acompañante nos registra en el hotel, minutos después regresa a mi lado y ambos nos introducimos en el ascensor.

Adrién abre la habitación y con caballerosidad me cede el paso, lo miro desconcertada, pues no estoy acostumbrada a ese tipo de comportamiento por su parte. Si hago síntesis de nuestra relación, pasa por la ignorancia e invisibilidad mientras he sido la niña amiga de su hermana. Pasando por el error de esa fatídica noche seis años atrás, hasta llegar la actualidad donde al parecer, para él y para mí no voy a negarlo, nos ha resultado imposible tener las manos alejadas el uno del otro.

Entro decidida, sin dudar y como es de esperar es una estancia lujosa y amplia, decorada en tonos rosas y celestes, con varios jarrones con flores frescas colocados de manera estratégica, dotando la habitación de un aroma floral que te envuelve. Observo como Adrién, se deshace de su americana con gracia y la coloca en una de las sillas de estilo francés, que están alrededor de una mesa de cristal ovalada. Hipnotizada por sus movimientos soy incapaz de moverme. Su presencia imponente, los músculos que se adhieren a su camisa con cada movimiento que hace, y su trasero bien definido por sus pantalones a medida. Causan un exceso de saliva en mi boca que intento reprimir, pasando la punta de mi lengua por mis labios.

Cuando mis ojos se cruzan con los de él, un rubor me sube por mi cuello al saberme pillada relamiéndome ante su cuerpo. El brillo perverso de su mirada lo certifican.

—Voy a darme una ducha, Macleod. Pide algo al servicio de habitaciones —. ordena desapareciendo sin más por la puerta del baño.

Muerdo una uña de mi dedo índice, indecisa, dudando si dejarme llevar o retenerme. Aunque el trato ya está hecho, voy a pasar dos días con Adrién Legrand y no pienso desaprovechar ni un minuto. Por lo que me saco los zapatos y prosigo sacándome mi vestido por la cabeza, tan solo me queda la ropa interior.

Adrién Legrand

El baño ha sido la mejor idea para calmar la erección que amenaza con explotar en el interior de mis pantalones. El deseo es tan intenso cuando ella está cerca que me resulta un esfuerzo titánico controlarlo. Por eso una ducha de agua fría ha sido la mejor idea que se me ha ocurrido para no empotrarla contra la pared nada más entrar en la habitación. No quiero parecer un adolescente incontrolado a su lado. Necesito recuperar la templanza para saborearla como en realidad ansío. Acciono el grifo directamente con agua helada y sin pensar coloco mi cuerpo debajo del rociador de agua. Apoyo mis manos en los azulejos y dejo caer el agua helada en mi nuca, para que poco a poco baje mi erección. Mantengo la mente en blanco no puedo recrear ningún imagen de Ayleen o mi dureza volverá a izarse en toda plenitud. Absorto como estoy en preservar mi cerebro ajeno al cualquier pensamiento ardiente no oigo cuando la puerta de la mampara se abre.

—Yo también necesito una ducha.

Ese susurro sensual, con ese acento que consigue que arrastre las eses de esa forma, volviéndome loco, de manera inmediata salgo de mi letargo y la devoro con mis ojos. Recorriéndola de pies a cabeza completamente desnuda. La sequedad se queda atorada en mi garganta, carraspeo para recuperar algo de hidratación sin dejar de observarla.

—Al lobo se le comió la lengua el gato.

Sonrío ante su provocación sin dejar de comérmela con los ojos, sin moverme, porque no confío en poder controlar este ansia que me está torturando. Soy un hombre que disfruto del sexo, siempre lo he hecho, participo de forma asidua en orgias, en tríos y diversas prácticas sexuales. Ser dueño de la mitad de los clubes swinger de Francia, me otorga ciertas libertades. Pero no recuerdo ni una sola vez en la cual las ganas y el deseo fuesen de tal calibre como cuando miro a Ayleen. En mi mente flashean la mil y una formas en las que pienso comerla, lamer, darle tal placer que nunca nadie sea capaz de igualarme. Porque la necesidad de marcarlas crece en mi interior por momentos.

—Este lobo sabe para que utilizar esta lengua a la que aludes, caperucita...— siseo dando un paso adelante para acortar la distancia que hay entre nosotros.

Al parecer mi caperucita tiene otros planes porque con decisión elimina la distancia y recorriendo mi cuerpo con sus brillantes ojos verdes, sin dilación se arrodilla frente a mi falo erecto. Una vez más clava sus pupilas en mi antes de introducir mi verga en su tierna boca.

—¡Dios ¡—bisbiseo echando la cabeza hacia atrás, experimento un placer sin igual al sentir su cavidad caliente y mojada alrededor de mi dura carne.

Mis manos vuelan ansiosas a su nuca aferrándome a su melena sedosa que entrelazo entre mis dedos, entretanto ella saborea al ritmo mi dureza. Subiendo y bajando al compás, acompañando los movimientos con las caricias de sus manos en mis testículos.

Estoy al borde del colapso, por la destreza con la que Ayleen está actuando, desinhibida y atrevida, siento como si un rayo atravesara mi columna segundos antes de culminar y derramarme en el interior de su boca.

Un gruñido salvaje sale de mi garganta.

CAPÍTULO 9

Adrién Legrand

Después de devorarnos en la ducha, de lamernos como auténticos adictos, alzo su cuerpo entre mis brazos y la dejo suavemente en la cama. Soy consciente de que no hemos comido nada, por lo que estamos famélicos, pero no solo de comida. Descuelgo el teléfono ante su atenta mirada y solicito dos menús al servicio de habitaciones.

—Debemos alimentarnos —. digo sonriente al colgar.

—Estoy hambrienta —. dice y recorre su labio inferior con su lengua de forma demasiado sensual.

Un tirón en mi verga verifica que vuelvo a estar plenamente preparado para hundirme en ella sin piedad. Giro mi muñeca para mirar exactamente cuánto tiempo dispongo antes de que nos traigan lo que he pedido.

“Suficiente.”

Me lanzo sobre su cuerpo desnudo y devoro brutalmente unos de sus pechos, ante los gemidos de ella. Con mis dedos acaricio su rajita libre de vello y la abro para tener acceso a su clítoris el que mimo con dos de mis dedos, mientras Ayleen se retuerce entre mis brazos. La humedad de inmediato baña mis dedos indicándome el punto exacto en que debo retirarlos y de una sola estocada la empalo ante el gruñido musical que emite su garganta. Y comienzo un baile junto con sus caderas bestial catapultándonos al unísono al clímax.

“Reconozco que el sexo con mi escocesa es brutal”

Unos golpes en la puerta de la habitación hacen que separe mi cuerpo del de ella muy a mi pesar. Enrollo una toalla en mis caderas y me dispongo a recibir al servicio de habitaciones.

Ayleen Macleod

No puedo apartar mis ojos de él, su forma tan característica de caminar al acercarse la puerta, me hipnotiza y a la vez hace que crezca en mi interior una sensación candente. Mi corazón henchido bailotea en el interior de mi pecho y una sonrisa involuntaria, pero tonta florece en mis labios.

<<Recuerda esto es una terapia para sacarlo de tu sistema, para matar ese intenso deseo que te atenaza cada vez que lo ves>>. Me recuerdo mentalmente.

Al instante vuelve a aparecer con el carrito del servicio de habitaciones el cual coloca en una mesa redonda acompañada con dos sillas que se encuentra en el centro de la estancia.

—Caperucita, es hora de alimentarse —. exclama divertido.

Agarro un albornoz para cubrirme, no por pudor, a estas alturas Adrién Legrand conoce cada recoveco de mi cuerpo, sino por comodidad, no es mi estilo comer desnuda. Ocupo la silla frente a él y mis tripas gruñen al ver el succulento plato de dorada al horno. Ambos comenzamos a degustar con ganas los platos, la verdad es que quemar energías nos ha abierto el apetito, al menos eso es lo que parece.

—Dime Jolie, eres parte activa de Fraser&Macleod destilería eso lo tengo claro. ¿ese era tu objetivo cuando estudiabas? —. pregunta Adrién al tiempo que lleva el tenedor a su boca.

—Bueno, desde que alcanzo a recordar es lo que me gusta hacer, pero sobre todo el Departamento de marketing, la negociaciones se las dejo a Brodick —. explico relajada como si estuviese hablando con un amigo de años, nada más lejos de la realidad.

—¿Brodick? —. interroga y en su mirada percibo un destello de ira.

—Mi hermano —. contesto aunque me siento tentada a jugar con él, pero me arrepiento, prefiero aprovechar las

horas que nos quedan para estar juntos disfrutando, mejor que discutiendo.

Pronto su desconfianza desaparece de su mirada turquesa, esa que si te quedas mirándola fijamente, es capaz de engullirte como un océano embravecido.

—¿Solo tienes un hermano?

—Bueno ahora sí, antes tenía dos —. contesto y por un momento una tela de tristeza nubla mi vista. Porque aunque Brendan fue malvado, eso no evita que el recuerdo y el cariño que alberga mi corazón por el que fuera mi hermano haya muerto o desaparecido.

—Lo siento.

—Gracias.

Un silencio se instala entre nosotros, Adrién se levanta con ímpetu y sin que yo lo espere me estrecha entre sus brazos. Las lágrimas amenazan con salir de mis ojos porque me ha pillado fuera de juego. Porque estas muestras de cariño no entran en nuestro trato. Cuando me recupero del asombro lo aparto con suavidad, ya que no deseo que mi corazón se confunda por esos momentos tiernos entre nosotros.

—Vístete, Jolie

—No me puedo creer que me estes ordenando que me vista —. exclamo alzando una ceja extrañada.

—Si, pasaremos por el *Paseo de los Ingleses* —. informa desapareciendo en el baño para ducharse y vestirse.

Caminamos por el *Paseo de los Ingleses*, desde aquí podemos observar el crepúsculo de la tarde, el cielo enrojeciendo mientras da paso a la noche. Adrién entrelaza sus dedos a los míos y caminamos como una pareja normal. Lo miro y observo como mantiene una pose relajada y distendida. El cálido clima de Niza nos acompaña a pesar de que he optado por ponerme una rebeca clara en azul marino a contraste con mi vestido liviano de lino blanco. Esta zona es preciosa, adornada por la costa amplia de arena fina y las aguas azules y cristalinas.

De repente me paro y apoyo mis manos en la barandilla de piedra blanca que nos separa de la playa, clavo mis pupilas en el horizonte. El paisaje es precioso, las sombrillas blancas y las tumbonas azules coronan toda la línea de la playa.

—Es precioso —. susurro. Puedo notar como Adrién permanece a mi espalda a la distancia justa rozándome, pero levemente.

—Estoy de acuerdo —. responde, sus labios están rozando mi cuello y su nariz olisquea mi pelo.

Mis sentidos se ponen alerta ante su proximidad, un cosquilleo recorre mi cuerpo, echo mi cabeza hacia atrás para seguir disfrutando de las caricias de sus labios. La punta de su lengua recorre mi carótida palpitante. Sus roces son una delicia para mis sentidos que se regalan ante su toque. Las manos de Adrién se posan en mis brazos e instan a que me gire para quedar frente a él. Nos miramos con fijeza, sin amilanarnos ninguno de los dos, el azul intenso de sus pupilas brilla. Lujuria, deseo y promesas, que irradiaban las pupilas turquesas de Adrién, lo que calentaba mi alma y mi cuerpo.

Con ferocidad su boca se lanza sobre la mía que lo recibe abierta dándole la bienvenida que merece. Nos sumimos en un beso brutal, entre lenguas y saliva. Apretando nuestros cuerpos para sentirnos, rozarnos con frenesí. El delirio se está apoderando de nosotros por minutos, sin importarnos en donde nos encontramos, tan solo con la decisión de devorarnos.

Adrién resulta ser el más cuerdo de los dos, porque es el que rompe el contacto con la respiración acelerada, intentando recobrar. Doy gracias que aún me sostiene entre sus brazos, porque mis rodillas están temblorosas y no estoy segura de poder mantenerme en pie.

—Ayleen... —. Mi nombre suena en su boca mientras apoya su frente en la mía.

—Adrién, me gusta como suena mi nombre en tus labios —. digo y él no puede evitar sonreír ante mi comentario.

—Vamos, es hora de regresar —. comenta volviendo a entrelazar su mano con la mía.

Juntos entramos al hotel, pero para mi sorpresa no nos dirigimos a la suite, sino que vamos al restaurante. El mismo está cambiando la reglas de nuestro pacto, aunque no me desagrada. Aunque me inquieta porque no puedo permitirme el lujo de acostúbrame a caminar del brazo de Adrién y que mi corazón salte de alegría como en este preciso momento.

Ocupamos una de las mesas del fondo y el camarero nos sirve una botella bien fría de champaña. El restaurante es precioso, como todo en este hotel, con las paredes pintadas en veneciano azul mar con lámparas que cuelgan del techo en formas de conchas de cristal. Los manteles y fundas de las mesas también combinan el azul y el blanco.

—No dijiste que nada de salir de la habitación —. pincho divertida entretanto mojo mis labios con el líquido burbujeante.

—Yo de ti no tentaría tu suerte, porque en menos en lo que la champaña se quede sin burbujas estamos de nuevo en la suite —. amenaza pero una sonrisa suave se le escapa de su boca.

—No tienes remedio, Adrién —. regaño pizpireta.

El camarero se aproxima a pedirnos nota, pero Adrién no da opción a que yo misma pida lo que deseo cenar. Él pide por los dos, lo que me molesta, aunque lo dejo pasar.

—Y explícame Macleod, ¿Que esperas en el futuro? Eres como mi hermana, marido, casa, hijos.

Su pregunta me coge por sorpresa, por lo que tardo más de la cuenta en contestar.

—Soy una mujer independiente, no necesito ningún marido, por lo que de momento ni a largo plazo entra en mis planes.

Adrién se recuesta en silla y sus ojos se clavan en mí con fijación. Yo arqueo una de mis cejas de forma traviesa.

—Sabes Macleod, eres perfecta.

Sus palabras desencadenan que miles de mariposas aleteen en la boca de mi estómago. Y mi corazón se infla como un globo en una feria.

—Cualquiera pensaría que intentas conquistarme —. pincho de forma picara.

—No te confundas, estoy dando una opinión sincera. Si realmente quisiese desplegar mis armas de galán, no podrías resistirse.

La arrogancia es algo de lo que no carece Adrién Legrand por el contrario, va impresa en su ADN. Aunque yo no me quedo corta pues puedo presumir de ser descendiente de los indómitos escoceses, por lo que mi carácter imperioso está bien arraigado en mí.

—No me impresionas, Legrand. —. rebato con chulería.

En el mismo momento en el que va a contestarme, el camarero nos sirve los platos. Por lo que Legrand decide callar.

Tengo que reconocer que el plato tiene una pinta espectacular, langosta marinada.

—Espera a que volvamos a la suite y no volverás a decirme esas palabras —. dice de forma socarrona.

Mi respuesta no necesita palabras, porque mis ojos lo fulminan sin titubear.

Somos interrumpidos de nuevo.

—Bona nuit, Legrand.! Qué casualidad coincidir aquí!

Esa voz, soy capaz de reconocerla sin elevar mis ojos para verlo.

—Kris, si una casualidad a fin de cuentas —. responde Adrién poniéndose en pie. Sus palabras no denotan amabilidad, por el contrario, la frialdad está impresa en ellas.

—Veo que estás muy bien acompañado—. provoca con alevosía posando sus ojos en mí, recorriéndome de arriba a abajo. Hecho que molesta a Adrién, el cual veo como aprieta los puños a ambos lados de su torso.

—Hola Kris, es una sorpresa verte —. digo con amabilidad ante la mirada hambrienta de él.

—Kris ya veo que conoces a la señorita Macleod —. observa Adrién de mala gana.

—Si nos conocimos en la fiesta de compromiso de tu hermana—. aclara Kris omitiendo el detalle de que nuestro primer encuentro fue en la *Luna Noir* —. Bueno os dejo acabar vuestra cena, ha sido un placer veros...

La situación hace que me sienta incómoda porque ambos hombres parecen dos perros marcando un territorio imaginario que soy yo, por supuesto. Veo como Adrién suelta el aire de sus pulmones una vez Kris desaparece. Resulta extraño porque parecían amigos, aunque por alguna razón rivalizan. Ya que esa tensión la he podido comprobar hace escasos minutos.

—¿Kris y tú os conocéis de los negocios? —. Pregunto.

—Mas o menos.

Su escueta respuesta hace que frunza mi ceño y lo mire con fijación.

—No creas que me trago el más o menos, Legrand —. reprocho de forma airada.

—De momento deberás hacerlo, Jolie, porque no pienso darte más explicación que esa.

Una vez acabamos la cena nos retiramos en dirección a nuestra suite, de nuevo Adrién coge mi mano, un gesto que al parecer se está convirtiendo en una costumbre. A pesar de que cada vez que lo hace, cierro los ojos y respiro para convencer a mi corazón de que esto sigue siendo una terapia para ambos, para eliminarnos de nuestros sistemas.

“Sexo, Ayleen, solo eso.”

Cuando abrimos la puerta la habitación dejo con cuidado el pequeño bolso en una de las mesas auxiliares, que se encuentran en la antesala del dormitorio, de repente Adrién me agarra con fuerza empotrándome contra la puerta cerrada. Nuestras narices se rozan y noto su aliento quemar mis labios. Un temblor acompaña la calentura que va subiendo por mis piernas hasta acoplarse en mi centro. Una vez más noto la humedad en mis labios interiores.

—Llevo toda la tarde imaginando como voy a arrancarte este vestidito que llevas —. susurra pasando la punta de su lengua, con deleite, por mis acolchados labios.

Un intenso calor me atravesó, sumiéndome en un delirio lascivo por lo que mis manos estiraron de su sedoso pelo para atraerlo más hacia mi boca. Sin pensar, lo devoré como la adicta en la que me he convertido, con frenesís, sin medida, desesperada por saborear su diestra lengua que enseguida ejerció el poder dominante sobre la mía, chupando, envolviendo, mordiendo.

Nuestros gemidos de desaliento inundan toda la suite. Adrién sigue atormentando mi boca, pero sus manos han tomado fijación con la tela de mi vestido de un solo tirón consigue rasgar los tirantes del mismo, separa su cuerpo para que de forma ligera caiga la tela a mis pies. No pierde el tiempo vuelve a pegarse a mí y sujeta mis manos por encima de mi cabeza, manteniendo mi cuerpo pegado a la puerta. Siento la fría sensación de la madera en mi espalda en contraste con el intenso calor que emana mi piel.

Sin dilación Adrién, saca su erecto falo de sus pantalones, sin desprenderse de su ropa. Aparta con destreza el triángulo de mi tanga y acaricia con su pulgar mi sexo completamente jugoso, pellizca mi clítoris arrancándome un gemido de intenso placer. Sin pensar, con un rápido movimiento alza una de mis piernas apoyándola en su hombro y se introduce en mi interior de forma salvaje.

Grito, fuerte, sin ningún tipo de inhibición, arrastrada por el desmesurado placer que provoca su fuerte estocada en mi vagina.

Adrién sigue inmerso en entrar y salir de mi cuerpo como si no existiese un mañana, con cada envite, cada fibra de mi ser chisporrotea como las brasas de una hoguera. Juntos, como siempre alcanzamos la cúspide de nuestro placer al unísono, mi cuerpo se queda laxo después de la explosión de puro gusto que acabo de experimentar, pero los fuertes brazos de Adrién me mantienen para que no caiga desparramada en el suelo como una muñeca de trapo.

Minutos después Adrién alza mi cuerpo entre sus brazos y me deposita en la cama, el desaparece en el baño para asearse. Con la mirada en el techo fija, de repente unas tremendas ganas de llorar se apoderan de mí, de alegría mezclada con tristeza. Porque acabo de darme cuenta que he caído en mi propia trampa. Adrién Legrand para mí nunca ha sido una adicción, por el contrario mi corazón siempre lo ha reconocido como su dueño. A pesar de que seis años atrás me rompió hoy por hoy vuelvo a suspirar por cada uno de sus huesos.

CAPÍTULO 10

Adrién Legrand

Desde el marco de la puerta del baño la observo, aún duerme, su semblante relajado le da un aire infantil que me embelesa. Sonrío como impulso al recordar que ese aire infantil se diluye cuando tenemos sexo, entonces se convierte en puro fuego, una mujer desinhibida que toca mi alma. Por primera vez en mi vida las dudas me embargan. Cuando heredé el negocio oscuro de mi progenitor, fui consciente que mi vida estaría siempre ligada a esa vida nocturna donde debía ser partícipe en primera persona. Por esa razón me impuse una regla, nunca formaría una familia, para eso estaban mis hermanos. Soy consciente que el matrimonio de mis padres fue una tortuosa relación con peleas y el sufrimiento diario de mi madre por la doble vida que mi padre siempre vivió. Por el día un respetado empresario de la alta sociedad parisina, por la noche un vicioso exento de moral que incluso llego a traficar con menores.

Yo había conseguido que los locales que regento fuesen legales, sin trata de menores, sin drogas, sin prostitución. Todo eso he tardado años en eliminarlo, razón por la cual me he ganado muchos enemigos que en su día fueron amigos de mi padre.

Sigo imprimiendo en mi retina la figura de mi *Jolie*, mi cuerpo se envara solo con observarla y mi erección empieza ser visible bajo la toalla que cubre mis caderas. En este momento sé que no voy a saciarme de ella en 48 horas. Porque mi deseo no ha disminuido después de nuestras sesiones de sexo desenfrenado, por el contrario a cada minuto crece más y lo más peligroso es que una voz en mi interior crece susurrándome:

“Mia”

Bueno la decisión la tengo clara, ahora lo único que tengo que hacer es persuadir a mi tea escocesa de acatar mi determinación. Decido vestirme para bajar a la recepción antes de que mi diosa del sexo personal despierte.

Ayleen Macleod

Unos golpes en la puerta me sacan de mi sueño, con movimientos lentos me desperezó y abro los ojos despacio para que se acostumbren a la luz que entra por la ventana de la suite. Instintivamente palpo el lado izquierdo de la cama, pero está vacía. Sentándome en la cama miro a ambos lados buscando algún rastro de Adrién, pero nada. Agarro el albornoz y lo coloco sobre mi cuerpo desnudo para ir a abrir la puerta, porque al parecer mi lobo hambriento no se encuentra.

Al abrir la puerta mi sorpresa es no encontrar a nadie, asomo la cabeza al pasillo pero ni rastro de quién sea que haya llamado a la puerta. Estoy a punto de cerrar cuando mis ojos se clavan en un sobre cuadrado tamaño folio a mis pies. Dudo, pero al fin lo recogo y cierro la puerta entretanto lo sujeto entre mis dedos.

Lo reviso achicando los ojos, de forma desconfiada, porque no lleva ningún remitente y va dirigido a nadie. La curiosidad gana mi pulso interior y finalmente con un abrecartas que encuentro en una de las mesas auxiliares, rasgo el sobre para ver su contenido.

Sobre el cristal de la mesa vació el mismo y caen varias fotos tamaño folio, las sujeto con cuidado y mis ojos se abren de par en par al ver lo que muestran.

Son imágenes de Adrién, en todas está desnudo disfrutando de orgías y tríos de mujeres, cierro los ojos con fuerza para reprimir las lágrimas que amenazan con verterse. En la mesa también encuentro un folio escrito.

Adrién Legrand es uno de los dueños de los muchos locales swinger de Francia, en los cuales da rienda suelta a sus fantasías sexuales de diversas maneras, como se muestran en las fotos. La Luna Noir es uno de esos locales de los cuales es dueño. Un hombre sin límites sin barreras, alguien sin compromisos.

¿Serás una más en su lista?

Anónimo

Ahora sí que las lágrimas caen de mis ojos derramándose sin permiso, mi corazón chilla en silencio ante lo que acabo de descubrir. Y por segunda vez en mi vida Adrién Legrand me rompe.

Haciendo acopio de las pocas fuerzas que me quedan logro vestirme y meter mis pertenencias en la maleta. Soy masoca, debo serlo, porque guardo todo lo que iba en el interior del sobre en uno de los bolsillos de mi maleta.

Antes de abandonar esa suite dónde he vivido momento que atesoraré en mi corazón siempre, escribo una escueta nota.

Adrién, yo ya me he desintoxicado,
por lo que me marchó.
Suerte y hasta nunca.
Macleod.

Tomo la decisión de bajar por las escaleras por miedo a cruzarme con él por el ascensor, no importa que sean siete pisos, prefiero eso a toparme con él. Nunca nadie me ha hecho tanto en tan poco. Adrién Legrand es mi dicha y mi condena a la vez. Porque aunque soy consciente de que jamás amaré a nadie, sé que lo amé y lo amo a él a pesar de que mi corazón sangra por lo que acabo de descubrir.

Volveré a mi hogar, a mi vida, enterrare en el fondo de mi memoria a él y todas las imágenes que bombardean mi mente a cada minuto.

Salgo del hotel como alma que lleva al diablo, camino con las lágrimas bañado mi rostros y pierdo el sentido del tiempo que ha pasado. Saco el móvil y pido un taxi para que me lleve al aeropuerto de Niza. Por el móvil logro reservar le primer vuelo a Dublín, gracias a dios sale en dos horas.

Una vez acomodada en mi asiento, apago el móvil, y saco un libro que llevo en el bolso, intento concentrarme en la historia de Dianne y Eros, un amor lleno de obstáculos que ambos protagonistas deben superar. Pero a pesar de que la novela es de una de mis escritoras favoritas, Christine Tales, no logro concentrarme en sus páginas.

“El amor duele”

Cierro el libro colocando el punto por la página por la que me he quedado y fijo mi mirada en la portada. Un hombre con una mirada llena de amor mirando a una mujer, juntos sobre una moto.

Todo me recuerda a las esperanzas que albergaba mi corazón, porque lo que empezó como un juego ha acabado con mi corazón otra vez en mil pedazos, al menos esta vez no habrá consecuencias.

Adrién Legrand

Al menos el hotel no ha puesto problema por alargar nuestra estancia, necesito más días para convencer a mi preciosa diosa de la decisión que he tomado. Abro la puerta con la esperanza de que todavía este dormida y poderla despertar como me apetece ahora mismo. Entro con decisión, pero achico los ojos en dirección a la cama la verla vacía, voy hasta el baño y también está vacía. La ira va creciendo en mi interior aunque intento reprimirme. Quizás Ayleen al no verme ha bajado a buscarme a la cafetería. Me dispongo a bajar cuando en la pequeña mesa que hay justo al entrar veo un papel, lo cojo con furia y leo:

Adrién, yo ya me he desintoxicado,

por lo que me marchó.
Suerte y hasta nunca.
Macleod.

Esto sí que no me lo esperaba una vez más la escocesa logra sorprenderme, esa nota impersonal y escueta resume lo que para ella ha sido nuestro encuentro en este lugar, arrugo el papel entre mis dedos con ira, demasiada, incluso retengo las enormes ganas de gritar. Porque siento que Ayleen Macleod se ha burlado de mí, de forma magistral y eso desata la fiera que llevo en mi interior.

Durante unos instantes mantengo una lucha interna, correr tras ella y cargarla en mi hombro como si yo fuese un troglodita y ella mi mujer, y la otra dejarla marchar sin más porque a fin de cuentas, lo nuestro no puede ser. De nada sirve obligarla a estar a mi lado, por lo que no voy a exponer más mi ego ni mi orgullo.

Envarado, así me encuentro, porque sé que no voy a poder olvidar el dulce sabor de su boca, ni el tacto de su piel, ni el sabor de su sexo cuando se corre en mi boca. Sacudo la cabeza con la intención de desterrar esos pensamientos de mi cabeza a pesar de que sé que son inútiles.

Ayleen Macleod

Los páramos de mi hogar son como un bálsamo para mi alma. Tan solo cuando bajo del avión y me subo al coche que me llevara a Eilean Donan respiro con tranquilidad. Mi hogar es un lugar privilegiado se encuentra al noroeste de Escocia y se encuentra en una pequeña isla en la que confluyen tres lagos, los cuales se pueden ver y disfrutar desde varias zonas de mi hogar. El verde de los paisajes que van pasando a través de la ventanilla del vehículo en el que viajo, son espectaculares, a pesar de haber nacido y crecido rodeada de estos hermosos prados, bosques, etc. Resulta extraño pero aún me maravillo al observarlos.

Una vez llegamos a mi hogar el vehículo accede por el pequeño puente que da una de las zonas principales del castillo, sobre el arco de la entrada ondean las banderas símbolo de los dos clanes, junto a una inscripción en gaélico.

“Mientras haya un Macleod dentro no habrá un Fraser fuera”

Esa inscripción hace referencia al vínculo familiar que durante siglos ha unido a las dos familias.

Bajo del vehículo mientras el chofer saca mi equipaje del maletero y sonrío al ver de nuevo la puerta de mi hogar, aquí sanará mi corazón, siempre lo ha hecho. Camino por el paseo adoquinado que da a la puerta principal, con cuidado porque aunque llevo unas sandalias de poco tacón esas piedras ancestrales son traicioneras.

Casi he llegado la puerta cuando mi querida cuñada sale a la misma para recibirme, allí parada con esa sonrisa cariñosa que tiene reservada siempre para mí. Su melena negra recogida moño, despejando su cara y sus brillantes ojos grises mirándome con cariño.

Ambas nos fundimos en un abrazo intenso durante unos minutos, tiempo que tiene el chofe para desaparecer tras pasar la puerta con mi equipaje.

—Que gusto Ayleen, tenerte de nuevo en casa —. exclama Dana.

—Yo también me alegro.

CAPÍTULO 11

Ayleen Macleod

Hace una semana que regresé a mi hogar, con rapidez he recuperado mi rutina habitual. Mi refugio sigue siendo mi trabajo, es el único lugar dónde mi mente al tenerla ocupada, puedo pasar una jornada sin recordar ningún recuerdo, ninguna imagen, con referencia a Adrién. Ahora mismo sigo trabajando a pesar de que pasan de las cinco de la tarde y ya tendría que haber puesto rumbo al Eilean Donan, hoy es el día que llegaba Aidan y tengo muchas ganas de verlo.

La puerta de mi despacho se abre de forma inesperada, y como es de esperar la figura imponente de mi hermano aparece en el hueco de la puerta. Su ceño esta fruncido por lo que detecto que va a soltarme una regañina de las suyas.

—*Cathair*.

—Hermano —. saludo sin levantar mi mirada del portátil.

—Ayleen, deja ya de refugiarte en el trabajo. Al final puedes caer enferma, me preocupas —. reprende Brodick entretanto se acerca a la mesa de escritorio donde yo sigo trabajando.

Estoy segura que mi hermano está en mi oficina, a petición previa de su mujer, mi cuñada, Dana Fraser. No solo es mi cuñada para mí es como una hermana y porque la conozco, sé que está preocupada por mí desde que volví de Francia.

—Brodick, suena raro viniendo de tu parte, adicto al trabajo número uno —. rebato sonriente dedicándole una mirada divertida.

Mi hermano con su actual porte imponente, al que por supuesto yo soy inmune, me regala una sonrisa de lado mientras se deja caer frente a mí en una de las sillas que hay.

—Es por tu bien, Ayleen —. insiste—Dana dice que desde que volviste de Francia tu ritmo en el trabajo se ha incrementado y eso no lo podemos permitir.

Los ojos de mi hermano, tan parecidos a los míos, verde brillante, denotan un halo de preocupación que azota mi alma con el látigo de la culpabilidad. Una vez más el silencio es mi decisión.

—Está bien, no te preocupes, bajare el ritmo. Y sobre todo dile a tu amada esposa que deje de hacer de niñera, cuando su hijo nazca no tendrá tiempo de hacer de mi nana —. suelto sonriente.

La verdad es que quiero a Dana, aunque sea un pelín protectora, con ella siempre me he sentido cómoda. Pero debo admitir que desde que mi cuñada se enteró que estaba embarazada, su inquisición y protección se han multiplicado. Decido recoger y acatar la recomendación de mi hermano, por lo que introduzco mi portátil en el bolso y recojo mis cosas. Brodick y yo salimos juntos del edificio donde se encuentra la sede central de Fraser&Macleod Destilería.

Antes de meterse en el *Jaguar*, Brodick abre la puerta del copiloto para que yo me acomode.

—Siempre tan caballero —. observo.

—Es innato *cathair*, soy el jefe de un clan escoces —. contesta divertido.

—Bueno y pronto serás un padre perfecto —. añado, aunque un destello de tristeza cruza mi mirada por un minuto pero soy rápida desterrándolo.

—Ayleen, algún día tu formarás también tu propia familia, tengo la esperanza que encuentres a un compañero que te ame a ti y a tus hijos —. dice mi hermano mientras coloca la llave en el contacto del vehículo.

—Eres muy pesado. Te he dicho un millón de veces que el amor no está hecho para mí y además no me interesa. Soy una persona afortunada por tener una familia excepcional, vosotros, por lo que no tengo ningún interés de ampliarla por mi parte —. contesto de forma brusca.

—*Carhair*, compadezco al hombre que se enamore de ti. Domar a una tea escocesa no será fácil —. Sentencia, acompañando sus palabras con una sonora carcajada.

Enfundada en una mallas deportivas salgo de mi habitación bien temprano, necesito un poco de ejercicio y correr por los alrededores de mi hogar siempre ha sido como un bálsamo reparador para mi alma y mi cuerpo.

Colocó mi móvil y los air pood y bajo las escaleras de forma vigorosa pero al llegar al hall toda mi intención se queda en eso, pues allí parada frente a mi esta mi amiga, Marinet.

—Buenos días Ayleen. Cualquiera diría que has visto un fantasma —bromea.

Una vez recuperada de la impresión la abrazo de manera cariñosa.

—¿Qué haces aquí? Deberías estar con los preparativos de tu boda. — comento extrañada.

—Bueno eso está controlado. Creo que me aburría y decidí venir a desayunar contigo.

La inesperada visita de Marinet, lograba inquietarme, aunque reconozco que ese sentimiento se entremezclaba también con la alegría.

—Dios, cualquiera que te escuche pensaría que vives a una hora—. exclamo riendo.

Juntas pasamos al salón y allí ordeno a Megan que nos sirva un desayuno para dos. Mi hermano y mi cuñada no creo que madruguen por lo que no los espero.

—Bueno Marinet, confiesa que es lo que te ha hecho venir a verme de manera tan fugaz—. exijo porque conozco tan bien a mi amiga que sé que hay una razón detrás de su impulso.

—Ayleen me conoces bien. Vengo porque estaba demasiado contenta para solo felicitarte por teléfono, además de regañarte por supuesto —. comenta entretanto se lleva a su boca uno de los mini cruasanes, que nos han servido para desayunar.

Mis cejas se elevan demasiado ante el comentario de mi amiga, estoy totalmente descolocada, no tengo ni la más remota idea de a lo que se refiere.

—Marinet al grano por favor—. solicito exasperada.

Mi amiga deja su desayuno sobre el plato y con movimientos gráciles saca su móvil del bolso. Toca la pantalla con su dedo y en pocos minutos me lo ofrece para enseñarme lo que sea que quiera que vea

Lo agarró con desgana y miro la pantalla con atención.

En ese momento mis ojos casi se salen de sus cuencas, al ver la imagen que me devuelve la pantalla. La sorpresa inicial va dejando paso poco a poco al resquemor que va surgiendo de nuevo en mi corazón. Es una imagen de Niza, el momento exacto en el que Adrién y yo nos besamos en el *Paseo de los Ángeles* con el mar de fondo como testigo de nuestra pasión. El titular de la foto:

El soltero de oro tiene una nueva conquista.

Las terribles ganas de llorar se acumulan en mi garganta y no dejan que pueda articular palabra.

—Ayleen, ¿cuándo pensabas decirme que tenías una relación con mi hermano? —. pregunta Marinet.

Su tono es de regaño, pero no percibo enfado a pesar de eso la culpabilidad me azota como un látigo. De manera involuntaria muerdo mi labio inferior apenada.

—Marinet yo...

—Ayleen no estoy enfadada, al contrario estoy rebotante de alegría porque no solo eres mi amiga sino que a partir de ahora seremos familia también—. explica emocionada.

—Marinet, creo que te equivocas—. logro decir.

—Adrién y yo no estamos juntos.

La sorpresa se dibuja en su rostro.

—¿Qué es lo que quieres decir exactamente? El rompió con Gabrielle antes de mi fiesta de compromisos. Lo sé porque el mismo me lo dijo. Por lo que entiendo que la consecuencia de su ruptura de la barbie silicona fue para empezar algo contigo.

—No, solo ha sido una relación esporádica. Es demasiado complicado para poder explicarlo —. confieso.

—Soy toda oídos

—Marinet yo..., lo siento. Ha llegado la hora de que te sea completamente sincera. La historia con Adrién se remonta años atrás. Seis para ser exactos —. puedo ver la cara de estupefacción de mi amiga pero aun así decido continuar—. Él fue mi primer amante, ese verano en Cheverny. Pero no salió bien y decidimos no volver a cruzarnos jamás. Pero el destino es caprichoso y volvimos a encontrarnos. Donde hubo brasas quedan rescoldos ese refrán define muy bien nuestra relación... Y una vez más volvimos a ser amantes. Pero ya está no hay un felices

para siempre.

Mis ojos están clavados expectantes en las reacciones que están pasando por el rostro de mi amiga que son muchas.

—Ayleen, me estás diciendo que tanto tú mi mejor amiga como mi hermano me habéis tenido engañada durante seis años —. Su tono de voz es chillón, sin llegar a gritar.

Bajo la mirada sintiendo como la culpabilidad invade mi alma. Marinet se levanta de golpe agarrando su bolso con fuerza.

—Nunca hubiera esperado algo así por tu parte—. sentencia de forma altiva.

—Marinet espera, te ruego por favor que me escuches. Tenía 18 años estaba asustada y destrozada a la vez —. explicó agarrando la del brazo para que no se marche enfadada. Pero en ese momento la voz infantil detrás mío me paraliza.

—Mami, ¿estas bien?

Marinet se gira para clavar sus ojos en el niño que hay parado detrás nuestro.

—Aidan, si tranquilo mama está bien—. Me apresuro a contestar colocando mi cuerpo entre Marinet y Aidan.

—No, esto sí que es demasiado—. exclama mi amiga achicando los ojos.

—Aidan, cariño ves a la cocina a avisar a Maggie que te prepare la leche, mama irá enseguida.

El niño se limita a asentir y obedece sin más.

—Ayleen, esto ya es la gota que colma el vaso. Has mentido en todo —. grita mi amiga furiosa.

—Marinet, por favor —. suplico con los ojos llorosa.

—Es de él —. Es una afirmación no una pregunta.

No puedo contestar estoy totalmente petrificada. Durante años he guardado demasiados secretos y ahora en un minuto toda mi vida construida a base de mentiras se derrumba ante mi amiga.

—No contestas. Bueno se sacar mis propias conclusiones. Ese niño con esos ojos turquesa y cabello negro no puede ser otro que mi sobrino —. De su boca sale una risa nerviosa —. Qué pena que no pueda alegrarme porque me has privado de disfrutarlo durante seis años.

—Marinet tienes que comprender, Adrién...—. No puedo acabar la frase.

—Adrién no lo sabe, Eso h sido demasiado arriesgado por tu parte, Ayleen. Porque te recuerdo que mi hermano te una persona muy recta y no te perdonará jamás que le hayas ocultado la existencia de su hijo —. amenaza.

—Tenía mis razones —. digo titubeante.

—Ninguna razón te justifica. Te digo que Adrién tarde o temprano lo descubrirá y entonces amiga mía, espero que estés preparada —. dicho esto se marcha.

Mis piernas apenas me sostienen y sin poderlo evitar caigo al suelo de rodillas momento en el que mis lágrimas comienzan a fluir sin parar.

Todo se ha vuelto en contra mío. Siempre he sabido que Marinet no me perdonaría por guardar ese secreto, no solo he hecho de haber mantenido relaciones con su hermano a sus espaldas sino que ambos y hemos hecho creer que no nos soportábamos durante seis años. Y después ocultarle o de Aidan.

Seis años atrás cuando descubrir que mi error con Adrién había tenido consecuencias, e pánico se apoderó de mí. Pero a pesar de eso decidid enfrentar las consecuencias. Por aquel entonces mi hermano Brodick pensábamos que estaba muerto así que tuve que hablar con mi padre. Alexandre Macleod es un hombre con convicciones un poco arcaicas, pero yo era su pequeña por lo que debo reconocer que tuve ventaja.

—Pequeña, ¿el padre de la criatura lo sabe?

Recuerdo que esa pregunta fue la primera que me hizo mi padre y yo respondí negando con la cabeza.

—Bueno respetaré tu decisión aunque no la compartas. Y a este niño o niña no le faltará nada.

Así fue como la decisión de tener a mi hijo con casi diecisiete años fue un poco más liviana por para mí el apoyo de mi padre fue primordial.

Nunca me he arrepentido de tener Aidan, después para mi es lo más importante. Pero si de algo me arrepiento es de no haber confiado en Marinet.

—Pero Ayleen, ¿qué sucede?

La voz de Dana me arranca de mis recuerdos. Mi cuñada que ya se e nota bastante la barriga, no duda en agacharse para abrazarme y consolarme

—Dana, soy lo peor, confieso entre sollozos.

—Cariño no digas eso eres una mujer excepcional —. anima Dana.

—Mentí a Marinet y lo he descubierto, la he perdido como amiga —. Tranquila, Marinet recapacitara, ahora está demasiado enfadada, pero en frío verás cómo ve las cosas desde otra perspectiva.

Capítulo 12

Adrién Legrand

Cuando Marinnet atraviesa la puerta principal de Cheverny, la estoy esperando. La miro con desaprobación, porque mi hermana sigue siendo demasiado impulsiva para su propio bien. Viene de Escocia lo sé y puedo imaginar con quien ha estado. Por lo que mi ansiedad por saber por qué ha salido disparada a visitar Ayleen me corroe. Pero hago acopio del control que me caracteriza.

—Dichosos los ojos —. digo de forma sarcástica.

La mirada inquisitiva de Marinnet no augura una conversación fácil al contrario

—Te levantas de buen humor.

—Marinet, ¿de dónde vienes? —. pregunto abordando.

—No creo que deba darte explicaciones —. reprocha de forma airada dirigiéndose sin mirarme hacia las escaleras.

—Marinet Legrand, aún estás bajo mi responsabilidad. No voy a permitir que me conteste de esa forma — regaño.

—Tu no vas a permitirme ironiza —. Se gira sobre sus tacones y baja los dos escalones que había comenzado a subir. Aproximándose a mí con los ojos achicados y brillantes, haciéndome partícipe de su enfado.

—Mira hermano, voy a decírtelo solo una vez. Soy mayor de edad, no te debo nada por lo que no tienes derecho a pedirme explicaciones, ya que tú no me las das.

Sus palabras logran enfurecerme, pero una vez más reprimo las ganas de estrangularla.

—Marinet Legrand, todavía me debes un respeto.

—El mismo que has tenido tú engañándome durante años. Haciéndome creer que no soportabas a mi amiga, cuando la realidad es que te la estabas tirando —. La ira hace mella en sus palabras.

<<Joder >>digo mentalmente.

Por una vez en toda mi vida mi hermanita me ha dejado mudo. No sé qué decir porque en síntesis tiene razón.

—No hablas, porque sabes que tengo más razón que un santo. Por lo que ya está todo dicho —. sentencia marchándose.

—¿Te lo ha dicho Ayleen?

Mi hermana se gira y me mira con una sonrisa maléfica

—Es gracioso, ahora es Ayleen cuando lleva años siendo Macleod —. dicho esto desaparece escaleras arriba.

—Joder —. siseo entre dientes con la mirada fija en la escalera por donde ha desaparecido mi hermana.

Al parecer esta al día de todo lo sucedido entre yo y su amiga y no parece contenta. Marinnet es una guerra que ya libraré cuando acabe con la primera. La cual ha llegado el momento de enfrentar, le he concedido varios días de margen. Aunque si Ayleen Macleod está convencida de que puede abandonarme con una esquila de tres frases, está demasiado equivocada

“Es hora de recordárselo.”

Con paso firme me dirijo a mi despacho porque debo realizar una llamada antes de poner rumbo a Escocia.

—Adrién.

La tensa voz de Chandler origina que me dé la vuelta. Allí está con su maletín parado frente a mí, pero por la expresión de su rostro no parece contento.

—Bon jour.

—Necesito un poco de tu tiempo—. dice serio.

—Está bien —. digo y juntos entramos en mi despacho.

Chandler Dubais lleva tantos años en mi familia que con tan solo mirarlo sé en qué tono van a ser nuestras conversaciones. Él y mi padre fueron muy amigos y cuando el falleció estuvo a mi lado, con el tiempo se había convertido en más que mi hombre de confianza. Tengo muchas cosas que agradecerle, a pesar de que en ocasiones discutimos y no estamos de acuerdo.

Un vez dentro de mi despacho tomo asiento y jugueteo con el pisa papeles con forma de cubo que hayo sobre mi escritorio.

Chandler saca de su maletín varias carpetas y también toma asiento en la silla frente a mí. Abre uno de los portafolios y lo deja sobre el escritorio abierto.

Alargo los dedos de mi mano para acercar el contenido y frunzo el ceño al observar que la carpeta está llena de fotos.

En las mismas sale Gabrielle participando en una orgía, lo que no me sorprende, pero lo que me preocupa es que también está mi futuro cuñado y el fiel amigo de este. El idiota de Ángelo. Solo pensar en ese tipo me enfurezco porque nunca me ha gustado como mira a Ayleen.

—Te advertí que Gabrielle sería un problema. He interceptado estas fotos antes de que salgan a la palestra de la prensa rosa —. explica Chandler alzando una de sus grises cejas.

—Gabrielle es libre para hacer lo que quiera, estando juntos también lo hacía, no entiendo tanta preocupación por tu parte —. contesto encogiéndome los hombros.

—Adrién, tiene una entrevista pactada con una de las revisitas para hablar de vuestra relación. Y además está arrastrando a Phillip a sus excesos —. expone demasiado serio.

—Phillip no necesita de Gabrielle, él solito ya se mete en lo que no le conviene. Al final el destino hará lo que yo debí hacer el primer día. Explicarle a mi hermana la clase de tipo con el que piensa casarse.

—¿No piensas hacer nada al respecto? —. interroga Chandler sorprendido.

—Ya hablé con él. De momento dejaré el curso de los acontecimientos pasar.

—No te reconozco. Sigues sentado impassible ante todo lo que te he mostrado y ni rastro de tu carácter incendiario. En realidad Adrién es la primera vez en años que logras sorprenderme y eso me preocupa mucho —. manifiesta entornando los ojos fijos en mí.

—Chandler, quizás solo estoy madurando —. Me limito a contestar y a continuación me levanto dando por finalizada nuestra reunión.

—Desapareciste dos días, sin dejar dicho nada. Eso tampoco lo has hecho nunca. Tan solo espero que no tenga nada que ver con la chica escocesa —. advierte entretando introduce sus documentos en el interior de su maletín.

—Chandler, te recuerdo que soy mayorcito para hacer con mi vida lo que desee —. rebato sin ni siquiera mirarlo.

—Tienes responsabilidades, tu posición las requiere. Por eso mi función y mi obligación advertirte —. insiste.

—Si tanto te interesa mi vida, te comunico que estaré toda la semana fuera, volveré para la boda de Marinnet.

—¿Dónde vas? —La pregunta sale de su boca de forma acelerada, está conteniéndose, lo puedo ver.

Si algo he aprendido a lo largo de los años es a ser muy observador, y ahora mismo puedo comprobar que Chandler está haciendo un esfuerzo por controlarse y no explotar.

—Estaré en nuestra sede en Londres.

En el rostro de Chandler se dibuja la desconfianza, pero no prefiere optar por el silencio y abandonar el despacho.

Se avecina una guerra, la cual debo librar con inteligencia, porque cuando mi querido administrador descubra mi intención de deshacerme del maldito legado de mi padre va a arder Troya. Por esa razón las negociaciones con Adagio las estoy haciendo personalmente. Aun así soy consciente de lo que se desencadenará, cuando salga a la luz que he vendido todos los locales swinger que mi padre había adquirido. Esa parte oscura de mi vida va a quedar atrás porque debe ser así para poder construir mi nueva vida desde unos cimientos honorables.

Atrás quedaran mis días y mis noches de excesos y sexo libertino, sonrío ante la idea porque me siento bien. Por primera vez en mucho tiempo la anticipación de lo que he decidido embarga mi alma de una extrema tranquilidad.

<<Prepárate, Macleod>> susurro.

Al salir de mi despacho me tropiezo con Marinnet que baja las escaleras, nuestras miradas se cruzan, pero reina el silencio. Su mirada inquisidora indica que aun esta terriblemente enfadada por lo que decido ignorarla.

Ayleen Macleod

—Aidan, date prisa te espera Donald —. increpo entretanto mi hijo acaba de meter en su mochila, los dinosaurios de juguete que siempre van con él.

Lo miro embelesada con sus movimientos gráciles y la concentración que demuestra. Estoy contenta es un niño maravilloso, su cabello negro brillante es igual al mío y al de Brodick, un rasgo característico de los Macleod. Pero para mí desgracia es lo único que ha heredado de mí, el resto es de su padre. Si no fuese por el cabello sería una copia exacta. Sus ojos turquesa y rasgados engalanados por una pestañas largas son lo que más llama la atención él y los que me recuerdan siempre a su padre.

Sacudo la cabeza intentado salir de mi estado de divagación, no quiero recordarlo, tan solo enterrarlo en el fondo de mi alma.

Bajo las escaleras con Aidan de la mano, para que no corra demasiado y pueda hacerse daño. El instinto de protección con él, en mí siempre está presente desde el primer minuto en el que con minutos de vida lo pusieron sobre mi pecho.

—Mama, ¿porqué no puedo quedar aquí contigo y con los tíos? —. pregunta poniendo esa mirada triste que, aparece en su rostro cada vez que debe regresar al internado donde estudia.

—Aidan, cariño ya lo hemos hablado debes estudiar mucho para prepararte y así ser un hombre de provecho —. contesto con dulzura.

A pesar que a la tristeza no desaparece de su carita triste, mi hijo se con mi respuesta.

Lo acompaño al coche y le doy un beso y un abrazo enorme antes de que se marche.

—Te quiero, mucho.

—Yo también, mami.

Mis ojos se quedan fijos en el coche al mismo tiempo que se aleja del castillo y poco a poco la añoranza se instala en mi corazón. A veces echo de menos no poder darle a mi pequeño una vida normal, dejar de ser padre y madre al mismo tiempo. Aunque estoy segura que cariño no le falta, Brodick y Dana lo quieren como si fuese un hijo y mi padre le ha brindado siempre su amor sin condición. Hace seis años ya acepté que no tendría una familia convencional, pero no por eso una familia maravillosa como la que tengo.

Decido ir a la oficina con Brodick, al parecer Dana no amanecido demasiado bien. Las náuseas matutinas por el embarazo provocan que se quede en casa. A Brodick le gusta conducir el mismo por lo que hace poco uso de los choferes que tenemos en casa, mi hermano es un controlador nato.

“Como cierto capullo arrogante” Sonríe ante ese pensamiento sin darme cuenta.

—Cathair, ¿sonríes sin motivo? —. interroga mi hermano sin apartar su vista de la carretera.

—No me di cuenta que reía —. Me apresuré a contestar un poco incómoda.

Juego al despiste y jugueteo con el cd del vehículo cambiando la música de mi hermana, cosa que le molesta en exceso y lo sé.

—Debo reconocer que has vuelto diferente de ese viaje a París —. comenta al aire, seguro de que no pienso contestarle.

Brodick Macleod es muy observador y además es la persona que mejor me conoce en el mundo. Por lo que sé que de momento no insistirá en abordarme con preguntas incómodas, pero si con pequeñas alusiones para que no me olvide que ha notado algo. Es su forma de darme el espacio suficiente para que en definitiva acuda a él y le explique qué es lo que ha ocasionado el cambio en mi estado de ánimo. Aunque esta vez está equivocado, porque por mucho que quiera no puedo explicarle a mi hermano lo de Adrién, las consecuencias podrías ser monumentales.

Llegamos a las oficinas juntos, saludamos a Beth la recepcionista y cada uno se dirige a su despacho.

Antes de llegar al mío me aborda Jeremy, mi asistente, lo que no deja de sorprenderme. Parece apurado y ha perdido su seguridad habitual. Jeremy es un joven de mi edad, pero muy eficiente llevamos un tiempo trabajando juntos y hemos hecho amistad. Debo reconocer que en un principio pensé que albergaba alguna esperanza amorosa con respecto a mí, pero pronto desestimé esa opción. Jeremy me explicó una noche que salimos de copas que era gay y con poca suerte en amor. A pesar de tener un buen físico acompañado de un carácter bromista y agradable.

—Ayleen— Me aborda.

—Jeremy, que es tan urgente para no dejarme llegar —. regaño alzando mis cejas.

—Tienes una visita.

—No tenía nada programado —. comento extrañada.

—Le indiqué que sin cita previa no lo atenderías, pero ignoró mis palabras y entró a tu despacho como si fuese el todopoderoso del mundo —. comenta de forma acelerada Jeremy.

Y ese comentario provoca que mis rodillas por un segundo tiemblen, porque tengo la ligera sospecha de alguien que podría hacer gala de esa actitud arrogante y petulante.

<<No puede ser >>susurro sin que nadie logre oírme.

—Y debo decirte que cuando lo vi, me dejó completamente noqueado por que aparte del buenorro de tu hermano, no he visto nunca un hombre tan arrebatador —. comenta Jeremy acompañado de un suspiro.

—Eres demasiado exagerado—. Lo reprendo poniendo los ojos para arriba.

Con todo el impulso del que soy capaz, reuniendo el enfado que puedo por irrumpir en mi despacho sin cita, abro la puerta del mismo con ímpetu. Un arranque que muere en el mismo momento en que mis pupilas se clavan en su imponente presencia. Mis pies se pegan al suelo de golpe y Jeremy que iba detrás de mí choca sin poder evitarlo con mi espalda, provocando que mi cuerpo avance de manera brusca y torpe hacia el interior, ante la mirada divertida de mi visitante.

Una vez más mi estómago brinca, como si estuviera en una montaña rusa con miles de subidas y bajadas.

<<No puede ser >>sisea mi mente.

Allí parado en mitad de mi despacho está el ladrón de mi paz, tan imponente como siempre, con su traje azul noche hecho a medida que se adapta a su perfecto cuerpo como un guante. Nuestros ojos se cruzan durante unos segundos hasta que por mi bien soy yo la primera que desvía la mirada. Duele demasiado mirarlo, mi roto corazón aún no se ha soldado y brama de dolor al mismo tiempo que burbujea de emoción.

—Bon jour, Macleod.

Esa voz pone mi piel de gallina, ese siseo tan natural en su tono de voz, evoca en mí, palabras de placer susurradas en mi oreja. Sin pensarlo mucho me giro para enfrentar a Jeremy que aún permanece a mi espalda con la boca abierta como si fuese un pez.

—Jeremy, déjanos solos. Si necesito algo te aviso —. ordeno de forma profesional.

Mi asistente tarda más de la cuenta en reaccionar, pero acata mis ordenes como siempre.

Una vez cierra la puerta tras de mí, hago acopio de toda la ira contenida, rebusco en el interior de mi alma toda la furia que acumulo contra Adrién Legrand, coloco mis brazos en mi cintura en forma de jarra y me dispongo a atacar sin darle opción.

—Se puede saber qué haces aquí. ¿Te has vuelto loco? Nuestra aventura acabó en Niza, ¿No viste mi nota? —. Mi tono de voz es alto y acelerado sin llegar al grito, no quiero armar un numerito en la empresa por lo que gritarle, que es lo que realmente me apetece están descartados.

Ante mí, su mirada intensa es como si quisiese desintegrarme, puedo ver las chispas azul turquesa bailar en sus pupilas, pero no son sus ojos los que provocan que mis rodillas tiemblen, sino si aptitud impasible. Da la sensación como si ninguna de mis palabras, pudiera provocarle ni afectarle y eso a mí me molesta y mucho.

—Si has venido para estar parado en mitad de mi oficina sin decirme nada, lárgate, hay gente que tenemos que trabajar —. provoco de forma altanera, incluso me atrevo a moverme en dirección a mi escritorio, pasando por su lado sin mirarlo, con la cabeza alta y la barbilla alzada. Haciendo gala de una seguridad que no poseo.

No consigo llegar, porque una de su manos agarra con fuerza uno de mis brazos, parándome en seco justo a su lado.

—No juegues, Macleod. Pensé que ya habías aprendido que no me gustan los juegos y menos si no los inicio yo —. sisea acercando su boca a mi oreja.

Noto su aliento quemándome, porque hoy he decidido recogerme el pelo por lo que tiene libre acceso a mi oreja y la piel de mi cuello que se eriza con su aliento.

El temblor, ese que recorre cada fibra de mi ser cada vez que él está cerca, ese que pone de punta cada pelo de mi nuca, ese que se instala en mi centro como un calor abrasador que me incita a derretirme ante él. Vuelve a adueñarse de mí, paralizándome sin más, mientras sus labios rozan la tersa piel de mi cuello con el tacto de una ligera pluma

Dios, suplico en silencio cerrando los ojos por un segundo, inspirando aire lento para infundirme tranquilidad y poder deshacerme del manojo de nervios en el que ha convertido con solo tocarme

Lo odio con todo mi ser, pero para mí desgracia lo amo también. Abro los ojos y pestañeo rápido. Es la primera vez que mi interior da nombre a ese sentimiento que albergo por Adrién Legrand. Y estoy asustada, tanto que casi parece una estatua inamovible, intentando asimilar lo que mi corazón lleva tiempo susurrando, pero yo he sabido ignorarlo.

No puedo, esas dos palabras resuenan en mi mente sacándome de mi estupor y entonces forcejeo para deshacerme del agarre de Adrién.

Aunque sus dedos sujetan demasiado bien mi brazo a pesar de mis sacudidas para que me suelte, no lo consigo, por el contrario el pega mi cuerpo al suyo, con habilidad y rodea mi cintura.

<<Estoy perdida>> avisa mi consciencia.

Si, porque su aroma inunda mis fosas nasales extasiándome sin medida aunque todavía cuento con algún ápice de resistencia y evito mirarlo con fijación para no perderme en sus ojos.

—Ayleen —susurra —, si pensaste que con una simple nota este asunto quedaría zanjado, es que eres demasiado ingenua.

Sus palabras suenan demasiado sexi, eróticas diría yo y la excitación empieza a arañar mis paredes de resistencia, todo en él consigue derretirme como si fuese simple cera de vela ante su llama caliente.

—Era un trato 48 horas y no nos buscaríamos más. Tú mismo lo propusiste —increpo, mi tono es demasiado titubeante. —punto uno, no habían pasado 48 horas. Punto dos, cambié de opinión —. suelta firme. En sus palabras, no hay ni rastro de duda.

Lo miro fulminante con la sorpresa dibujada en mi rostro

—No puedes cambiar de opinión. Hicimos un trato —. reprocho nerviosa.

—Mi querida Macleod puedo cambiar de opinión cuando yo decida —. responde separando su rostro de mi cuello para devorarme con su mirada añil.

—Eres un hipócrita, no pienso formar parte de tus juegos. Vuelve a tu doble vida, por el día el recto y honorable magnate hotelero, de noche el libertino magnate del vicio de París —. Mis palabras salen de mi boca sin poder refrenarlas, cargadas de todo el reproche y el dolor que siento.

En un minuto su rostro muestra cierta sorpresa, pero es rápido en volver adoptar su máscara de depredador infalible.

—Lo sabes, me ahorras problemas, entonces —. Se limita a decir con una pasmosa tranquilidad que crispa mis nervios.

—Si tu intención es convertirme en tu amante o compañera de jueguitos y libertinaje pierdes el tiempo—. gruño volviendo a la carga, forcejeando para lograr poner distancia entre ambos, pero una vez más desisto porque resulta

inútil.

—Cálmate fierecilla. No necesito ninguna amante—. masculla manteniendo sus pupilas taladrando las mías.

—No me interesa nada de lo que puedas ofrecerme —. bisbiseo con chulería.

—No me hagas demostrarte lo mucho que te interesa lo que puedo darte o quieres que te haga una demostración, *Jolie*.

—Eres un capullo, no te parece suficiente todo lo que me has complicado la vida. Para tu información tu hermana ni siquiera me habla—. ladro

—Se le pasará, Macleod.

—Eres un capullo arrogante—. insulto con ira.

—Vigila tu lengua, fiero —. gruñe con los dientes apretados, atrayendo mi cuerpo al suyo con fuerza y puedo notar su erección. Un mareo febril sobreviene junto con las ansias del deseo.

El silencio se instala en la estancia y nos devoramos con la mirada, el intenso azul de sus ojos provoca que pierda en ellos. Al instante sus labios están arrasando mi boca, la cual se abre con ansia para recibirlo. Y la lujuria toma las riendas del resto.

Las manos de Adrién pasan de mi cintura a mis nalgas para apretarlas con intensidad y doy un pequeño bote para rodear sus caderas con mis piernas, dominada por el deseo irrefrenable de sentirlo de nuevo en mi interior.

Nos besamos de forma salvaje y pronto noto como mi espalda se estrella contra una de las paredes, entretanto Adrién presiona con sus caderas el centro de mi sexo. Las miles de sensaciones que atraviesan mi cuerpo son indescriptibles, con él siempre es así, no hay lugar para la cordura ni el sentido común, sólo para el ansia de comernos vivos.

De repente deja resbalar mi cuerpo por el suyo y mis pies vuelven a tocar el suelo. Su frente se apoya en la mía y su boca se separa lo cual crea un sentimiento de pérdida en mi alma.

—Pasaré a buscarte a las cinco y continuaremos con nuestra conversación—. susurra con la respiración acelerada.

Se separa de mí y a continuación alisa su traje con sus manos, movimientos que me mantienen completamente hipnotizada. Una vez satisfecho con su aspecto, pone rumbo a la puerta y con el pomo en su mano se gira y me guiña un ojo de forma pícaro.

De nuevo sola en mi despacho borró la sonrisa tonta que tengo dibujada en mi cara, resoplo enfadada por caer de nuevo en su redes.

Adrién es un encantador de serpientes y consigue que toda la ira, las razones y el sentido común desaparezcan como por arte de magia cada vez que se acerca a mí.

Adrién Legrand

Salgo del despacho de Ayleen a tiempo, porque si llego a permanecer un minuto más no hubiera podido parar. El deseo atronador de dejar mi huella en su piel y en su alma me azotan con un semental indomable por eso he tenido que hacer acopio del raciocinio. Ni es el lugar para hacerla mía como ansío. Voy directo hacia la zona de los ascensores, en el camino me encuentro con un hombre que me mira con sorpresa, pero continúo mi camino sin más.

—Bueno al parecer mi escocesa está al tanto de la parte oscura de mi vida, aunque me pregunto hasta qué punto —. relevo esa pregunta al fondo de mi cerebro, porque decido que ya indagaré esta noche en ese tema.

Al salir del ascensor suena mi móvil y lo saco del bolsillo, compruebo el número y sonrío satisfecho del tiempo que contesto.

—Kris.

—Adrién, mis abogados ya revisaron los contratos. Me alegra comunicarte que ya está todo listo para firmar.

—Una buena noticia. Prepara la firma en tres días, ahora mismo me encuentro fuera de París —. Informo.

—De acuerdo te remito email con lugar, fecha y hora.

—Está bien nos vemos —. Me despido dando por finalizada la llamada.

Capítulo 13

Ayleen Macleod

Una vez sola intento recuperar la calma, me sirvo un vaso de agua y noto como mis manos tiemblan. Adrién Legrand en Escocia es un gran problema. No sólo porque su presencia me desestabiliza sino porque es una amenaza revoloteando. Sobre mi cabeza. Amenazando con destruir la vida que construí seis años atrás.

La puerta se abre sin llamada previa y me apresuro a girarme para regañar a Jeremy. Mi boca se abre como la del león de la metro Golden Meyers. Al ver a mi hermano parado en el vano de la puerta. Sus brazos están cruzados sobre su pecho y su mirada entornada no presagia nada bueno.

—Ayleen, tienes algo que contarme —. pregunta conteniendo cada sílaba de la frase.

—No, nada que contarte —. contesto disimulando.

—Tuviste visita.

—Si de trabajo, un magnate hotelero que quiere una partida de nuestro mejor Whisky —. Miento.

—Si me crucé con él en los pasillos.

Retengo el aire al oírlo. Brodick es demasiado observador y listo.

—Ahh —. me limito a soltar.

—Espero que si tienes algo que contarme lo hagas. Me decepcionaría mucho descubrirlo sin que hayas acudido a mí — Y dicho esto abandona mi despacho.

La culpabilidad cae sobre mí como una gran losa. Todo lo construido se aguanta con pinzas, sé que a mi familia tan solo le bastaría ver a Adrién una sola vez para averiguar la verdad. La verdad sobre Aidan y eso me aterra mucho, aunque me asusta mucho más que Adrién Legrand pueda descubrirlo. Porque entonces sí que podría desatarse una hecatombe de magnitudes estratosféricas.

El día pasa sin mucho sobresalto, me concentro en el trabajo intentando no pensar en Adrién, aunque lo consigo a medias.

Dos golpes en la puerta de mi despacho consiguen sacarme de mis elucubraciones.

—Adelante — invito.

—Hola, jefa — saluda Jeremy con su alegría habitual.

En sus manos trae un café como siempre, yo nunca se lo pido pero él se ha acostumbrado a ese pequeño ritual diario, antes de repasar temas juntos. Lo deja sobre la mesa y toma asiento sacando su Tablet y el pencil para empezar.

—Hoy tenemos varios temas. Dejaremos el más sabroso para em final, que prometo que el ansia me está consumiendo —. comenta divertido.

Mi respuesta es una fulminante mirada.

—Jeremy —. advierto.

—No pensaras que me voy a quedar con la intriga de saber quién es el macho alfa que te ha visitado esta mañana.

—Jeremy te advierto que no es un tema del que me apetezca hablar, por lo tanto punto y aparte.

—¡Ah!, no es que no quiero saber de quién se trata ese bocadito de queso. Se me hace a boca agua solo de recordarlo. ¡Menudo hombre!

—Exagerado. Olvídate, no creo que tengas oportunidad.

—Jefa, lo sé y lloro solo de pensarlo. Que ese machote es hetero muy hetero, salta a la vista. Sin olvidarme de que te ha comido con sus ojos al verte. Por esa razón quiero detalles.

—Jeremy estás acabando con mi paciencia.

—No seas mala, Ayleen. Solo confiesa que es un semental en la cama y me olvido.

—Estás loco —. digo sin poder evitar reírme por sus palabras.

—Bueno confiesa —. exige dramatizando, coloca una mano en su corazón para dar más énfasis a sus palabras.

—Es un conocido.

—No pretenderás que me trague que solo es un conocido.

—Jeremy, el tema es algo complicado. Es el hermano mayor de mi mejor amiga Marinet. ¿Lo recuerdas? —. digo al fin.

Tengo la necesidad de explicarle a alguien todo lo que me está carcomiendo por dentro.

—¡Oh my god! Esto parece un culebrón de esos turcos que están tan de moda.

—Jeremy, por favor. Deja de bromear, esto es serio. Adrién Legrand es un problema y de los gordos. Fue mi primer amante. Llevamos seis años sin vernos y ahora de nuevo está en mi vida —. suspiro con la intención de deshacerme de la frustración y desespero que están instalados en mi alma.

—¡Hostia Ayleen! y perdón por el lenguaje. Pero es una historia bastante inusual y supongo que por tu cara hay

mucho más.

—Si, Marinette ha dejado de hablarme al descubrir que durante años he guardado el secreto —. confieso.

—Bueno tiene razones de peso.

—No quise que fuese un obstáculo para nuestra amistad.

—Lo entiendo y ella seguramente lo hará con el tiempo.

—¡Ojo Jeremy!

—Y ahora, ¿en qué punto estáis?, me refiero al bombón y tú.

—No lo sé, se ha presentado aquí de improviso, cuando yo ya lo daba por zanjado.

—Siento decirte amiga que por su actitud y él no da nada por finalizado.

—Pues tendré que volver a dejárselo claro. —Sentenció con seguridad una que no siento.

—¡Oh! Ayleen no te va a ser fácil. Yo no podría decir que no a un espécimen con él.

Me limito a poner los ojos para arriba.

—Bueno, ya me contarás—. finaliza Jeremy y nos ponemos a trabajar.

La conversación con mi asistente ha logrado que recupere un poco la tranquilidad y he seguido trabajando. Cuando quiero darme cuenta son las cinco. Así que recojo mis cosas y me dispongo a marcharme.

—Cathair, ¿ya estás?

La voz de Brodick hace que pegue un ligero bote sobresaltada.

—Brodick puedes marcharte he quedado —le informo.

Mi hermano se acerca y me da un ligero beso en la cabeza

—Ves con cuidado.

Al darse la vuelta se encuentra cara a cara con Adrién Legrand, el cuál lo está taladrando con su mirada oceánica. Antes de acercarse al él, Brodick me mira a modo de regaño.

—Buenas soy Brodick Macleod—. Se presenta extendiendo la mano hacia Adrién.

Este, al oír el nombre asocia el parentesco y suaviza su mirada.

—Adrién Legrand —. Responde, estrechando la mano de mi mano.

Durante breves minutos ambos se examinan mutuamente y yo rezo porque Brodick no sea demasiado observador. Porque conocer a Adrién frente a frente supone relacionarlo con el pequeño Aidan.

Mi hijo tiene sus mismos ojos e incluso su mismo rostro.

—Cathair, lo dicho, lleva cuidado. En casa hablaremos—. sentencia Brodick dejándonos al fin solos.

—Macleod, ¿estás lista.? —. pregunta Adrién con una sonrisa.

Una de esas que trastoca. Nos miramos y mis entrañas se encogen.

Me parecía imposible que Adrién estuviera más arrebatador, pero lo estaba. Vestido de sport sin uno de sus característicos trajes a medida. Tejanos negros y jersey del mismo color haciendo resaltar sus profundos ojos azul brillante y su pelo rubio. Contuve la respiración el tiempo de un suspiro y a continuación ambos salimos de las oficinas.

Una vez en el interior del ascensor el mutismo sigue siendo el protagonista hasta que Adrién decide romperlo.

—Al parecer se te comió la lengua el gato caperucita.

Sin pensar achico mis ojos y lo reprendo con la mirada. El alza las manos en son de paz y sonrío divertido, actitud que me descoloca demasiado. Mis nervios se ponen de punta y la inseguridad se adueña de mí.

No sé qué pretende Adrién comportándose como si fuésemos amigos, no lo somos.

—Veo que te diviertes, yo no. Acabemos con esto de una vez por todas para poder volver a mi casa —. suelto demasiado borde.

—Macleod, estás demasiado tensa. Relájate tenemos toda la tarde noche por delante—. comenta tranquilo.

Su tranquilidad es la llave que abre mi caja del miedo, del pánico, de la tormenta de incertidumbre que se está fraguando en mi alma.

—No pienso concederte tanto tiempo

Lo enfrentó a pesar de mi estado de ánimo, aparento frialdad, una que no siento.

—Macleod, no hagas afirmaciones que no puedas cumplir —. rebate sin mostrar ninguna emoción.

Está apoyado en la pared del ascensor mientras bajamos, con esa pose parece mucho más joven de lo que es. Justo cuando me doy la vuelta para contestarle con una fresca, el ascensor se detiene de repente

—¿Que has hecho? —. acuso nerviosa al ver que no se mueve.

—Cálmate —. indica acercarse al cuadro de botones del ascensor.

Observo cómo presiona un botón con un teléfono dibujado, al instante una voz metálica contesta.

—El ascensor se ha parado en el piso treinta—. informa Adrién.

—Está bien señores, avisamos a mantenimiento no sé lo que tardaran.

—Está bien —. contesta conforme.

—¡Estás loco!, seguro que lo has preparado —. acuso hecha una furia.

Sé que no pienso con claridad, pero con la cerca nunca lo hago.

—Quieres tranquilizarte —. advierte.

—No, eres un capullo, siempre apareces para complicarme mi existencia

—Eso es discutible, Jolie —. sisea acercándose con sumo sigilo.

—Detente. No te acerques. Estoy harta de ser por zanjado este asunto. —Vuelve a tu vida y olvídate de mi existencia —. grito fuera de mí.

Adrién no obedece, por el contrario en dos zancadas nuestros cuerpos están pegados. Sus ojos clavados en los míos abduciéndome.

—Olvidar no es posible, Ayleen. Lo sabes tan bien como yo. Llevo años intentando borrarte y no lo he logrado. Por esa razón vamos intentarlo de otra forma. Ya no estoy dispuesto a que desaparezcas de mi vida Hazte a la idea. Huiste en Niza, pero no te sirvió de nada —. explica con una seguridad pasmosa.

—No puede ser, no quiero. Vuelve a tu vida de libertino a divertirme con tus relaciones abiertas. A ser el hipócrita que siempre has sido—. reprocho forcejeando.

—No, esa vida ya ha quedado atrás. Ahora tú y yo firmaremos un futuro en común.

Sus palabras desencadenan que el pánico se adueñe de cada fibra de mi ser. Porque mi corazón en el fondo ansía esa opción, aunque sé que es imposible. Nos separa un enorme secreto, que no sé cómo manejar.

—Olvídate, yo no voy a estar contigo.

—Ayleen, deja de ser una cabezota. No puedes negar lo que tu cuerpo desea al igual que el mío, yo ya dejé de negarlo. Fui el primero y seré el último, grábatelo a fuego —. susurra acortando la distancia de nuestras bocas.

Suplico en silencio que no me bese a pesar que mi corazón está gritando justo lo contrario. Todo mi cuerpo tiembla en sus brazos y al final me besa. Y pierdo mi batalla interna pues abro la boca para recibirlo con premura. Nos enzarzamos en un beso ardiente, deseosos de devorarnos vivos. Las manos de Adrién son rápidas, agarra con fuerza mis caderas y pega mi espalda a la pared. De un tirón arranca sin compasión el triángulo de mi tanga y sus dedos acarician sin pausa mis labios inferiores deshaciéndome en placer.

Todo pasa demasiado rápido, con prisa, como si nos fuera de un minuto. Me apresuro a desabotonar su pantalón para liberar su arma de placer. Y en menos que canta un gallo estoy acoplada en sus caderas y con un fuerte embate me penetra robándome unos gemidos, que estoy segura que se han oído fuera del ascensor. Sin darme tiempo a recuperarme comienza su baile erótico catapultándome hacia el sumun del placer.

Ambos respirábamos de forma acelerada aunque mi cuerpo laxo descansaba en los brazos de Adrién. De nuevo no había podido resistirme a él, allí estaba con mi cuerpo pegado y mi corazón danzando henchido de gozo, como si estar a su lado fuese estar en el paraíso.

Adrién posó sus labios en mi frente regalándome un dulce beso.

—Ayleen, debemos recomponernos pronto vendrán los de mantenimiento —. dice mientras me ayuda a ponerme en pie.

En brazos de Adrién siempre me siento una muñeca de trapo, yo que siempre he presumido de ser una mujer decidida con carácter e independiente. A su lado soy una sumisa porque este hombre trastoca mi cuerpo y mi cerebro. Recoloco mi ropa tal como él ha aconsejado y minutos después las puertas del ascensor se abren y tras ellas el personal de mantenimiento

—¿Se encuentran bien? —. pregunta uno de los operarios.

—Sí, estamos bien —. Se apresura a responder Adrién.

Posa una de sus manos en mi espalda y me insta a salir del ascensor. Caminamos uno al lado de otro por el hall hasta la calle, donde se encuentra su coche. Abre la puerta del copiloto y yo como si fuera un autómata entro.

El rugido del motor resuena en el interior del habitáculo, aunque soy incapaz de inmutarme, mi mirada sigue perdida en algún lugar del cristal delantero. Ahora mismo estoy en shock, mi corazón no cabe en mi pecho rebosante, a pesar de que la cadenas de mi mente lo están sujetando para que no explote de júbilo. Acabo de tener sexo ardiente con Adrién en un ascensor, una experiencia explosiva como siempre que estamos juntos. Por otro lado estoy demasiado confusa de que haya venido a Edimburgo a buscarme, ni en mis mejores sueños lo hubiese imaginado. Todo mi mundo amenaza con caerme encima de la cabeza, pues que Adrién Legrand y yo estemos en la misma ciudad es una amenaza, ya que mi secreto puede salir a la luz de un momento a otro. Lo cual sería una fatalidad, porque no alcanzo a predecir la reacción de Adrién si llega a descubrirlo.

—A caperucita se le comió la lengua el lobo.

Su comentario divertido destinado a pincharme me saca de golpe de mis fatales pensamientos, le dedico una mirada entornada que dura poco. Porque la sonrisa pícara que florece en su boca me deja completamente embobada, como una tonta enamorada.

—No tengo ganas de bromas —. contesto recuperando mi pose enfadada.

—Vamos Macleod, relájate, pensé que habías dejando la tensión en ese ascensor —. provoca sin apartar la mirada de la carretera.

—Eres un capullo, lo sabes —. ataco enfurruñada.

—Vigila tu lengua viperina, si no deseas que te haga callar con mis artes —. amenaza con esa actitud de, “pon el mundo a mis pies, que soy el amo”.

Como siempre Adrién es demasiado arrogante para mi salud mental, porque su pose chulesca me enrabia y me excita en la misma medida, por lo que mi lucha interior es tan tensa que sé que pelagra mi cordura. Cuando llegamos a nuestro destino, Adrién aparca frente a uno de los mejores restaurantes de la ciudad, se baja del coche y entrega las llaves a unos de los aparcacoches que están en la puerta. A continuación para mi sorpresa abre mi puerta y me ayuda a salir cogiendo con suavidad mi mano.

Frunzo el ceño antes su gesto y él divertido pone uno de sus dedos en mi arruga dando un par de golpecitos.

—Deja de arrugar el ceño, tienes un rostro demasiado precioso para estropearlo con ese gesto —. La diversión continúa dibujada en su cara y eso me aterra, porque el Adrién relajado y conquistador que está mostrándose es demasiado peligroso. Puedo luchar y revelarme contra el arrogante, dictador, estirado y muchos adjetivos más que desfilan por mi mente. Lo realmente amenazador para mi propio yo, es lidiar con el educado, galante, divertido y despreocupado Adrién Legrand que en este mismo instante esta frente a mí.

Juntos traspasamos las puertas del restaurante, nos recibe el metre y nos acompaña a un reservado con unas vistas espectaculares, donde podemos disfrutar de la visión de toda la ciudad nocturna con sus luces parpadeantes. La mano de Adrién se instala en la parte baja de mi espalda acompañando mi cuerpo, un temblor recorre cada terminación nerviosa del mismo. Tan solo con tocarme mi cuerpo se deshace ante él, la excitación se adueña de todos y cada una de las partes de mí.

A su merced, así estoy siempre que estamos cerca, un hecho que me preocupa demasiado.

Tomamos asiento uno frente a otro lo cual agradezco en silencio. Sus mirada azulina brilla y no se aparta de mí, expectante a cada movimiento o gesto yo pueda hacer.

—El arrogante Legrand ha desplegado toda la artillería, cuidado porque puedo interpretar que estas intentado conquistarme —. observo sin dejar de mirarlo con fijación.

—Macleod, es exactamente eso lo que pretendo. Yo te lo he dicho, atrás quedan los días de resistencia. Mi intención es clara, vamos a intentarlo, dar una oportunidad a esto que nos atrae como el metal a imán —. informa con seguridad llevando la copa de cristal llena de vino a sus labios con solemnidad.

—Yo tengo mucho que decir. No acepto ordenes, deberías saberlo. Mi vida me gusta como está —. reafirmo.

—¿Estas dispuesta a negar lo que hay entre nosotros? —. interroga sarcástico.

—Deseo... Hoy en día es algo que está presente, pero no es exclusivo —. contrataco. No estoy dispuesta a dar mi brazo a torcer, ya que claudicar a sus intenciones supondría mucho para mí.

—No seas ilusa, me subestimas si piensas que te compartiré, Macleod —. La amenaza esta implícita en sus palabras y su mirada esconde una leve chispa de furia que en segundos enmascara, aunque logro vislumbrarla.

—Es gracioso que lo diga el rey de los locales swinger del Francia, el honorable magnate hotelero que esconde una vida repleta de orgías y libertinaje. ¿Como intentas que crea que eres capaz de mantener una relación normal con alguien? —Mis palabras están destinadas a atacarle y lo logro, porque su mandíbula apretada lo delata.

—Macleod, ¿Cómo sabes tanto de mi vida? Voy a llegar a pensar que eres una bruja.

En ese momento el camarero se acerca a nuestra mesa para tomar nota de lo que cenaremos, porque que me arrebatara la oportunidad de contestarle como en realidad se merece. Una vez que le indicamos lo que queremos se marcha.

Agarro la copa y doy un pequeño sorbo de vino para infundirme valor para mantener mi ferviente decisión de no caer en los anhelos que Adrién está poniendo a la alcance de mi mano. Como si fuese una zanahoria bailando sobre la nariz de un burro para que avance.

—Ninguna bruja, no estamos en un mundo de fantasía, esto Legrand es la realidad. Tú eres un hipócrita, llevas años siéndolo —. Ataco con una pasmosa tranquilidad, qué para nada siento en mi interior qué está en continúa ebullición como el agua en un caso.

Tuerce su boca en una sonrisa ladina mientras deja su copa con solemne celebridad sobre la mesa, tomándose su tiempo para contestar.

—¿Porque saliste huyendo en Niza? — interroga con las cejas arqueadas.

—Ya me cansé de desintoxicarme.

—Mientes, Macleod. Exiges mi sinceridad, pero no entregas la tuya —. acusa.

—Recibí información de ti anónima donde me exponían la doble vida que tienes desde años. No soy una más de tus gatitas lujuriosas. Por lo que tú y tus tretas para convencerme de lo contrario, no me interesan —. Respiro hondo tras soltar esas frases recuperando la paz. No quiero parecer ansiosa ni nerviosa, porque no voy a darle ni un ápice

de ventaja en esta discusión que no tiene mucho sentido. A pesar de que los sentimientos albergan mi alma, soy consciente que entre Adrién Legrand y yo nunca podrá haber un felices para siempre. Por lo que trato de convencerlo a él y a mi corazón, que late con imperiosidad ante todas las promesas que puedo ver en sus ojos y en sus falsas palabras.

—Preferiste correr que enfrentarte a mí. Deja de huir, no voy a dejar que lo hagas —. sentencia entretanto corta el entrecot que le acaban de servir, de forma despreocupada.

Lo observo de manera perpleja, porque es capaz de mantener su sobriedad, un minuto discutimos nuestro futuro y al otro come sin inmunizarse.

Decido seguir su ejemplo porque a pesar de mis nervios estoy hambrienta y el pescado al horno que he elegido tiene una pinta estupenda.

Cenamos en silencio dedicándonos miradas furtivas que calientan mi alma. No puedo olvidarme de su presencia, reconozco que nadie nunca me ha alterado como él. Resulta demasiado chistoso, porque el rompió mi corazón en mil pedazos, pero este continúa anhelándolo, amándolo como a nadie. Soy realista, Adrién Legran ha llegado a tocarme como nadie lo hizo jamás.

Nos retiran los platos una vez hemos acabado y dejan una botella de champaña bien fría en la mesa, no sin antes servirnos el líquido burbujeante en nuestras copas.

—¿Brindamos? —plantea.

—¿Porque debemos brindar?, ilumíname— Es inevitable que mi vena guerrera surja ante él.

—Por nosotros —. Propone al fin con una sonrisa demasiado peligrosa en su rostro.

Alzo mi copa con un brillo pícaro en mi mirada, choco cristal con cristal.

—Yo brindo por mí y por ti, en separado Legrand —. añado rebelde a su brindis.

Menea su cabeza divertido ante mi acto de rebeldía, aunque no añade ningún comentario. A poco salimos del restaurante, el aparcacoches le entrega las llaves de BMW biplaza y nos montamos.

—¿A dónde vamos? —. pregunto nada más arrancar el vehículo.

—Esta noche es nuestra, Macleod. Quiero que sepas que me he propuesto convencerte de que apuestes por nuestra relación, por lo que hasta que no logre persuadirte, no regresaras a tu casa —. expone satisfecho y acelera haciendo rugir el BMW cual fiero león.

—¡Estás loco, Adrién! Llevo toda la noche diciéndote que no quiero nada contigo. No pienso cambiar mi vida porque tu hayas empeinado en tener una relación normal. Perdona que no me sienta alagada por ser la elegida —. ironizo apretando mis labios en un rictus enfadado.

Capítulo 14

Adrién Legrand.

Mi beligerante tea escocesa no me lo está poniendo demasiado fácil, aunque la verdad es que esta velada está siendo muy divertida. Porque sus ataques verbales, aceleran mi corazón y me mantienen más vivo que nunca. Cada minuto estoy más seguro de haber encontrado mi compañera ideal. Ayleen Macleod, no solo mantiene mi deseo carnal al nivel máximo sino que su compañía mantiene mi alma en continuo chisporroteo. Aunque reconozco que voy a tener que poner toda la carne en el asador para al fin convencerla de que acepte lo que le ofrezco, porque hasta el momento se resiste con uñas y dientes.

Cuando ha confesado que alguien le informe de mis actividades nocturnas en Nica, me sorprende y me inquieta por igual. Por lo que cuando regrese deberé investigar quien ha estado perjudicándome sin yo saberlo.

Descartado queda Adagio porque a fin de cuentas ya ha conseguido lo que quiera, pronto firmaremos nuestro acuerdo y será dueño de todo.

Decido deshacerme de esa inquietud hasta que regrese a Paris, ahora necesito todos mis sentidos puestos en mi escocesa que se resiste a mis encantos con suma destreza. Acelero ante los ojos bien abiertos de Ayleen, lo que provoca una sonrisa en mis labios. Me gusta la velocidad, al parecer a ella no.

He reservado una pequeña casita a las afueras de la ciudad, cerca de Inverness, allí tengo el propósito de retenerla hasta que por fin acepte nuestra relación. Porque un no como respuesta no voy aceptarlo.

La forma en la que se está resistiendo resulta muy divertida, por un minuto desvío mi mirada hacia ella y la repaso con mis ojos. Noto como la pletina de mi pantalón se tensa y mi lengua se relame ante sus curvas, esas que me vuelven loco. Con Ayleen siempre es así, mi cuerpo se enciende con solo mirarla, quizás el haber luchado con ese imperioso deseo durante años, ocasiona que ahora no tenga suficiente de ella.

No existe momento en el que mi mente no aparezca la palabra “follable” al mirarla. Y la anticipación mantiene a mi polla danzante y preparada a cada segundo.

Decido conducir ignorándola, a pesar de que sé que eso pondrá a Ayleen a ebullición su carácter indómito.

Necesito concentrarme y reprimir el deseo de aparcar mi coche en la cuneta y borrar todas esas irracionales excusas, que lleva toda la noche dando para no tener nada conmigo.

Una vez llegamos a Inverness aparco en la zona delantera de la casa y salgo. Reconozco que Escocia es un lugar encantador, lleno de paisajes espectaculares que liberan el alma. Ayleen no espera ni que le abra la puerta sale de forma altiva, devorando con sus verdes ojos el lugar donde nos encontramos.

—¿Qué se supone que hacemos aquí? —. pregunta con los brazos cruzados sobre su pecho, lo cual provoca que sus teta se alcen por encima del escote de su vestido.

Ni describir lo que mi verga experimenta ante esa actitud, de un momento a otro voy a estallar si no la poseo en breve.

—Pasaremos la noche —. contesto parco, concentrado como estoy en reprimir las ganas cavernícolas que tengo de cargarla sobre mi hombro para meterla dentro de la casa y no dejarla salir hasta que suplique por mi presencia.

Las imperiosas ganas de marcarla, de dejar mi huella en su piel y en su alma, están subiendo mi temperatura corporal. Esta mujer es mi castigo y mi regalo a la misma vez.

—Entremos —. ordeno.

—Ni lo sueñes, Legrand. Ahora mismo llamo a un taxi, te quedas tu solito. Ya te he dejado bien claro que no quiero nada contigo. Es problema tuyo que no te entra en esa cabeza tuya —. grita entretanto coge su dispositivo móvil para llamar.

En dos zancadas la tengo en mis brazos, siendo demasiado rápido, atrapo al vuelo su móvil y como hace un instante he imaginado la carga sobre mi hombro, la alzo realmente con facilidad como si pesara como un algodón. Sus gritos no me detienen, sino que provocan mis sonoras carcajadas mientras entramos en la casa. Cierro la puerta hábilmente con la punta de mis botas y tras barrer la estancia con mi mirada para localizar el dormitorio, pongo rumbo hacia el mismo.

—Capullo, bestia, salvaje....

Los insultos salen de la boca de Ayleen como si fuese una grabadora y repitiera el mismo trozo una y mil veces. La suelto sobre el colchón, pero no le doy opción aprisiono su cuerpo con el mío.

Ayleen se retuerce bajo mi cuerpo como gato panza arriba soltando improperios, que jamás pensé que pudiesen salir de su preciosa boca. Intensifico mi agarre colando mi rodilla entre sus piernas, lo cual ocasiona que pare sus resistencias durante un segundo, por la sorpresa. Sus muñecas están sujetas por mis manos y sus ojos me aniquilan sin piedad.

—Capullo arrogante, esto es secuestro —. grita fuera de sí, volviendo a la carga.

—Deja de utilizar ese lenguaje soez, si no quieres que borre cada insulto con mi lengua. Lo estoy deseando —.

provoco entre dientes.

—Si no me hubieras secuestrado para imponer tu voluntad no estaría usando ese lenguaje. Eres un maldito altanero. No conseguirás nada de mí, reteniéndome contra mi voluntad.

Me cansé, de forcejear, de escucharla soltar insultos y amenazas, de sujetarla con fuerza. Así que hice lo que mejor sabía hacer, lo único que al parecer funcionaba con esta mujer, la besé.

Bueno más bien arraso su boca con la mía como un salvaje, desesperado porque mi lengua se adueñará de cada recoveco de su boca. En un intento desesperado por su parte por resistirse muerde mi labio inferior, lo cual lejos de frenarme intensifica mi ataque y presiono para invadir su boca con intensidad. Al fin noto como Ayleen se rinde a mi saqueo y responden como la fiera que es, atacando con su lengua la mía, enzarzándonos en un pulso de poder. Mis manos sueltan sus muñecas y se apresuran al dobladillo de su vestido y lo subo con prisa, acaricio la tela que cubre su sexo con mis dedos y un gemido resuena en el interior de mi boca. Sigo mi saqueo y separo la tela que cubre sus labios interiores para facilitar mi acceso, comienzo abrirlo como una flor notando lo lubricados que están. Pletórico introduzco uno de mis dedos en el interior de su vagina buscando su botón interno para intensificar el placer, la pelvis de Ayleen se balancea díscola apremiándome a que la lleve hasta el orgasmo. Pero me gusta hacerla sufrir, además hoy se lo merece, por ponerme las cosas difíciles. Así que saco mi dedo ante su mirada de sorpresa y detengo mi beso.

Nuestras pupilas se inspeccionan de manera ardiente, puedo ver el deseo líquido en sus ojos de gata, verdes, oscuros, alborotados.

¡Mon dieu ¡esta mujer es una droga para mí y mis sentidos.

—¿Porque te detienes?

Su pregunta suena lastimera, porque la excitación domina su lengua estoy seguro, pero me gusta hacer que ruegue, me pone a cien.

—Ayleen, quiero que aceptes que estamos juntos en esto. Antes de continuar comiéndote viva.

—¿Claudicar?, has perdido la razón Legrand, jamás.

La sonrisa lobuna que se dibuja en mi rostro es el preludio de los que mis manos ejecutan, sin aviso introduzco dos de mis dedos en su vagina, ella arquea su espalda al sentir la invasión y un largo gemido de placer sale disparado de su garganta.

—Dios...

—¿Qué me dices Ayleen? ¿Aceptas que vamos a ver dónde nos lleva esto?

—Adrién, por favor —. suplica.

—Ayleen...

—Adrién, lo que tu digas, pero por favor dame lo que necesito —. exige.

Un carcajada sale de mi garganta ante sus palabras, porque estaba seguro que Ayleen no suplicaría y así lo ha hecho ha convertido un simple ruego en una exigencia. Por lo que vuelvo a lanzarme sobre ella como un salvaje y muerdo el encaje de su sujetador que sobresale por su escote. La alzo un poco para conseguir quitarle el molesto vestido, que está siendo un obstáculo para hacerle todo lo que ansío. A continuación me deshago de mi ropa, con prisa.

Una vez en ropa interior vuelvo a la carga, arraso con mi mano el tanga que cubre su sexo e introduzco tres de mis dedos, su respuesta no se ha espera porque sus uñas se clavan en mi espalda. Lo cual acaba de desatar a la bestia que llevo dentro por lo que con suma maestría le doy la vuelta y la pongo de espaldas a mí y la penetro como el descontrolado en el cual me convierte esta mujer. El grito de Ayleen retumba en las cuatro paredes de la habitación y enaltece mi ego a la máxima potencia, por lo que comienzo el movimiento apresurado de mis caderas ante la respuesta solícita de ella.

Juntos alcanzamos el nirvana del orgasmo y me derramo, no dejando ni una gota en mí.

En los años de desenfreno y desinhibición, jamás he disfrutado con el sexo como lo hago con mi escocesa, por eso cuando caigo rendido sobre el colcho una sonrisa se dibuja en mi rostro, esta impresa desde el mismo momento en el cual la toco. Por eso una vez más la elección de hacerla mi compañera se ratifica en mi interior.

A mi lado la mujer que acaba de deshacerse en mi brazos profundamente dormida, la observo maravillado y noto que mi deseo vuelve a despertar. Porque estar a su lado me convierte en un maldito adicto a sus gemidos.

Ayleen Macleod

Cuando abro los ojos la desorientación se apodera de mí por unos segundos hasta que me sitúo. Estoy en la habitación de la casa donde me ha traído a regañadientes Adrién, ojeo y localizo el cuerpo desnudo del culpable a mi lado en la cama, parece dormido. Por eso me permito el lujo de comérmelo con los ojos. Sus músculos bien definidos, su piel dorada, todo en él es como un imán que me atrae sin darme opción.

Y ahora para colmo de males esta empeinado en que mantengamos una relación y aunque mi corazón da botes de alegría eufórico, mi cabeza de nuevo me obliga a ser realista.

“No puede ser”.

Decido levantarme, tengo la imperiosa necesidad de respirar aire fresco así que me enrolló en la sabana dirigiéndome hacia la puerta de entrada. Al abrirla la brisa de la noche llena mis pulmones y me maravillo mirando con anhelo el cielo estrellado.

Noto unas manos rodeando mi cuerpo desde atrás y no puedo evitar dar un leve respingo.

—¿Desvelada, Jolie?

—No, tan solo me gusta mirar las estrellas de noche. En mi hogar es algo que puedo hacer con libertad. Aunque debo reconocer que aquí también tengo unas excelentes vistas del firmamento —. contesto con sinceridad.

—Confieso que yo también tengo unas espectaculares vistas—aprecia colocando sus labios en el arco de mi cuello con mi clavícula, posando un suave beso que hace que tiemble.

—Cualquiera diría que el gran Legrand está desplegando todas sus armas de conquista, algo inusual —. observo con picardía.

Su abrazo se hace más fuerte pegando mi espalda a su pecho, siento como su erección roza mi trasero y me estremezco.

—Ayleen no dudes que estoy intentado conquistarte, porque esa es mi intención. Sino te ha quedado claro puedo volver a demostrártelo —. expone regando mi cuello con besos, cortos, suaves, pero a fin de cuentas abrasadores.

Con sumo cariño gira mi cuerpo para que nuestros rostros queden frente a frente, nuestras pupilas se miran con fijación. Confieso que podría perderme en su mirada oceánica, su intenso azul me atrae como su yo fuese una abeja y sus ojos turquesa la dorada miel.

Pasamos la noche entre gemidos, aullidos y placer. Decido no pensar tan solo entregarme en cuerpo y alma a Adrién y disfrutar como no lo he hecho jamás. Un vez más coincido con sus palabras susurradas en mi oreja

“Nadie jamás te venerada como yo.”

Y tiene más razón que un santo, pues aunque no son muchas las conquistas que llevo a mis espaldas, ningún hombre con los que he estado me hace temblar y tocar las estrellas como él. Hace seis años cuando me robo mi virginidad ya lo sospeché, pero recé por estar equivocada, ahora el tiempo lograba dar la razón a mi intuición.

Al levantarme por la mañana, Adrién tiene preparado un sabroso desayuno. El fuerte aroma a café se cuela por mi nariz e inspiro para poder disfrutar de él.

He cogido una camiseta de algodón blanco que he encontrado sobre la cama, cortesía seguro de Adrién. Lo tiene todo controlado y eso lejos de disgustar me comienza a causar el efecto contrario.

—Buenos días dormilona—. saluda regalándome una de sus sonrisas encoge entrañas y lubrica sexos. De esas que prometen fantasías ardientes entre sábanas de seda.

Sacudo mi cabeza para dejar de divagar, pues al parecer esta mañana todo lo relación con sexo. Ocupo uno de los taburetes frente a Adrién en la isla de la cocina americana donde encuentra. Pero su ceja arqueada indica que no está contento.

—Así saludas por las mañanas, Macleod—. regaña con tono suave.

La verdad es que aunque parece imposible siento ciento apuro, el desconcierto de no saber qué es lo que espera se ha adueñado de mí desde que lo he visto.

—Adrién, buenos días— digo evitando sonrojarme.

El no contento, rodea la isla y llega hasta donde me encuentro gira mi cuerpo sobre el taburete y se coloca entre mis piernas. Puedo notar su erección a la perfección, lo que hace que mi cérvix se lubrique en un nanosegundo. Entre abro la boca sin pensar perdida en su rostro como me encuentro.

<<Dios este hombre es una máquina de excitar>> susurra mi mente.

Todo en Adrién exhuma a sexo caliente, de ese que te deja satisfecha por tiempo indefinido. Puedo dar fe de lo que digo porque lo he comprobado. El problema es que se está convirtiendo en una droga para mí, y una duda asalta mis sentidos.

¿Podré sobrevivir sin estas dosis de lujuria y excitación?

Sus labios rozan mi boca y la punta de su lengua acaricia mi perfil con calma saboreando mi sabor. Un gesto que resulta demasiado erótico para mis sentidos. Si medida sin control tomo la iniciativa lanzándome como una fiera a su boca profundizando un beso que se vuelve ardiente en segundos. Mis manos rodean su nuca para apresarlo contra

mí. La necesidad atraviesa cada fibra de mi cuerpo como un rayo.

Para sorpresa mía, Adrién se separa sin dejar de sujetar mi cintura con sus manos.

—Si seguimos no desayunamos, Ayleen. Y necesitamos alimentarnos—. informa con la respiración acelerada.

Yo hago un mohín disgustada por frenar mi avance y me dispongo a darle la vuelta en el taburete para volver a mi posición inicial.

—Ayleen, no dudes ni por un momento que no tengo las mismas ganas que tú de devorarte viva. Pero hay que comer—. aclara ante mi actitud esquivada.

—Lo sé. Pero es que no entiendo porque no puedo refrendar las ganas de ti—. confieso mortificada.

—No sabes cuanto me alegra esa confesión, Jolie. Yo tampoco puedo refrendar las ganas de tenerte.

Desayunamos en silencio sin mirarnos. Necesito espacio para conseguir resistirme.

—Tengo que ir a trabajar —. comento al fin.

—¿Huyes? — pregunta.

—No es huir es ser responsable, tengo obligaciones — contesto con mal talante.

Ahora mismo siento toda la maraña de sentimientos que me sobrepasa y no puedo evitar estar de mal humor.

—Está bien te llevo—. informa serio sin apartar sus ojos de mí.

Decido ducharme a pesar de que no tengo posibilidad de cambiarme de ropa. Eso ya lo haré cuando llegue a la oficina, siempre guardo una muda allí para imprevistos.

El viaje de regreso lo hacemos en silencio hasta llegar al edificio donde trabajo.

—Macleod, te recogeré a las cinco—. proclama antes de que me baje del coche.

—Hoy tengo planes, no creo que pueda—digo firme.

—No juegues conmigo. No vamos a volver a la casilla de salida, Ayleen. Si tienes planes te acompañaré. Empieza a aceptar que somos una pareja —. gruñe sin darme opción a réplica.

Capítulo 15

Ayleen Macleod

Una vez en mi despacho dejo caer mi cuerpo en el sillón que tengo para vistas y suspiro. Deshacerme de Adrién parece imposible y confieso que nada me gustaría más que no tener que sacarlo de mi vida pero es lo que debo hacer.

Los toques en la puerta arrancan mi mente de mis cavilaciones.

—Adelante—. Invito.

A continuación entra Dana, mi cuñada, su cara es un poema, al verla me levanto como un resorte.

—Buenos días—. saludo intentando poner mi mejor cara.

—Ayleen Macleod, no me tomes por tonta. Llevo horas intentado convencer al troglodita de tu hermano de no entrar aquí para estrangular te —. suelta Dana poniendo los ojos para arriba.

Mi cuñada no oculta su desespero porque camina de un lado a otro y yo la sigo con mis ojos. Sí me dices que está furioso porque pase la noche fuera, alucino. Soy mayorcita—. replico exasperada.

—No seas ingenua no es por eso, tu hermano eso lo aceptó hace algún tiempo. Sino porque según mi marido o lo que es lo mismo tu hermano. Saliste y no regresaste, pero no con un nuevo ligue sino con el que según él es el padre de Aidan —. explica al fin sentándose.

Blanca no, mortecina, así debe lucir mi cara ante la explicación de Dana. Reconozco que en el fondo sabía que Brodick no iba a pasar ese detalle por alto a la mínima oportunidad de estar frente a frente de Adrién. Y así había sido al encontrarlo en la oficina cuando vino a buscarme la otra tarde. Aun así, cerciorarme de que Brodick ha descubierto mi secreto es devastador.

—Se te comió la lengua el gato—. insta Dana entornando sus grises ojos.

—Dana... —. susurro sin que las palabras salgan de mi garganta.

—Es verdad, Brodick no está equivocado —. No es una pregunta es una afirmación más para sí misma que para mí —. aunque hay algo que no logro entender, como un hombre como Adrién Legrand, no reconoce a un hijo. Puedo entender que hayáis tenido problemas, además eras muy joven. Pero por esa misma razón es incomprensible e imperdonable que te dejará sola.

Las palabras de Dana consiguen que el pánico se instale en mi corazón oprimido.

—Dana no es como crees. Adrién no me dejó sola—. De nuevo mi voz se apaga.

Los ojos de mi cuñada se clavan en mí de forma acusadora.

—Verás, él no sabe nada—. Al fin logro que esa verdad salga de mis labios.

Los ojos de Dana se abren de par en par sin dar crédito a lo que acabo de decir, la acusación puedo verla de forma explícita en su rostro y eso estruja más aún mi corazón. Las lágrimas rugen por salir, pero trago saliva en un mísero intento por reprimir las.

—¡Madre mía! Estas en lío tremendo Ayleen, ¿lo sabes verdad? Cuando ese hombre, el cual no tengo el placer de conocer, se entere de tu engaño se va liar una muy gorda. Y ten por seguro que se enterará. Porque ahora mismo tan solo tienes una opción—. proclama mi cuñada con tono solemne.

—Dana, por favor tienes que ayudarme—. suplico entre sollozos, esos que al fin se han impuesto muy a mi pesar.

Dana se acerca a mí y me estrecha entre sus brazos para inspirarme valor. Sin embargo este brilla por su ausencia así que dejo que mis lágrimas fluyan mientras juntas nos abrazamos.

—Ayleen debes calmarte. Todo en esta vida tiene solución menos la muerte, claro está. Por lo tanto alízate como la mujer excepcional que eres, asume y enfrenta el problema —. aconseja.

—Adrién no puede enterar Dana —suplico mirándola —, el me arrebatará a Aidan sin pensar. Y eso es algo que no podría soportar. Perderlo a él ya va a ser duro, pero perder a mi hijo sería inaceptable para mí corazón—. confieso.

—Ayleen, debes sosegarte. Pensar en qué si ese hombre te ama te perdonará. Alude a tu juventud esa que creo que es la culpable principal de este embrollo. Pero hazlo rápido no puedo prometerte lograr retener a Brodick mucho tiempo más

—¿A qué te refieres?

—Tu hermano está dispuesto a enfrentarlo a reclamarle por el abandono. Por no reconocer a Aidan.

—Dios mío eso sería el fin.

—No te pongas fatalista reacciona, enfrentate —. Anima mi cuñada enfundándome ánimos.

Reconozco que por mucho empeño que esté poniendo Dana esos ánimos nunca llegan. Un nudo del tamaño de una roca se instala en mi estómago y cierro los ojos intentando calmar mi nervios.

—Adrién Legrand jamás me perdonará. Tu no lo conoces, es don rectitud —. exclamo derrotada.

En mi mente se abre una brecha de esperanza al recordar el Adrién de los últimos días, divertido, relajado, atento

tan empeñado en tener un oportunidad como pareja. Quizás ese Adrién sí que podría perdonarla.

—Ayleen estoy aquí contigo nunca te voy a dejar caer amiga eres como una hermana para mí. Así que te ayudaré en todo lo que me sea posible. Haz lo correcto.

Dana me brinda un beso en mi frente y abandona mi despacho.

Adrién Legrand

Acabo de dejar a Ayleen en su lugar de trabajo y al minuto suena mi móvil, gracias al manos libre contesto la llama.

—¿Has perdido la razón? —. Los gritos de Chandler inundan todo el habitáculo lo que no alcanza a sorprenderme pues esperaba esa llama.

—Tranquilízate Chandler ya tienes una edad provoco divertido.

—Maldito seas Adrién has tirado por la borda años de duro trabajo por un coñito joven. No te entiendo puedes tener cualquier mujer pero eliges a esa malnacida escocesa.

—Cuidado con tus palabra Chandler —. advierto esta vez no hay ni rastro de diversión en mi voz.

—Has entregado el legado de tu padre si levantará la cabeza —. insiste en gritar.

—Si levantará la cabeza yo mismo con mis manos se la cortaría Chandler. No era un legado sino una maldición lo que padre me dejó. Se red de prostitución y vicio dedicada a fraguar lazos con la gente influyente ha sido un enorme peso que he sostenido durante años y lo sabes. Al menos conseguí erradicar todo lo ilegal de esos locales convirtiéndolos en centros de libertinaje sin más.

—Eres un desagradecido, pagarás por haber realizado esa operación.

—Chandler entreveo un una ligera amenaza en tu voz —. bisbiseo conteniendo la ira que calienta mis venas.

—Tomate lo como quieras—. finaliza colgando la llamada.

Lo esperaba, esa llamada. Dubais a pesar de que ha estado a mi lado durante años era la mano derecha de mi progenitor. Por lo que muchas de las cosas que esté hizo aunque fuesen atroces, Chandler lo acompañó como su amigo que era. Conduzco sin rumbo determinado, necesito aire, libertad para poder sosegar mi alma.

La imagen de Ayleen sonriendo caldea mi alma y sonrió. A pesar de que no estoy dispuesto a etiquetar lo que siento por mi escocesa hay algo que tengo claro. La quiero a mi lado y nada ni nadie va a poder impedirlo, ni si quiera ella.

Capítulo 16

Ayleen McLeod

Agradezco ser una mujer previsoras ahora mismo ya he podido cambiarme de ropa, tener una muda para imprevisto ha sido una buena idea.

He recogido mi pelo en un moño despeinado y puesto un poco de color artificial en mis mejillas. Lo necesitaba después de la conversación que he mantenido con Dana.

Sin embargo, para mi desgracia el sentimiento de desasosiego no desaparece en mi alma. Siento como si caminas por una cuerda suspendida en el vacío y cualquier paso en falso sería una caída fatal.

Necesito ordenar mi cabeza, decidir que tengo que hacer. Porque muy a mi pesar mi cuñada tiene demasiada razón. Ha llegado la hora de que mi secreto deje de serlo.

En el fondo sé que Adrián tiene derecho a saber que tiene un hijo. Pero la idea de confesar me aterra.

Necesito café decidida salgo de mi despacho y voy a la sala de descanso que se encuentra en la misma planta. Como no, allí para frente a la cafetera esta mi asistente. Removiendo con. Despreocupación la cucharilla del café

—No sé porque siempre te encuentro en el mismo lugar —. regaño.

Jeremy sonríe, no si quiera intenta disimular su descaro habitual se despliega sin titubeo.

—Buenos días jefa, para ti también No tienes buena cara. Lo cual me sorprende después de una noche caliente con ese pedazo de macho Alfa que te ronda —. provoca guiñando uno de sus ojos.

—Jeremy siento decirte que no tendrás ningún detalle de mis actividades nocturnas

—Ayleen eres mala, demasiado. La curiosidad me está matando.

—Va, no seas dramático —. contestó sacando el café de la máquina.

Hablar con Jeremy siempre me viene bien con sus pullas y sus salidas de tono hace que deje de pensar en mis preocupaciones por un momento.

La conversación distendida con Jeremy ayuda a ahuyentar mis demonios personales, así permanecemos un rato en la sala del café riendo. Hasta que la cara de mi asistente se vuelve un mapa fijando sus ojos en la puerta, se apresura a tirar el vaso de papel vacío a la papelera. y desaparece apresurado.

—Nos vemos luego, jefa.

Cuando mis ojos vuelan hacia la entrada puedo ver la imponente figura de mi hermano en la misma mirándome, para mi sorpresa sus ojos no llamean de ira al contrario están repletos de preocupación e incertidumbre dejándome demasiado desconcertada. Se acerca con paso lento a mí ante mi propia expectación.

—Ayleen.

—Brodick, si vienes a echarme todos tus reproches encima, no estoy de humor —.me apresuro a contestar haciendo el intento de largarme y dejarlo allí parado.

—Ayleen, no es eso. Han llamado del colegio de Aidan —. comienza y su voz titubea, lo que me hace preocuparme.

—¿Qué sucede? —interrogo, aunque mi voz sale en forma de grito sin poder evitarlo.

—El director del colegio informa que Aidan ha desaparecido —. contesta mi hermano todo lo solemne que es capaz porque por su mirada puedo ver que está tan preocupado como yo.

Casi me caigo aunque Brodick está ahí para sujetarme, porque mis piernas no lo hacen. Mi cabeza empieza a dar vueltas sin control y una opresión en la caja torácica está cortando mi flujo de aire.

—Dios mío no puede ser —. logro exclamar y muerdo mi labio inferior intentando reprimir la lágrimas, pero no lo consigo. Rompo en un llanto desesperado y Brodick se limita a estrecharme entre sus brazos, actuado como mi roca. Esa que está a mi lado para que no me caiga.

—Ayleen, no puedo decirte que te tranquilices, pero sí que te calmes, para poder averiguar qué es lo que le ha pasado a Aidan. En el colegio no están seguros de que el niño se haya marchado por voluntad propia o no —. explica mi hermano.

—Imposible mi niño nunca haría eso —. expreso.

—Bueno tranquila, vamos al centro y allí podremos averiguar algo más.

Dana nos acompaña y los tres salimos de las oficinas de la destilería Fraser&Macleod en el coche de Brodick camino al internado de Aidan.

Durante todo el trayecto froto mis manos una con la otra intentando reprimir los nervios para no entrar en un ataque de pánico, mi cuñada intenta sosegar me con sus palabras de ánimo.

Pero en mi mente solo hay una fijación y es poder encontrar a Aidan sano y salvo. Mi niño solo tiene cinco años, por lo que imaginarlo solo ante el mundo provoca un terror intenso en mi alma.

Cuando llegamos, nos recibe el señor Perweeck director del centro, lo conozco desde hace años, su cara mortecina y sus ojos desprovistos de chispa, no auguran nada bueno.

—Bienvenidos, siento mucho en las circunstancias en las que nos encontramos —. empieza de forma educada hecho que crispa mucho más mis nervios.

—Hable de una vez —. gruño pero mi hermano posa una de sus manos en mi hombro para pedirme clama sin palabras.

—Señora Macleod, Aidan desapareció anoche, por lo que hemos podido averiguar, aún estamos determinando si el niño se ha escapado o alguien pudo llevárselo. Aunque nuestra seguridad es extrema, pero no podemos descartar opciones. La policía está en camino para inspeccionar el centro —. informa.

—Es imposible que un niño de cinco años se escape, según usted la seguridad es extrema no entiendo cómo ha pasado esto. De veras que estoy al borde de la desesperación y no lanza nada de luz a mis elucubraciones señor Perweeck —. reprocho fuera de mí.

—No sabe cuánto lo siento —. Se limita a disculparse, pero para mí no es suficiente yo lo que quiero es abrazar a mi niño por lo que sin aviso previo me derrumbo rota de dolor cayendo de rodillas en el suelo sin que Brodick pueda sujetarme.

—Ayleen —. grita Brodick y Dana ambos preocupados.

Aquellos momentos pasan por mi mente como si estuviese viendo una película, para mí de terror, la policía llega y hablan tanto con el Señor Perweeck como con Brodick ya que yo no me encuentro en el estado adecuado, estoy completamente ida por el dolor, ni siquiera puedo pensar. Tan solo llorar y recordar una y otra vez la imagen de Aidan riendo y corriendo mientras yo lo observo en el jardín de mi hogar.

No podía ser mi pequeño, mi niño adorado estaba perdido o secuestrado a saber y mi corazón gritaba de dolor.

Cuanto necesitaba Adrién ahora mismo, segundos después de que ese pensamiento atravesara mi mente como un rayo las lágrimas silenciosas volvieron a rodar por mis mejillas.

—Nos vamos —. proclama Brodick.

Palabras que me arrancan de mi ensimismamiento, de mi limbo personalizado.

—No me muevo de aquí hasta que aparezca mi niño —. grito como si lo que propusiera Brodick fuera una loca.

—Ayleen por favor nada podemos hacer aquí. Debemos regresar a Eilean Donan por si realmente es un secuestro espera que llamen los culpables solicitando rescate—. explica Brodick inclinándose hacia mi brindándome una mirada cargada de entendimiento y dulzura.

Sus palabras no logran convencerme del todo pero aun así los acompaño y juntos regresamos al hogar, al atravesar las puertas del castillo, encuentro a mi padre esperando con la cara bañada en preocupación.

A pesar de que lo intento no logro no derrumbarme a sus pies, corro hacia él y me dejo abrazar por sus cansados brazos. Un llanto desesperado se desata en mí y lloro, de forma desconsolada como cuando era una niña en los brazos de mi padre.

—Ayleen...—. susurra mi padre en mi oído.

—Papá, mi pequeño...—. Consigo decir con voz estrangulada.

—Tranquila mi vida, confiamos en que lo encontrarán.

Adrién Legrand

Al llegar a la oficina para recoger a Ayleen la chica de recepción me indica que la Señorita Macleod no se encuentra. El enfado hace mella en mí, porque estoy demasiado cansado de que mi escocesa no pare de huir, por lo que creo que debo cambiar mi estrategia para que dé una vez por todas acepte lo que hay entre nosotros. Con los puños apretado tomo rumbo de nuevo al ascensor mientras saco mi teléfono móvil para llamarla.

—Perdone...

La voz masculina tras de mí hace que me gire con el ceño fruncido.

—¿Es a mí? —. pregunto arqueando una de mis cejas ante el asistente de Ayleen.

—Si. Verás, Ayleen ha tenido un problema familiar por eso no está. Todos los miembros de la familia han salido apresurados—. explica.

—Gracias por la información—. Agradezco ante la sonrisa bobalicona del joven.

Con rapidez tomo el ascensor mientras marco el número de Ayleen, da varios tonos hasta que salta el buzón de voz.

Por lo que con decisión decido presentarme en su casa, sin más dilación.

Durante años mi hermana paso los periodos vacacionales en Eilean Donan, por lo que no es una sorpresa el lugar donde vive mi escocesa. Una punzada de preocupación asedia mi corazón al recordar la información que me ha facilitado sus asistente. Espero que el problema familiar no se anda grave.

Conduzco rápido por la carretera ansioso por llegar cuando entra una llamada en mi móvil, descuelgo con el manos libres.

—Si.

—Hermano, soy Marinet.

—Bueno esto sí que es una sorpresa, ya se te ha pasado el enfado —. comento divertido. Conozco demasiado bien a mi hermana para saber que sus enfados conmigo no pueden durar demasiado. Así es Marinet, para nada

rencorosa.

—Déjate de chorradas. ¿Estas con Ayleen? —pregunta.

—Ahora me dirijo a su casa, ¿Por qué? —. comunico.

—Por nada, solo quería saber si está bien.

El tono extraño que utiliza mi hermana provoca mis sospechas.

—¿Ya arreglaste las cosas con tu amiga? —. pregunto.

—No, pero en breve pienso arreglarlo —. confiesa — cuídala hasta entonces.

—Marinet Legrand, sabes algo que yo deba saber—. increpo con sospecha.

—De momento no, hermano. Nos vemos—. finaliza colgando sin más.

Por los clavos de Cristo, Marinet no puede engañarme, sé que está sucediendo algo y no voy a parar hasta averiguarlo piso el pedal del acelerador sin apenas darme cuenta dominado por la ansiedad y la ira.

Capítulo 17

Adrién Legrand

Al llegar a Eilean Donan, la verja se abre después de haberme identificado mediante el videoportero y avanzo por el angosto camino que lleva a la puerta principal. Aparco en el parking y salgo. No sin antes deleitarme en la belleza del lugar, rodeado por su paisaje verde, el castillo no tiene mucho que envidiarle a mi hogar, tan solo los jardines de Cheverny.

Al acercarme a la puerta de entrada esta se abre sin esperar a que llame o me anuncien, un mayordomo de edad avanzada indica con un gesto de su mano que pase y obedezco. El silencio sepulcral inunda la sala a la cual me acompaña el empleado y hago mi entrada expectante, con la intención de encontrarme a Ayleen, pero no es así.

Frente a mí se encuentra Brodick Macleod el hermano de Ayleen, sostiene entre sus dedos un vaso de Whisky.

Soy consciente de la evaluación a la que estoy siendo sometido por parte de Macleod, sus ávidos ojos están clavados en mí mientras los cubitos tintinean en el vaso que sujeta. Comprendo su actitud pues yo misma la he ejercido con mi hermana, por eso está lejos de molestarme.

—Quieres un Wisky Legrand pregunta Macleod sin dejar de observarme

—No gracias—contesto—tan sólo he venido a ver Ayleen insisto.

—Bajará en un minuto ya le he avisado de tu visita, pero me gustaría hacerte una pregunta de rigor antes de que esté presente mi hermana—. informa con claridad.

En el fondo me gusta esa actitud directa, siempre he admirado ir al grano en un hombre. Tanto en los negocios como en la actitud frente a la vida. Y reconozco que Brodick Macleod tiene esa virtud.

—Tu dirás

—¿Qué relación tienes con ella?

Brodick no se anda por las ramas, yo tampoco lo hubiera hecho si estuviese en su lugar y eso me gustaba. Aunque no era dado a dar explicaciones de mis intimidades a nadie, pero reconozco que esa simple y llana pregunta está obligado a contestar.

—Estamos juntos.

Mi respuesta demasiado escueto no le convence pues su rostro lo delata. Con los años he aprendido a leer a la gente, en los negocios ha sido primordial hacerlo y en la vida también.

—Legrand, espero que no estes jugando—. Sus palabras esconden una amenaza velada.

—No es un juego. Pero tampoco puedo asegurarte que funcione. Tan solo puedo decir aunque no te tranquilice. Que no puedo mantenerme alejado de ella por lo que ansío que sea mi compañera de vida —. explico sin más.

Mantuvo sus ojos clavados en mí durante unos minutos evaluando con fijación, cualquiera de mis gestos. Yo no aparté la mirada, no soy de esos por el contrario acepto cualquier reto y los ojos de Brodick me retaban a mantenerme firme. El ligero ruido al abrirse la puerta de la sala donde nos encontramos, insta que mi cuerpo se gire rompiendo el contacto visual para ver cómo hace su entrada en la habitación, mi escocesa.

Mis ojos se abren de par en par al ver a Ayleen, su cara es un mapa, unos semi círculos oscuros se dibujan en la parte baja de sus ojos los mismo están enrojecidos y una enorme tristeza los inunda. Su mirada normalmente brillante ahora mismo está desprovista de cualquier luz.

—Jolie —. murmuro sin apartar mis ojos de ella.

Avanza hacia mí sin fuerza como si las piernas le pesaban y le costaba andar, lo cual logra sorprenderme aún más. Sin pensarlo más en dos zancadas la tengo entre mis brazos estrechando su cuerpo contra mi pecho.

Su respiración entrecortada se entremezcla con un llanto ininterrumpido y guardó silencio. Nunca le he visto así, debe haber pasado algo grave.

—Os dejo. Ayleen si necesitas algo llámame —. comenta Brodick abandonando la estancia con mirada preocupada.

En silencio dejo que Ayleen se desahogue llorando con desespero sin apartar su cara enterrada en mi pecho. La impotencia va creciendo en mi alma, el ansia de borrar cada resto de esas lágrimas derramadas aumentaba. Una opresión en mi pectoral amenazaba con desatar toda mi ira hacia quien estaba provocando ese dolor en mi bella escocesa.

No sé cuánto rato pasó hasta que Ayleen recupera un poco la compostura y el llanto cesa, sus ojos verdes se alzan escrutando con una sombra en ellos que no logré identificar.

—Jolie, ¿Qué es lo que ha pasado? —. pregunto con preocupación.

Ayleen traga con dificultad, noto como su rostro se contrae ante la dificultad.

—Adrién, me lo han quitado. —. Al acabar de pronunciar esas palabras casi se desmaya en mis brazos y las lágrimas vuelven a rodar por sus mejillas. Decido acompañarla a un pequeño sillón que hay cerca nuestro para que

pueda sentarse. Así será más fácil intentar calmarla para averiguar de una vez por todas qué cojones está sucediendo. La ayudo a sentarse y poco a poco el llanto vuelve a parar.

—Ayleen, por favor. Intenta explicarme, ¿qué es lo que ha pasado? —insisto con cariño.

—Adrién, mi niño ha desaparecido.

En el momento en el que esas palabras salen de su boca con su rostro roto de dolor es como si alguien me asestara un golpe imaginario en mi pecho.

Mi mente intenta procesar lo que Ayleen acaba de decir.

“Mi niño”

—Ayleen, ¿Tienes un hijo? —. pregunto con todo el tacto de lo que soy capaz.

Se limita a asentir con la cabeza. Paso mis manos por mi pelo en un acto desesperado por sosegarme. Esto sí que es algo que no esperara. Nunca sospeche que Ayleen Macleod fuese madre.

—Y ha desaparecido, dices. ¿Cuándo?

—Aidan estudia en internado cerca de Glasgow. Nos han llamado informando que desde anoche el niño no está. La policía esta investigado. Dios mío Adrién es demasiado pequeño para vagar solo por el mundo —. exclama con demasiado dolor.

—Está bien, Ayleen. Cálmate, vamos a esperar a ver si la policía nos da noticias.

Miles de preguntas rondan mi mente, ¿Quién es el padre?, ¿Cuándo sucedió?, pero soy consciente de que no es el momento adecuado para formularlas.

Una vez más consigo dejar a un lado toda la incertidumbre y consolar a la mujer que tengo frente a mí.

—Ayleen debes mantener la esperanza las 24 primeras horas son primordiales. Ya sé que es fácil decirlo pero debes ser fuerte. Indico acariciando con cariño su mejilla.

—Lo sé. Deberíamos salir al salón, deben estar preocupados también. Propone refiriéndose a su familia.

Juntos abandonamos la sala y salimos al amplio pasillo atravesando lo hasta llegar al salón principal, majestuoso con diversos tapices ancestrales de guerras pasadas vistiendo sus gruesas paredes.

En el mismo se encuentran Brodick junto a una mujer morena y al fondo en una silla un hombre mayos, con cabello blanco pero largo sujeto a su nuca con una cinta de cuero negro. Las arrugas surcan su rostro y sus ojos claros denotan miles de vivencias.

—Buenas, me gustaría presentaros formalmente—. comienza Ayleen ante la mirada atenta de todos.

EL hombre de avanzada edad se levanta y camina hacia nosotros con parsimonia sin apartar sus ojos de mí.

—Padre, este es Adrién Legrand, un a...

—Su pareja. —. La interrumpo más brusco de lo que haría querido, pero es que la ira vuelve a formar un nudo en mi estómago, al entrever que tan solo pretendía presentarse como un amigo.

Ayleen consigue sacar mi lado más salvaje pero también mi inmensa furia opto por apaciguarme mientras estrecho la mano del progenitor.

—Es un placer conocerlo, soy Alexandre el jefe del clan.

Su solemne presentación logra sorprenderme, cualquiera diría que aún vivimos en el siglo XV, quizás para Alexander Macleod sea así.

Capítulo 18

Ayleen Macleod.

A regañadientes Dana me ha obligado a retirarme justo después de que Adrién se fuera. Las emociones y la preocupación tienen mis nervios de punta, tan solo puedo pensar en mi pequeño. Cuando he visto Adrién en mi casa no he podido evitar derrumbarme, e incluso he reprimido las ansias de gritarle que nuestro hijo había desaparecido. Pero sé que no era el momento que suficiente tenía de enterarse que soy madre. A pesar de que su reacción ha sido buena en una milésima de segundo he podido ver la contrariedad en sus ojos sin embargo es un maestro enmascarado emociones. Acercó la taza a mis labios, mi cuñada, como no ha pensado que me vendría bien una infusión relajante y voy a hacerle caso porque creo que no seré capaz de dormir.

La opresión en mi pecho no deja que respire con normalidad y las ganas de llorar no me abandonan.

El sonido de un mensaje llegando a mi móvil, me saca de mis pensamientos lo cojo y miro de quien se trata.

” Jolie intenta descansar, haremos todo lo que esté en nuestras manos para localizar a tu hijo”

Una lágrima solitaria resbala por mi mejilla al leer el mensaje de Adrién.

Dios mío cuando sepa que no es mi hijo que también es de él todas estas atenciones se convertirán en odio y desprecio.

A punto estoy de dejar el móvil sobre la cama para llorar hasta que no me quedan lágrimas, porque no puedo hacer otra cosa. La desaparición de Aidan es lo peor que podía pasarme pero no olvidé este secreto que he guardado durante años a Adrién. Lo que hace seis años consideré que era lo mejor hoy por hoy no lo tengo tan claro.

Vuelvo a mirar el móvil para comprobar el otro mensaje recibido y mis ojos casi se salen de mis orbitas cuando leo:

Si quieres recuperar a tu hijo con vida, mañana a las 10.00 horas, te espero en el Hospital Gartloch. Ven solo o morirás y no se lo expliques a nadie si lo haces lo sabe.

El mensaje es de un número oculto, ni siquiera da opción a contestar, el móvil resbala de mis dedos tembloroso y cae sobre la mullida colcha de la cama. A minuto me desplomé de rodillas con los ojos abiertos de par en par.

Saqué fuerzas de donde no las tenía y conseguí levantarme. Decidí que el mero hecho de que los secuestradores hubieran dado señales de vida, le daba aunque fuera una posibilidad a Aidan de sobrevivir. No importaba lo que me pidieran les daría mi vida si la exigían con tal de salvar a mi pequeño de sus garras.

Me obligué a dormir, necesitaba reunir fuerzas para el día siguiente y encontrar la manera de salir de mi casa sin que nadie sospechara ni me siguiera.

Cierro los ojos y confío mi mente a los brazos de Morfeo, la infusión que había medio ingerido hizo el resto.

Capítulo 19

Ayleen Macleod

Consigo despertarme con los primeros rayos de sol, durante la noche ya he tramado el cómo salir de mi casa sin que nadie se extrañe, por eso el madrugar es primordial. Me visto con ropa de deporte, mallas sudadera y deportivas. Guardo el móvil en uno de los bolsillos interiores que llevan las mallas y bajo al hall.

El Servicio está concentrado en sus tareas matutinas por lo que pasó desapercibida. Al llegar a la puerta.

—Buenos días Señorita.

Al girarme allí está el fiel Andrews mirándome con su rostro inexpresivo, pero a la espera de que hable.

—Buenos días, voy a correr un rato, volveré en un par de horas—. dije marchándome.

En la puerta me esperaba un taxi, era la mejor opción o puedo coger ninguno de los coches familiares porque si no mi hermano se daría cuenta que no he ido a correr.

Necesito que todo salga bien para poder recuperar a mi hijo, por lo que haré cualquier cosa.

Le facilito al conductor la dirección donde debe llevarme y me acomodo en el asiento trasero del vehículo. Intento reprimir el ligero temblor de mis manos, necesito hacer acopio de toda la calma que quede en mi interior porque no sé exactamente lo que voy a encontrarme cuando llegue. Por el bien de mi hijo y mío debo estar tranquila.

Adrián Legrand.

He pasado una noche del demonio, al parecer el sueño no ha querido acompañarme, por lo que he pasado toda la noche en vela. Pensando en Ayleen, en el secuestro de su hijo.

¡Dios, su hijo! Qué raro suena que mi escocesa tenga un hijo del que no he sabido nada en años. Ni siquiera estoy seguro de la edad que tiene. En el fondo siento impotencia y una acceso de posesión que se revela en mi interior. Años resistiéndome a esta imperiosa necesidad que tengo por ella, para nada. Porque al fin sé que nada de lo que haga matara mi deseo por ella. Sin embargo siento algo más que en este momento no quiero pararme a analizar. Decido ducharme y vestirme a pesar de que es demasiado temprano para presentarme en casa de Ayleen, pero la impaciencia gana el pulso con el sentido común.

Quizás podría bajar a desayunar para hacer tiempo, no era plan presentarme a las ocho de la mañana en el castillo Eilean Donan. Cierro la puerta de la habitación tras de mi sin embargo en el mismo momento suena mi móvil

—Buenos días.

—Hola hermano, puedes venir a buscarme estoy en el aeropuerto.

— ¿En escocia? —. pregunto extrañado.

—Si, no pensarías que iba a dejar a mi amiga pasar por esto sola.

Sonríó ante las palabras de Marinnet, a pesar de estar enfadada, nunca sería tan insensible.

—Lo sé. Voy para allá —. digo colgando.

La presencia de Marinnet estoy seguro que ayudará a Ayleen. Ella y mi hermana se conocen demasiado bien y siempre han estado juntas a pesar de mis restricciones. Bueno al final haré tiempo hasta poder ver a Ayleen, del aeropuerto iremos directos.

Mi teléfono vuelve a sonar justo en el momento que el que me meto en el coche, es el sonido de un mensaje por lo que considero que puede esperar y no lo miro.

Marinnet salió disparada de la zona por la puerta de desembarque, trolley en mano, con paso apresurado.

—Adrián—. saludo al mismo tiempo que besaba una de mis mejillas.

—Bienvenida hermana —. contesto.

—Vamos Ayleen debe estar rota.—. exclama apresurada.

—La verdad sí. Al parecer veo que estas informada de todo lo que ha pasado.—apunto enarcando una de mis cejas.

—Dana Fraser se encargada de llamarme. Te olvidas que prácticamente soy de la familia Macleod, lástima que mi querida Ayleen no pueda decir lo mismo. O te has olvidado que la vetaste durante años —. recrimina con intención.

—Touche hermana. Por lo que asumo que siempre has sabido que tiene un hijo —. informo mientras le abro la puerta del coche para que entre en la zona del copiloto.

—Bueno, esa es una de las razones por las cuales me enfadé con ella. Nunca mencionó que tuviera un hijo y me ocultó su relación con mi hermano. Ambos los hicisteis. — Las palabras de Marinnet son dardos envenenados disparando justo en el blanco.

—Es una larga historia, lo nuestro, me refiero. Pero yo desconocía que Ayleen fuera madre, tenía la esperanza que tu estuvieras más informada y pudieras decirme quien es el padre —. comento con sinceridad sin apartar la mirada de la carretera.

—¿Por qué no se lo has preguntado? Si tanto te interesa —. suelta mi hermana.

—No es el momento, ahora mismo está pasando por unos momentos demasiado duros. No soy tan insensible como piensas —. aclaro molesto. Odio cuando Marinette piensa siempre lo peor de mí.

—Bueno parece que el insensible, recto, retrogrado y autoritario Adrián Legrand ha encontrado su talón de Aquiles. ¡Quién lo hubiera dicho! —expone soltando una carcajada que no me hace ni chispa de gracia.

Ayleen Macleod

El taxista para el vehículo justo delante del *Hospital Gartloch*, está ubicado en Gartcosh en Glasgow. Le entrego el importe del viaje y salgo del coche. Ante mí, el abandonado *Hospital Gartloch*, un edificio de estilo renacentista francesa se inauguró en 1896 y se cerró en 1996. Recuerdo miles de historias de este abandonado hospital de enfermos mentales. Mis primos, los Campbell siempre nos explicaban historias de fantasmas sobre este tétrico lugar. No dudo que en su época de esplendor fuese un lugar admirable, pero hoy por hoy resultaba demasiado lúgubre. Un escalofrío recorre mi columna vertebral ante tal sombría imagen. Hago acopio de el valor del cual soy capaz y camino en dirección a la entrada principal.

Si mi hermano o Adrián superan que he venido a este lugar, sola sin avisar a nadie, exponiendo mi seguridad al máximo pondrían el grito en el cielo. Pero no tengo otro remedio porque está en juego la vida de mi hijo. Avanzo por lo que en otra época seguro fue un camino bien delimitado mientras que ahora mismo luce lleno de hierbajos y arbustos que se han adueñado de lugar sin compasión.

—Quieta.

Esa orden llega mis oídos y mi cuerpo reacción de inmediato deteniéndose. Alzo mi mirado y justo en la entrada del edificio abandonado distingo la silueta de un hombre todo vestido de negro ocultando su cara tras un pasamontañas. Su voz suena demasiado aguda, más parecida a la de un robot que a la de un humano. Por lo que llego a la conclusión que está utilizando un distorsionador de voz.

—¿Vienes sola? —. interroga.

Lo único de lo que soy capaz es de asentir con la cabeza sin apartar mis ojos de él, hace una leve señal con el arma que sujeta en una de sus manos, para que avance.

Y obedezco.

En el momento en el que llego a sus lado se coloca detrás mío y clava el cañón de su pistola en mi espalda instándome a caminar. Nos introducciones de lleno dentro de inhóspito lugar, el hedor a orina y dios sabe que más, inunda mi nariz desatando un principio de arcada en la boca de mi estómago, que retengo tapándome la nariz con una de mis manos. Atravesamos un pasillo demasiado angosto y oscuro, donde apenas se distingue nada, con cuidado voy esquivando residuos y piedras que hay en el suelo por donde estoy pisando. El cañón del arma presiona mi espalda y no sé muy bien si quiere que me pare o continúe.

—A la izquierda —. indica la voz robótica.

Asiento de nuevo y giro hacia mi izquierda donde nos metemos de lleno una sala que al parecer está bastante entera en medido de la misma hay dos sillas de madera y en una veo la figura de un niño uniformado del colegio al igual que mi hijo, con una venda en los ojos y una mordaza en la boza. Sin pensar me abalanza hacia adelante dominada por la alegría de comprobar que mi pequeño esta con vida y polo que parece ileso.

—Quieta o disparo.

Escucho la voz y muy a mi pesar me detengo, con los nervios a flor de piel. Sin embargo debo aplicar le sentido común este tipo es peligrosos, ha secuestrado a mi hijo y además tiene un arma. He venido a salvar a mi hijo no ha conseguir que nos maten a ambos.

—Está bien, tranquilo —. Elijo las palabras adecuadas con intención de transmitir una clama que no siento.

—No te acerques al niño.

—Está bien, haré lo que me pidas —. contesto de forma sumisa.

A pesar de que la preocupación embarga mi corazón, Aidan no se mueve debe esta inconsciente, quizás lo han drogado. Barro el lugar de manera disimulada, para no llamar la atención del tipo que está apuntándome con la pistola en este momento.

No hay indicios de más secuestradores, lo que es raro, pero al parecer en este maldito lugar solo está el tipejo de voz robótica. De repente veo como se aproxima a donde me encuentro, mi estomago se encoge. Parado frente a mí con el caño del arma acaricia le contorno de mi cara y siento saco. En sus ojos veo la lascivia y bajo el pasamontañas se dibuja una sonrisa malvada que se insinúan aunque la puedo ver con claridad.

—Veo que nos vamos a llevar bien—declara—Me pone mucho la sumisión.

Su voz a pesar del distorsionador suena sugerente, lo que desata toda mi repulsión y por primera vez no puedo evitar apartarme dando un paso atrás. Pero el avanza rápido y agarra uno de mis brazos además de clavarme el cañón del a pistola en las costilla, lo que arranca un aullido de dolor.

—Te he dicho que debes ser sumisa, no te he dado permiso para apartarte —. regaña enfadado.

—¿Qué es lo que quiere? Por favor dejemos libres —. suplico desesperada.

No contesta sino que me arrastra a lado de mi hijo en una silla que hay vacía y obliga que me siente. Coge una cuerda y ata mis tobillos a las patas de las silla y las manos detrás inmovilizándome.

Capítulo 20

Adrién Legrand.

Son las diez en punto cuando atravieso la verja del castillo Eilean Donan, con mi hermana a mi lado por supuesto. Ambos salidos del coche y nos dirigimos a la entrada, la puerta nos la abre el mayordomo. Creo que ayer escuche que su nombre era Andrew pero como no estoy seguro prefiero darles las gracias sin mencionas su nombre.

En cambio mi hermana lo saluda o incluso con un abrazo, como si fuese uno más de la familia, el hombre apático y poco expresivo tan solo se limita a decir:

—Me alegra verla, Señorita Legrand.

Una vez dentro de la casa, Andrew nos acompaña al salón principal donde de nuevo están los familiares reunidos alrededor de la gran mesa de madera, sus caras de preocupación consiguen inquietarme más de lo que ya estoy, ojeo a todos y no hay ni rastro de Ayleen.

Dana corre hacia mi hermana en cuanto la ve y ambas se funden en un cariñoso abrazo.

—Buenos días—. saludo.

—Que alegría que estes aquí Marinnet —. exclama Dana pero en su voz se nota la inmensa tristeza que alberga.

—¿Dónde está Ayleen? —. pregunta Marinnet.

Los ojos de todos se clavan en mi hermana y un silencio sepulcral se instala en el salón.

—Eso quisiéramos saber nosotros —. Habla al fin Brodick paseando de un lado al otro demasiado nervioso— Andrew ha explicado que salió muy temprano vestida de deporte como si fuese a hacer ejercicio. Pero mirad horas que son y no ha vuelto. Además su teléfono salta el buzón—explica.

Un opresión en mi pecho me sorprende ante las palabras de Brodick. Ayleen nunca saldría a hacer deporte en la situación en la que esta, con la enorme preocupación que tiene por su hijo. Aquí hay algo más.

—Ayleen nunca saldría de forma despreocupada a correr sin saber nada de Aidan. ¿Ha habido noticias? — expresa mi hermana.

Dana se limita mover la cabeza en forma de negación.

Sin dudar mucho más saco el teléfono móvil del bolsillo de mi chaqueta y entonces veo que tengo varios mensajes sin abrir. Lo que más me extraña es que son de Gabrielle. Decido apartarme un poco para poder leerlos y después hacer alguna llamada para intentar averiguar el paradero de Ayleen.

Adrién por favor necesito hablar contigo, llámame cuando puedas

El primer mensaje de Gabrielle no me sorprende porque sé que aún no asume que no vamos a volver.

Ángelo se ha vuelto loco cegado por los celos. Por favor llámame.

Segundo mensaje crea cierta inquietud en mí al nombra al idito del amigo de Phillip, además de que haya sido novio de Ayleen hace que crezca la desconfianza en mí.

Aparto por un momento ciertos pensamientos de mi cabeza y hago la llamada que estaba dispuesto a hacer.

—Vigo, buenos días, siento despertarte.

—Adrién cuanto tiempo amigo. ¿En qué puedo ayudarte?

Vigo Illois vive en Canadá y según la diferencia horaria allí es de noche a pesar de que mi amigo es un hombre que duerme poco. Estudiamos juntos pero Vigo siempre fue un poco ermitaño por eso hoy por hoy se dedica a la informática bueno más bien a hackear sistemas informáticos gubernamentales para reivindicar sus ideales.

—Necesito que rastres un teléfono móvil, una amiga ha desaparecido y necesito encontrarla —. explico intento demostrar calma peor no lo logro.

—El gran Adrién Legrand corriendo tras una mujer eso sí que es digno del libro Guinness —. bromea.

—Bueno si pero esta mujer lo merece, por favor necesito tu ayuda.

—Okay, dame unos segundos, mándame como contacto el numero —. Pide mientras de fondo oigo el sonido de teclear en el ordenador.

Sin colgar la llamado accedo a mi lista de contactos y envío el numero a Vigo.

—Compañero te llamo enseguida que tenga algo—. dice colgando.

Tengo muchas expectativas en mi amigo porque es uno de los mejores Hackers del mundo así que tomo aire para infundirme calma y vuelvo a mirar la pantalla del móvil al momento que entra un mensaje. Vuelve a ser Gabrielle.

Estoy llegando a Escocia.

Como no podía ser, que cojones hacia mi ex aquí. Esto sí que se pasaba de castaño oscuro. Gabriel debía acepta que nunca más estaríamos juntos. Resoplo cabreado sin darme cuenta que mi hermana se ha acercado.

—¿Qué sucede Adrién? —pregunta extrañada.

—Vigo está intentando localizar a Ayleen hackeando su móvil para darnos una ubicación. Debemos esperar—. explico omitiendo el tema de Gabrielle.

—Confiemos entonces —. sugiere mi hermana brindándome una mirada llena de cariño que estruja mi corazón.

Mi pequeña princesse se hace mayor, poco queda de la jovencita implosiva a la que llevo años controlado. Pero Marinét está madurando, lo puedo ver en este mismo instante y eso hace que me sienta orgulloso.

Avanzamos de nuevo donde se encuentra el resto de la familia de Ayleen. Veo como Brodick sigue como un animal enjaulado dando paseos de un sitio al otro, pasando sus manos por su pelo negro tan parecido al de Ayleen.

Ayleen, la imagen de mi adorable escocesa emerge de mi mente, y noto como mi garganta se cierra y al aire le pasar hasta mis pulmones. Tengo que intentar no pensar, necesito frialdad y sangre fría, debo encontrarla.

El tono de llamada de mi móvil retumba en la sala y me apresuro a cogerlo con impaciencia, pensando que Vigo ya tiene noticias.

—Adrién...

Mi expectación cae empicada ante la voz de Gabrielle. No tengo ningunos deseos de hablar con ella. Vuelvo a alejarme para que no me escuchen ante las miradas curiosas de todos.

—¿Qué quieres Gabrielle? —. exijo de malas formas.

—Adrién solo quiero ayudarte, no creo que debes molestarte. Llevo intentando localizarle un día entero —. explica molesta—¿No has visto mis mensajes?

—Si, pero no tengo tiempo para tus tonterías. Estoy demasiado ocupado —. indico con impaciencia.

—Adrién... no son tonterías de verdad que haces que me arrepienta de intentar ayudarte. Es sobre Ayleen...

Al nombrar a mi escocesa mis ojos se entornan desconfiados y la ira fluye por mis venas.

—Gabrielle no juegues, ¿A que cojones te refieres? ¿Qué sabes sobre Ayleen? —gruño con exigencia aunque lo que me apetece es gritar pero no quiero alertar al resto de ocupantes de la sala.

—Al parecer se más cosas sobre ella que tú—. Pero lo único que te diré es que Ángelo ha enloquecido, me dijo que jamás permitiría que Ayleen y tu estuvierais juntos. Tú amada tiene un hijo, ¿Lo sabias? —. explica con interés.

—Si lo sé, dime que más te dijo Ángelo. Si descubro que él o tu tenéis algo que ver es la desaparición del niño o Ayleen no habrá lugar donde puedas esconderte —. amenazo fuera de mí.

—Veo que no estas siendo asertivo, por lo que no pienso darte más información sobre Ayleen ni sobre tu hijo —. sentencia colgando.

Cuando mi cerebro logra asumir sus últimas palabras, mi cuerpo queda paralizado. Mi mente empieza a elucubrar. No puede ser. Seguro que Gabrielle da por hecho que el hijo de Ayleen es mío. Pero en está equivocada. Si fuese así, yo lo sabría, Ayleen nunca me hubiera ocultado algo tan importante. No, Gabrielle solo lo dijo para sembrar mis dudas.

—Adrién, ¿Era Vigo, quien te llamó? —. pregunta Marinét sacándome bruscamente de mis elucubraciones.

—No todavía no ha llamado —. confieso como en estado shock porque las palabras de Gabrielle siguen atormentado mi cerebro —. Marinét, ¿Qué edad tiene Aidan?

—Creo que cinco años —. contesta mi hermana, sin embargo su voz titubea y sus ojos demasiado abiertos me miran con temor.

La desconfianza sigue alimentándose en mi interior, la actitud de mi hermana ante esa pregunta no augura nada bueno. Por alguna razón que no alcanzo a entender mi alma está susurrando la verdad, pero mi cabeza se niega a aceptarlo. Porque certificar que el hijo de Ayleen es mío y descubrir que ella lo ha ocultado durante años, sería lo peor que me pudiera pasar. Estoy convencido que nunca podría perdonarle algo así a mi escocesa a pesar de amarla como lo amo.

Aceptar que la amo en aquel preciso momento me pilla desprevenido, porque llevo días sin querer ponerle nombre a esto que siento por ella.

—Dana, ¿Habéis avisado al padre del niño? —.me aventuro a preguntar a la cuñada de Ayleen, ante la mirada de asombro y circunstancia de todos los allí presentes.

Su cara de estupor no hace otra cosa que certificar mis sospechas, mis venas arden de la impotencia y la ira que amenaza con tomar las riendas del momento.

Cuando Dana se dispone a contestar, salvada por la campana, mi móvil vuelve a sonar. Me apresuro a descolgar con ímpetu movido por el enfado que estoy experimentando.

—Si.

—Adrién, colega ya tengo la ubicación del teléfono móvil que me has dado. Té paso la ubicación por whats app.

—Gracias Vigo, no sé cómo podré pagártelo —. agradezco con sinceridad.

—Ya encontrare algo—exclama riendo—. Bueno Adrién espero que encuentres lo que has perdido —. dice.

Al finalizar la llamada todos tienen sus ojos clavados en mí, esperando las noticias.

—Tengo la ubicación —. exclamo.

—Perfecto—contesta Brodick acercándose a mí, dispuesto a que vayamos en busca de Ayleen, se gira hacia su esposa —Dana avisa a la policía, explícale la situación, pero diles que es muy delicada, no sabemos que nos vamos a encontrar. Cuando llegemos te daremos la ubicación para que la informes a la policía.

Juntos salimos fuera del castillo y nos montamos en mi coche, no pregunto, no le doy opción a decidir ir en su vehículo. Necesito controlar la situación porque a pesar del malestar que siento por todo lo acontecido, no pierdo el norte. Lo primero es salvar Ayleen y al niño, luego ya vendrá la hecatombe que sospecho que acontecerá cuando le exija que confiese quien es el padre del pequeño Aidan. Por lo que relego las sospechas y los reproches en el fondo de mi mente y fijo toda mi atención en ponerlos a salvo.

—Me gusta conducir —. suelta Brodick mientras se coloca el cinturón del asiento del copiloto.

—Esta vez no —.me limito a contestar—. Pon la ubicación que marca en mi teléfono—Le indico entregándole mi aparato para que introduzca los datos en el GPS del coche y poner rumbo al lugar dónde según Vigo esta Ayleen.

—No me gustas—. suelta de repente Brodick sorprendiéndome, sin embargo no despego mi mirada de la carretera.

—Tu a mí tampoco —. contesto sin más.

—Bueno al menos nos entendemos —. sentencia Brodick y por el rabillo del ojo veo un asomo de sonrisa.

Capítulo 21

Ayleen Macleod

Nuestro captor ha abandonado la estancia dónde estamos, como no tengo mordaza intento susurrar a Aidan para conseguir que se despierte.

—Aidan, cariño, soy mamá despierta.

Nada el niño sigue con la cabeza gacha sin hacer ningún movimiento, empiezo a preocuparme, quizás lo hayan drogado. Vuelvo a insistir incluso arrastro la silla con mi peso para poder acercarme más a él.

—Cariño, soy mamá.

Nada, ¡Dios mío y si está muerto! Esa idea se cuela en mi mente y casi se para mi corazón, con solo imaginarlo. Para mi sorpresa mi hijo mueve ligeramente la cabeza, saliendo de su letargo, dios mío me va reventar el corazón de palpar tan fuerte.

—Aidan —. murmuro de nuevo.

El leve gruñido que emite a través de la mordaza que tiene en su boca, es como música para mis oídos.

—Tranquilo cariño, estoy aquí a tu lado, debes tener calma, pronto saldremos de aquí —. digo intentado tranquilízalo.

Veo como mi hijo deja de forcejear intentado recuperar la calma y sonrío con tristeza, porque mi niño a pesar de ser demasiado pequeño tiene muchísima fuerza y voluntad.

—¿Qué hacéis? —otra vez esa voz provoca que pegue un respingo a pesar de estar atada en la silla.

—Nada, no estamos haciendo nada, estamos atados que crees que podemos hacer —. gruño de forma impulsiva sin valorar las posibles consecuencias.

Veo como el secuestrado se acerca pistola en mano, directo hacia donde yo estoy y sin previo aviso golpea mi cabeza con la culata de la pistola. Arrancando un aullido de dolor, que poner nervioso a Aidan que se remueve en la silla.

Gracias a dios no puede ver el espectáculo por la venda que cubre sus ojos.

—No estás en posición de ser impertinente, por lo que te aconsejo que sigas actuando como una mujer sumisa y quizás salgas viva de esta situación.

—¿Qué es lo que quieres de nosotros? —. pregunto con voz estrangulada por el intenso dolor de cabeza a causa del golpe.

—Todo a su debido tiempo muñequita, al parecer has cabreado a alguien mucho —. informa riendo.

—¿A quién? —interrogo con curiosidad.

—A su debido tiempo —. contesta y vuelve a desaparecer.

Adrián Legrand

Decido aparcar lejos del Hospital de Gartloch en Glasgow, esa es la ubicación que me ha facilitado Vigo, pero por seguido prefiero dejar el coche a varios metros y acercarnos caminando.

El sitio es demasiado lúgubre y parece abandonado esta casi en ruinas a pesar de que la estructura aún se mantiene en pie.

—Un sitio inhóspito. — comenta Brodick clavando sus ojos verdes en la imagen del edificio.

—Si, la verdad es que parece salido de una película de terror—. expongo.

—Cuando yo era niño este lugar siempre salía en las historias de miedo que explicaban delante de una hoguera. —explica Brodick.

—Bueno esperemos que solo sean historias—. observo mientras avanzamos.

Decidimos avanzar por la parte trasera del edificio no sabemos lo que nos vamos a encontrar y ni si quiera llevamos armas para defendernos. Por lo que acceder por la retaguardia es mejor que por la entrada principal. Rezo porque el elemento sorpresa este de nuestro lado.

Mis ojos no pierden detalle de cualquier movimiento que pueda detectar en el lugar, pero no veo nada. Ningún vehículo en los alrededores ni ruido ninguno. Nos adentramos en el edificio a oscuras porque en la parte inferior las ventanas están tapadas con listones de maderas y clavos, por lo que enciendo la linterna del móvil aunque eso puede delatarnos. Pero es que sin eso es imposible guiarnos. Brodick va delante pisando como puede, pues el suelo está repleto de cascotes y deshechos que dificultan caminar en silencio.

Al oír unas voces agarro el brazo de Brodick y nos agazapamos en lo que en algún tiempo fue una habitación para no ser vistos.

—Esto ya se está alargando mucho o vienes de una puta vez o abandono el barco, joder.

Esa voz...

Mi mente trabaja en ubicar esa voz que escucho porque sé que no es la primera vez que la oigo.

—Te doy treinta minutos para que vengas, ni un minuto más. Así que si quieres matarlos, te mancharas tus preciosas manos.

Joder, estoy seguro que se refiere Ayleen y su hijo. Aún no ubico la voz a quien pertenece.

Al parecer es el único que está en el edificio no vemos indicios de que haya más compinches, bueno con el que habla por teléfono.

Brodick me mira y no hacen falta palabras para comunicarlos. El hombre con pasamontañas está demasiado enfrascado en la conversación telefónica para vernos, así que Macleod lo ataca por la espalda agarrando su cuello con sus fuertes brazos, mientras yo le propino una fuerte patada en el estómago que hace que se doble en dos y aúlla de dolor, el teléfono cae al suelo y me apresuro cogerlo. Pero el compinche ya ha colgado, decido guardar el aparato porque nos puede ser útil para localizar a su socio.

El hombre forcejea para deshacerse de los brazos de Brodick por lo que agarro uno de los escombros del suelo y golpeo su cabeza dejándolo inconsciente.

—¡Joder!, Legrand ya tardabas, un poco más y me parte los brazos—. Se queja Macleod.

—Te he visto bien, por eso he tardado un poco más—. comento con ironía.

Una leve sonrisa se dibuja en el rostro de Macleod.

El hermano de Ayleen es un tipo duro, lo reconozco, en el fondo no me desagrada tanto.

Ayleen Macleod

Estamos de nuevo solos pero no sé lo que tardara en volver el secuestrador, intento mover mis muñecas pero es imposible deshacerme de las ligaduras.

—Aidan, cariño, mama está bien. Confía en mi voy a intentar desatarme —. explico a mi hijo para mantenerlo calmado.

Es imposible desatarme, tampoco puedo sacar el móvil que llevo guardado en el bolsillo interior de las mallas, porque las manos las tengo inmovilizadas. Quizás si me balanceo hacia atrás y al caer, si no me parto la crisma, puede que la silla se rompa y pueda deshacerme de las ataduras.

Empiezo a bambolear mi cuerpo ayudándome con los pies para caer hacia atrás cuando diviso dos sombras en la puerta de la estancia mi estómago se encoje de pánico.

—Ayleen.

La voz de mi hermano hace que las lágrimas salten de mis ojos desatando un llanto desesperado que deja correr todos los miedos y la tensión acumulada. Apenas puedo contestar.

—Brodick, aquí.

En dos zancadas está a mi lado la emoción que embarga mi corazón es infinita, tras el Adrién me observa serio pero aun así la alegría la verlo casi hace que mi corazón se salga de mi pecho.

Brodick decide desatar primero a Aidan le quita la venda al niño y la mordaza y mi hijo llora abrazándose a su tío temblando. Adrién se decide al fin a acercarse y con sumo cuidado desata mis manos, no sin acariciar mis muñecas con suavidad al dejarlas libres. Pero evita mirarme a los ojos y eso me preocupa. A continuación libera mis pies y repite la misma operación masajeando mis tobillos. Una vez libre, no puedo evitar las ganas de abrazarlo y me lanzo a sus brazos, ante su sorpresa inicial, pero segundos después sus brazos me rodean con fuerza. Noto como su nariz se apoya en mi pelo, un largo suspiro sale de su boca. Como si hubiera retenido el aire por largo tiempo.

—Mami.

La vocecilla de mi hijo me saca de mi estado de paz entre los brazos de Adrién y me separo de él, para estrechar a mi pequeño, que se cuelga a mi cuello.

A lo lejos se oyen sirenas de la policía y ambulancia, Brodick se apresura a abandonar la estancia dándonos cierta intimidad, para recibir a la policía y explicarles todo lo sucedido.

—Aidan, ¿Estas bien? —. pregunto mirando a mi hijo con todo el amor que siento.

—Si mami, pero ¿Y tú? Ese señor te pegó —. Se preocupa mi hijo acariciando con su pequeñas manitas mi sien, donde tengo el golpe que el secuestrador me atizó con la pistola.

—Si, cariño mamá está bien no te preocupes —. digo regalándole una sonrisa.

Observo como Aidan desvía su mirada a Adrién, el cual no se pierde ningún momento de la escena. Nos mira con curiosidad y con algo más que no soy capaz de determinar. Una sombra oscura que vislumbro en sus ojos, pero que una vez más el camufla.

—Soy Aidan Macleod—. Se presente mi hijo, alargando su pequeña mano con decisión ante la mirada contrariada de Adrién.

—Adrién Legrand —. contesta estrechando la mano de mi hijo y brindándole una sonrisa de esas que reserva solo para ciertas personas. Un nudo se acopla en mi garganta ante la escena de padre e hijo con las manos entrelazadas sin saber la verdad.

Me trago el nudo alzándome para salir de aquel maldito lugar y poder poner mis ideas en orden. Juntos salimos del Hospital Gartloch, en la entrada cinco coches de policías y una ambulancia nos esperan. Dos asistentes sanitarios se acercan a nosotros y nos piden que los acompañemos para revisar que estamos bien. No me niego porque quiero que revisen que Aidan no tenga ninguna lesión. Antes de ir hacia la ambulancia veo como dos agentes sacan al secuestrador esposado y en ese momento le quitan le pasamontañas.

Mi boca se abre a la vez que mis ojos al ver el rostro del malnacido que ha secuestrado a mi hijo y me ha retenido. No me lo puedo creer, al parecer mi hermano tampoco porque su cara también refleja el asombro.

—Ángelo...—. siseo. Y sin pensar me lanzo contra él, para asestarle varios goles en la cara.

—¿Porque maldito? —. grito fuera de mí.

Los policías intentan sepárame de él sin conseguirlo hasta que unos brazos me agarran y me cargan sobre sus hombros, a pesar de que me resisto y pataleo.

—Quieta fiero —. susurra Adrién, mientras me lleva cargada como un saco de patatas hasta la ambulancia.

Al llegar me suelta en el suelo, pero sujeta mis brazos con mis manos.

—Tranquilízate, Macleod. La justicia se encargará de él. Ahora se buena y deja que te revisen.

Dicho esto, allí me deja estupefacta, primero porque me ha cargado como un saco delante de todos, y segundo porque después de muchos días he vuelto a ser Macleod, de esa forma despectiva que logra molestarme.

“¿Dónde ha quedado Ayleen? ¿Y sus bellas palabras para conquistarme?”

Adrián Legrand

Al mirar a los ojos a Aidan algo en mi interior se rompe, porque esos ojos que me fulminan con curiosidad, son tan parecidos a los míos que mi alma se encoge. El rostro del pequeño es una copia mía solo lo diferenciaba su pelo negro igual que el de Ayleen. Ahora sí que no albergo ninguna duda de que este niño es mi hijo y eso rompe mi corazón en mil pedazos. Porque el amor que siento por mi escocesa se va convirtiendo en odio segundo a segundo. Porque durante seis años ha guardado este secreto privándome de poder vivir el crecimiento de mi hijo y eso por mucho que la ame, no lo puedo perdonar.

El niño se presenta cual hombrecito y alarga su pequeña mano para que se la estreche. Durante unos segundos me paraliza, aunque pronto reacciono y se la estrecho. Inexplicable, la sensación de nuestras manos entrelazadas la cual crea un sentimiento en mi interior que llena toda mi alma de orgullo y de amor por este pequeño que tengo frente a mí.

Salimos fuera y los asistentes sanitarios acompañan a Ayleen y Aidan para revisarlos mientras yo voy donde esta Brodick que está junto a inspector encargado del caso. Nos indica que debe tomarnos declaración de los hechos. A continuación vemos como sacan esposado al secuestrador y uno de los policías decide sacarle el pasamontañas.

Todo sucede demasiado rápido porque aún estoy intentando recuperarme de la sorpresa al ver el rostro que se ocultaba tras el pasa montañas cuando una enloquecida Ayleen se lanza contra él. Veo estupefacto como está aporreando a Ángelo, ante las miradas estupefactas de los agentes de la ley. Estos intentan pararla, sin embargo no lo consiguen, así que decido tomar cartas en el asunto.

Con paso acelerado llego a donde se encuentran y la cargo en hombros sin más, a pesar de su reticencia y sus pataleos. Cuando el carácter escoces de Ayleen sale a la luz solo hay un camino para pararla y es a la fuerza. Consigo llevarla ambulancia ante las miradas de todos, incluso veo como Brodick intenta reprimir la risa ante la escena, lo que logra cabrearme más.

La suelto de malas maneras y la agarro con fuerza de los brazos, ahora mismo la azotaría y la besaría a la vez, esta mujer consigue sacar lo peor y lo mejor de mí. Pero opto por el sentido común.

—Tranquilízate, Macleod. La justicia se encargará de él. Ahora se buena y deja que te revisen.

Dicho esto la dejo allí y vuelvo a donde está el inspector de policía.

Capítulo 22

Ayleen Macleod

El personal sanitario determina que tanto yo como Aidan estamos en perfectas condiciones, curan la pequeña herida en mi sien por el golpe que el malnacido de Ángelo me dio. No entiendo como ha sido capaz de hacer todos esto por muchas vueltas que le estoy dando en mi cabeza, nada cuadra.

Ángelo es un idiota, pero nunca lo hubiera creído capaz de cometer un delito de este tipo. Se que está metido en temas de juegos y apuestas junto con el gilipollas de Phillip, incluso en orgias, pero de ahí a convertirse en un secuestrador va mucho trecho. Agarro la cabeza con mis manos para evitar el dolor que me sobrecoge y no ayuda a mitigarlo tantas incógnitas en mi cerebro.

Viajamos en la parte de atrás del coche de Adrién, él conduce y mi hermano va de copiloto. El silencio es nuestra banda sonora, nadie se atreve hablar. Mi pequeño simplemente se ha quedado dormido y ha apoyado su cabecita en mi brazo. Acaricio su pelo con dulzura y cuando levanto mis ojos por el espejo mis ojos y los de Adrién se cruzan y un escalofrío recorre mi columna vertebral. Porque por mucho que quiera no puedo retrasar más el momento de decirle la verdad y eso provoca un pánico atroz en mí.

Llegamos al catillo Eilean Donan, Brodick se apresura a bajarse del vehículo y con cuidado carga en sus brazos a mi hijo adentrándose al interior de hogar. Allí en la noche nos quedamos Adrién y yo frente a frente. Con sus ojos turquesas clavados en mí, provocando miles de escalofríos en mi cuerpo y un deseo que me va ungiendo a lanzarme a sus brazos y saborearlos, devorarlo como ansío. Pero la oscuridad en su mirada y su actitud fría frena el crepitar de mi voraz lascivia.

Necesito explicarle la verdad primero y luego aceptar lo que decida, aunque conociéndolo como lo conozco, Adrién nunca va a perdonarme por ocultarle que tiene un hijo.

—Adrién, necesito hablar contigo —. alcanzo a decir, pero él sigue inamovible, sin perder ninguna de las emociones que cruzan por mi rostro.

—Verás, hace seis años cuando pasó lo que paso entre nosotros, pues hubo consecuencias —. prosigo ante su silencio e incluso bajo la mirada avergonzada —. Me quede embarazada.

La garganta reseca evita que pueda continuar, miro mis manos para evitar mirarlo a él porque estoy segura que no podré aguantar sus mirada de reproche.

—A ver Macleod, quieres decirme que cuando me entregaste tu virginidad en mitad de la oscuridad y regresaste a Escocia. Descubriste que estabas embarazada y que decidiste no contar conmigo y seguiste adelante como si yo no tuviera nada que ver en la vida de ese hijo —. El tono de su voz es duro.

Cierro los ojos durante unos segundos e inspiro una bocanada de aire.

—Tu dijiste que no querías saber nada de mí, me vetaste en tu vida e incluso en la de tu hermana —. Esta vez alzo mis ojos y los clavo en los suyos, incluso alzo mi barbilla de forma altiva.

—¿Y qué crees que hubiera hecho si me lo hubieras dicho? —. pregunta alzando una de sus cejas sin dejar su tono frío.

—No tengo ni idea, tenía dieciocho años. Y te había entregado mi virginidad junto a mi alma para que tú, inmediatamente después me echaras de tu lado, como si no significara nada —. Su actitud y mis nervios han conseguido que grite.

—Macleod—La forma de decir mi apellido es como si lo escupiese y eso me parte el corazón—quiero que sepas que jamás, escúchame bien, jamás voy a perdonarte que me hayas privado la oportunidad de ver crecer a mi hijo.

—Adrién, por favor tienes que comprender, yo ... —No puedo contener las lágrimas.

—Macleod, hasta aquí, no voy a comprender nada. Vete preparándote quiero a mi hijo. Así que ya puedes arreglártelas para decirle a niño que vivirá conmigo —. sentencia metiéndose en el coche sin más y dando un portazo.

—No...—grito y caigo de rodillas ante las ruedas del vehículo que abandona la propiedad rechinando rueda.

“Y de nuevo Adrién Legrand, me rompió.”

Arrodillada en el camino de entrada a Eilean Donan, así me encuentra Marinet, en una mar de lágrimas con las manos cubriendo mi rostro, desesperada.

—Ayleen—. susurra mientras se arrodilla a mi lado y acaricia mi pelo con cariño.

Me sorprendo al verla allí, pero sin preguntar me lanzo a ella abrazándola como si fuese mi boya en mitad de un mar bravío.

—Marinet, ¿Has venido? Pensé que te había perdido a ti también —. confieso entre lágrimas.

—No amiga, yo siempre voy a estar a tu lado, así que vamos ponte de pie y explícame que ha pasado.

Con ayuda de Marinet consigo ponerme en pie y la miro a la cara, seco mis lágrimas con el dorso de mi mano.

—Tenías razón, Adrién no me va perdonar nunca. Dice que me va a quitar a Aidan —. Mi voz suena

estrangulada entre el nudo que tengo en mi garganta y la contención del llanto, que amenaza de nuevo por brotar.

—Cálmate, amiga. Mi hermano es demasiado cabezota, recto, autoritario, pero sé que te ama como jamás amó a nadie, así que debes darle tiempo. Vamos dentro, tu padre está demasiado nervioso, no se va a calmar hasta que no te vea. Y no queremos que te vea así —. Aconseja mi amiga sonriente pasando uno de sus brazos por mis hombros.

Decido hacerle caso, hago de tripas corazón y coloco la máscara de calma en mi rostro para no preocupar a mi padre ni al resto de mi familia.

Adrién Legrand.

Conduzco perturbado demasiado agitado que no consigo levantar el pie del acelerador. Una cosa era sospechar que el pequeño Aidan era mi hijo y otra muy distinta escucharlo de sus labios.! Dios como dolía! Nunca he sido consciente del daño que unas palabras podrían causar en mi corazón.

El amor que siento por Ayleen esta envenenado por el engaño, una mentira, un secreto guardado por seis años. He anulado la reserva de la casa donde me estaba quedando no puedo volver allí, pues cada rincón me recuerda a ella y ahora mismo no puedo manejar todos los sentimientos encontrados, que fluyen en mi como una cascada amenazando destruir mi cordura. Llego al hotel donde he reservado una habitación, hago una llamadas para reservar el primer vuelo a París. Nada me retiene en Escocia, ahora solo quiero regresar a mi hogar y no pensar en ella. Borrarla de mi mente, de mi corazón y de mi piel.

La odio y la amo a la vez y eso amenaza con enloquecerme.

Entro a la habitación como alma que lleva el diablo y voy directo al mueble bar, abro la botella de Wisky y lleno un vaso. Lo agarro y vacío su contenido de un solo trago. Pero al parecer no es suficiente para sosegarme así que decido beber directamente de la botella.

Odio pensar que Chandler tenía razón, al amenazar con que Ayleen sería mi perdición y lo ha sido ya ni siquiera me reconozco tumbado en la cama vestido y amorrado a la botella. Ingiriendo alcohol para acallar todo el tumulto de pensamientos negativos que burbujean en mi mente.

Abro los ojos al notar el calor de los rayos de sol, intento acostúbrame a la luz, frente a mi observo emborronada una figura femenina parada a los pies de mi cama. Con un gesto demasiado brusco, que hace que mi malograda cabeza de vuelta, intento levantarme de la cabeza.

—Buenos días, hermano.

—Joder, Marinet. ¿Como has entrado?

—Prometo que llamé, pero al no abrirme solicité al botones que abriera la puerta —. Se explica con una calma pasmosa.

Poco a poco consigo ponerme en pie, pero el terrible dolor de cabeza amenaza con volver a tumbarme.

—Te he dejado unas aspirinas y un café en la mesita, tómatelo. Te ayudará a sentirte mejor, de la resaca quiero decir —. expone mi hermana sin moverse ni un ápice.

—Gracias—. consigo decir mientras me tomo el café y los analgésicos.

—¿Tienes vuelo? —. pregunta Marinet.

—Volaré en el avión privado, sale en una hora —. comunico mirando la hora en mi reloj.

—Okay, voy contigo. A fin de cuentas tengo que prepararme para mi boda —. expone mi hermana, la miro con los ojos entornados. Porque estoy esperando que me aborde con el tema de Macleod, pero no lo hace. En el fondo lo agradezco.

Me limito a asentir mientras desabro mi arrugada camisa con la que he dormido, apenas recuerdo lo que pasa anoche después del quinto trago. Al parecer el alcohol me dejó inconsciente que era lo que yo pretendía tanto que he dormido con la ropa puesta.

—Te espero en la cafetería —. comunica mi hermana saliendo de la habitación.

Una vez en el avión me refugio en mi portátil intentado evitar la conversación con mi hermana. No deseo hablar de Ayleen suficiente tengo con no poderla borrar de mi mente. A pesar de que es una traidora, a pesar de que me ha ocultado a mi hijo durante seis años, pero mi corazón y mi mente no se ponen de acuerdo. Una quiere odiarla y otro sigue amándola, ni qué decir de que mi piel la anhela, ni mi verga se pone en guardia al recordar sus sinuosas curvas.

Marinet va sentada a mi lado y juguetea con su móvil, absorta al parecer en sus redes sociales, lo cual agradezco.

—Adrién...

<< ¡Mierda! >> Siseo en mi mente.

—Si.

—¿Qué piensas hacer con Aidan?

Esa pregunta al fin, ya tardaba mi hermanita en abordar el tema que no tengo ni puñeteras ganas de tocar.

—¿Tu qué crees? — contesto con otra pregunta, sin apartar mis ojos de la pantalla del portátil.

—Si lo supiese no te preguntaría —. contesta deforma despreocupada.

—Tengo derecho a disfrutar de mi hijo, por lo que su madre ya lo ha tenido seis putos años. Así que lo normal sería que ahora lo tuviese el padre ¿No crees? —. contesto molesto.

—Bueno lo normal sería que el niño estuviese con sus padres, juntos me refiero. No es comprensible que dos personas que se aman y lo han hecho durante años se separen e intenten hacerse daño.

Las palabras de mi hermana provocan que levante los ojos de la pantalla y la mire con los ojos encendidos en ira.

—Definitivamente está loca si crees que puedo amar a alguien que me ha ocultado a mi hijo durante años —. gruño enfadado.

—Adrién, tenía dieciocho años y la vetaste en tu vida e incluso en la mía. ¿Qué esperabas que hiciera una niña de esa edad, embarazada? —reprocha Marinet.

Inspiro y expiro para calmar la ira que amenazada con decirle a mi hermana cosas de las cuales después me arrepentiré. Por lo que intento sosegarme.

—Tema zanjado, Marinet. No deseo discutir contigo, mi decisión está tomada —. concluyo firme.

—O lo que es lo mismo la volverás a vetar —. provoca.

—Marinet, te lo pido por favor si no quieres que discutamos evita el tema —. solicito con la poca amabilidad que me queda.

Capítulo 23

Ayleen Macleod

El día esperado ha llegado, aquí estoy en el coche de la familia Legrand camino al castillo Cheverny para celebrar la boda de mi amiga del alma, Marinnet. Pero la inquietud y los nervios me tienen en un estado constante de temblor. Porque no solo significa que mi amiga se casa, sino que volveré a ver a Adrién, y ese hecho me tiene demasiado aturdida. Hace tres días que desapareció de la puerta de mi hogar con la amenaza impresa de arrebatarme a Aidan, rompiéndome el alma y el corazón no solo por el deseo de llevarse a mi hijo sino por perderlo a él.

Estoy enamorada de Adrién Legrand, por fin después de años negando este sentimiento, puedo aceptar que lo amo como jamás amaré a ningún otro hombre. Pero lo he perdido y eso me parte en dos. Jean Paul aparca el coche en la entrada, donde ya hay varios vehículos de los invitados. Abre la puerta y me ayuda a salir, vengo arreglada. Antes de venir preferí vestirme en el hotel y pasar por la peluquería, hice hincapié a la joven estilista que disimulara las ojeras que tengo, pues después de varios días sin conseguir dormir, mi rostro demacrado y pálido era la viva prueba de ello.

Salgo del coche y atravieso la entrada donde se nota el hervidero de personal con su ir y venir. Sin pararme, subo las escaleras directa a la habitación de Marinnet, ella me está esperando. Recojo mi vestido color burdeos para no pisármelo. Concentrada como estoy mirando los escalones para no tropezar al llegar al final de las escaleras choco con algo duro.

—Maldición —. exclamo en un mísero intento de mantener el equilibrio para no caer escaleras abajo.

Pero gracias a unas fuertes manos que rodean mi cintura consigo estabilizar. El gracias que estoy a punto de pronunciar muere en mis labios, cuando mis ojos se cruzan con una intensa mirada turquesa, la misma que me persigue en sueños noche tras noche.

¡Dios mío! Mi cuerpo reacciona al minuto de identificarlo, ardiendo, deseándolo como si no hubiera un mañana. Mis ojos no pueden dejar de mirarlo, está demasiado guapo para mi propio bien. Durante unos minutos nuestros cuerpos siguen rozándose lo que está haciendo estragos en mi sexo, que se humedece solo de notar sus dedos en mi cintura.

Sin embargo la magia del momento se rompe porque el me suelta como si mi roce quemara. Sin decir nada apretando con fuerza la mandíbula baja los escalones como si realmente yo no existiera. Y eso me golpea y de repente me asalta unas terribles ganas de llorar. Aunque respiro, porque no puedo empañarle el día a mi amiga, así que voy a interpretar el mejor papel de mi vida aunque mi corazón sangre.

Llamo a la puerta de mi amiga y paso al escuchar adelante.

—Ayleen—exclama abrazándome —. Estas preciosa.

—Tu sí que estas hermosa —. Le digo admirando el vestido blanco que luce mi amiga.

En la habitación esta la maquilladora y el estilista intentado acabar de arreglar a mi amiga. Pero ella después de abrazarme se gira y les dice.

—Necesito un poco de intimidad. Diez minutos.

—Pero señorita Legrand no nos dará tiempo —. Se queja el estilista.

—Claro que si Rudolf no sufras.

Una vez solas, la mirada entornada de mi amiga no augura nada bueno.

—¿Cómo estás? —pregunta instándome a sentarme junto a ella sobre la cama.

—Bien —. contesto sin embargo no parece convencida.

—Sabes que cuando te vea mi hermano le va a dar una ataque al corazón con ese escote que te has puesto —. comenta divertida.

—Ya me ha visto y para tu información me ha ignorado —. confieso.

—Es buen actor, pero apenas come, solo trabaja y cuando no se encierra en su despacho con su amiga la botella —. explica Marinnet.

—Marinet por favor. Él ya ha tomado la decisión, debes aceptarla yo lo intento. Por lo que te pido que no te metas. No quiero que la relación que tienes con tu hermano se empañe porque culpa de lo nuestro —. Pido a mi amiga en sinceridad.

—Bueno... No te preocupes que no llegara la sangre al rio. Además debo explicarte algo. No creo que sea realmente lo tuyo con mi hermano lo que empañe mi relación con él...

Mis ojos se abren con sorpresa esperando que mi amiga explique qué es lo que quiere decir.

Adrién Legrand

El alma se cae a mis pies cuando la veo subir las escaleras concentrada en los escalones, está demasiado hermosa para mi tranquilidad. Embobado, así estoy mientras la observo, llevo días anhelándola como nunca y ahora la tengo frente a mí al alcance de mi mano. Cada fibra de mi ser grita de alegría al contemplarla. En un segundo reacciono al

verla chocar con mi cuerpo y perder el equilibrio. Mis reflejos actúan agarrándola de la cintura con mis brazos para evitar la caída.

Error y de los grandes porque la pletina de mi pantalón se tensa al rozar su cuerpo. Y mi garganta se seca al tenerla entre mis brazos, como mi piel lleva anhelándola desde que la dejé arrodillada en la puerta de su hogar. Por un momento la enajenación se apodera de todos mis sentidos y estoy a un paso de devorarla, como el salvaje que soy y que me siento.

Pero mi sentido común se impone y me separo de su cuerpo como si quemase, porque en realidad es así. Ayleen Macleod quema todos mis sentidos tan solo con su presencia. Llevo días sin poder sacármela de mi maldita cabeza, de nada sirve el odio alimentado pues el anhelo lucha por imponerse.

Intento sosegarme y camino en dirección al jardín donde esperan los invitados para la ceremonia. Mi móvil suena y lo cojo extrañado.

—Si —. contesto

—Señor Legrand soy el inspector de policía que lleva el caso de los Macleod. El señor Brodick me ha facilitado su contacto, porque ya hemos analizado el aparato de móvil que nos entregó incluso el imputado ha confesado el nombre de su cómplice. La Señorita Gabrielle. El señor Macleod ha insinuado que usted podría facilitarnos su ubicación.

—Si por supuesto yo puedo decirles donde encontrarla, digo ahora el nombre de la cómplice de Ángelo. No me sorprende la verdad. Ahora le envío la dirección exacta donde pueden encontrarla.

No sé porque no me sorprende que Gabrielle esté implicada en el secuestro de Ayleen y mi hijo. La ira vuelve hacer mella en mí, al pensar en que ambos podían haber muerto, por esa descerebrada el títere de Ángelo. Retomo mi camino a los jardines de Cheverny y alcanzo una de las copas que llevan en una bandeja los camareros, la vacío de un solo trago para hacer acopio de las fuerzas necesarias que creo que voy a necesitar.

Todavía no tengo ni idea como voy a conseguir resistir la tentación de tocar a Ayleen, de no encerrarla en una habitación para hacerla mía como deseo. Porque el odio que siento por su mentira se disipa cuando la veo y la lujuria y las ganas de hacerla mía se imponen.

—Empiezas pronto, Legrand.

La voz altanera de Kris Adagio me molesta, siempre lo hace. Porque este hombre es un repelente, nunca me ha caído bien, mi rival en los negocios a pesar de que he vendido todo el legado de mi padre. Pero eso no lo hace un tipo soportable para mí.

—No todos los días se casa mi hermana pequeña —. exclamo como justificación.

Al decir mis palabras es Kris quien vacía su copa de un solo trago, lo cual resulta un poco extraño.

—A la salud de tu hermana, entonces —. expresa con una mirada furibunda y desaparece entre los invitados.

Este tipo siempre logra desconcertarme, pero como tengo demasiados frente abiertos prefiero ignorarlo.

Al fondo veo como Gabrielle alterna con los invitados como si fuese la reina de la fiesta y me entran ganas de correr hacia ella para partirla ese cuello que tiene. Aunque soy consciente de que debo dejar que la justicia se haga cargo de ella.

Desde mi posición puedo ver que Ayleen ya ha bajado y saluda a varios de los invitados, mis ojos no la pierden de vista por mucho que quiera resistirme. Veo como el idiota de Adagio se acerca y la saluda con dos besos demasiados cerca de las comisuras de su boca para mi gusto. Mi sangre hierve como en una olla a presión, los celos se desatan en mis entrañas sin medida. Reprimo las ganas de ir hacia donde están y arrancarla de su lado sin ninguna explicación.

<<Mia >>ruge mi interior.

Maldición esta mujer va acabar con la poca cordura que me queda. Adagio se queda plantado a su lado y veo como Ayleen sonrío coqueta, esa es la gota que colma el vaso. Sin pensar, dominado por los celos, pongo rumbo a donde están.

—Te la robo un minuto —. digo sin darle opción a Adagio a replicar.

Agarrándola por el brazo, presionando lo justo para no dar el espectáculo ante los invitados consigo que Ayleen me siga sin mucha reticencia. Juntos entramos en mi despacho y cierro la puerta.

—Se puede saber que pretendes arrastrándome delante de todos los invitados —. ataca con los brazos en jarra furiosa.

Mis ojos se clavan en su escote que rebota por la furia y la posición adoptada y en algún momento mi cordura se pierde del todo. Así que me abalanzo sobre ella y la atrapo entre mi cuerpo y la puerta de despacho. Sin darle tiempo de reacción, mi boca devora la suya de forma voraz. Desatando toda el cúmulo de anhelo acumulado en tres días y pierdo la lucha contra mi voluntad. Ella reacciona con el mismo deseo, la misma urgencia y sus brazos vuelan a mi nuca presionando para profundizar nuestro beso.

¡Dios, cuanto he echado de menos su sabor.!

Mis manos se apresuran a sacar esos turgentes pechos del maldito escote de su vestido, ese que me tiene loco desde el minuto cero en el que mis ojos se clavaron en él. Los masajeo con premura mientras hambriento no separo mis labios de su boca. El palpar de mi erección me empuja a agarrar sus nalgas y apretarla contra mi inflación. Los gemidos que emite Ayleen en mi boca, amenazan con hacerme perder el poco control que me queda.

Los golpes en la puerta hacen que pare bruscamente, con la respiración acelerada al máximo, sin apartar mis ojos de Ayleen. La bajo de mi cintura con suavidad y pongo un dedo en sus hinchados labios.

—Señor Legrand, le están esperando para acompañar a la novia al altar.

La voz amortiguada del empleado tras la puerta hace que vuelva a realidad, a donde me encuentro y en el hecho que es la boda de mi hermana, mientras yo estoy aquí como un adolescente devorando a lo salvaje a Ayleen. Y es que esta mujer hace que pierda la cabeza.

—Está bien enseguida voy —. contesto sin abrir.

Cuando calculo que ya no puede oírme me doy la vuelta y miro a Ayleen con intensidad.

Ella preciosa con las mejillas arreboladas y los labios inflamados de mis besos, tan apetecible que en este momento no quisiera estar en ningún otro lugar.

—Ayleen, ahora nos toca vivir la boda de mi hermana. Cuando acabe tú y yo hablaremos largo y tendido. Pero solo te advierto que como te acerques a Adagio te cargaré al hombro sin importarme la gente y te encerraré en mi dormitorio —. amenaza señalando con mi dedo y abandonando el despacho sin darle la oportunidad a contestar.

Porque sé que enzarzarme en una discusión con mi escocesa derivaría, en que la follara sin medida, sin importarme la boda de mi hermana. Por lo que la huida es lo mejor en estos momentos.

Capítulo 24

Ayleen Macleod.

Estupefacta, así es como me siento ahora mismo, en el interior del despacho de Adrién, después de que el salga del mismo. Dios mío, este hombre hace que pierda el sentido. Pero mi corazón aletea contento, porque Adrién de nuevo se ha acercado a mí, me ha besado y si no llegamos a ser interrumpidos todavía estaríamos deshaciéndonos en arrumacos.

<<Quizás todavía hay alguna posibilidad de que me perdone>> pienso

Bueno me apresuro a retocarme los labios con el pintalabios de urgencias que llevo en la liga y salgo a los jardines, para no perderme la boda de mi amiga.

Intento colocarme en las sillas de principio, aunque luego me arrepiento al ver como Gabrielle está sentada en la misma fila que yo. Sus ojos claros me fulminan cargados de rabia, pero la ignoro. Fijo mi mirada en Phillip que con su perfecto smoking espera a su futura mujer.

<<Capullo>> siseo sin que nadie me escuche.

Por el pasillo coronado por flores avanzan Adrién, arrebataador como siempre y de su brazo Marinnet, hermosa con su vestido blanco. Mi amiga luce sonriente, satisfecha. Adrién la entrega al novio estrechando la mano del mismo antes de dirigirse a la fila, donde yo misma me encuentro para sentarse. Sus ojos se cruzan con los míos y sin duda viene hacia mí y se coloca a mi lado.

Sonrío.

La ceremonia empieza con el juez de paz.

Nos hemos reunido aquí para que Philip y Marinnet se unan en matrimonio a continuación los novios leerán los votos que ellos mismos han escrito.

Comenzará el novio, Phillip.

Marinet, prometo amarte siempre, contar contigo, respetarte y serte fiel cada día de mi vida. Por eso te solicito que me aceptes.

Siento como mi estómago se revuelve ante la hipocresía de Phillip, fiel sobre todo cuando es un cliente fijo en los locales de orgías. Ahora le toca el turno a Marinnet, mi amiga para sorpresa de todos y del mismo novio, hace un gesto con su mano, para que unos de los camareros pongan una pantalla de setenta pulgadas portátil.

—Bueno yo, no voy a leer los votos, he pensado que sería mejor dedicarte un video—. explica Marinnet sonriente, con un extraño brillo en sus ojos.

Mi amiga saca un pequeño mando y presiona el *play*. Ante los mil invitados que ocupan los jardines de Cheverny, el video comienza. Las caras de estupor de los padres de Phillip al ver a su hijo participando activamente en una orgía, son dignas de admirar. El mismo novio no da crédito a lo que ve en la pantalla.

—Marinet—. gruñe furioso Phillip y se lanza contra ella, para arrebatarle el mando.

Ella se lo entrega de buena gana, sonriente mientras lucha por parar el video ante los miles de ojos que lo miran con reprobación.

—Bueno quiero dar las gracias a todos por asistir, como comprenderán no va haber boda, pero si baile y comida, disfruten—. proclama Marinnet satisfecha.

Adrién hace el intento de acercarse a su hermana, yo que adivino sus intenciones y lo impido cogiéndolo de la mano, él me mira sorprendido.

—Adrién, déjala, Marinnet sabe defenderse sola—. Le digo.

El decide hacerme caso y darle un voto de confianza a su hermana.

—Eres una zorra...—sisea Phillip con los ojos encendidos en sangre, lanzándose directo a agredir a Marinnet.

Yo sigo sujetando a Adrién, de la nada sale Adagio y carga a la novia en brazos, apartándola del furioso novio y juntos desaparecen.

El revuelo que se acaba de formar ante la inminente fuga de la novia provoca que muchos de los invitados se sientan desconcertados, así que ni corta ni perezosa, pongo rumbo al altar, donde aún permanece el juez de paz con cara de pez, boqueando ante lo acontecido.

—Señores, tal como ha dicho la novia pueden pasar al catering para disfrutar de la comida y el baile—. repito intento sosegar a la gente.

Parece que surge efecto y los comensales se van derivando a las carpas donde se servirán la comida y la bebida. Concentrada como estoy en ver como los invitados se reorganizan, no veo a Phillip, el cual se abalanza contra mí y me agarra del cuello.

—Es culpa tuya, zorra. Te dije que te arrepentirías si le contabas algo a Marinnet y ahora vas a pagar por cotilla—. Grita, mientras presiona con sus manos mi cuello.

Empiezo a notar como me falta el aire aunque intento golpearlo con mis manos, pero no lo logro.

“¡ Dios mío voy a morir!”

Cuando poco a poco siento como mis ojos empiezan a pesar por la falta de oxígeno, para mi sorpresa Phillip me suelta porque es arrancado de mi lado por un enfurecido Adrién. Lo tumba en el suelo y comienza a golpearlo con saña. Con la mano en mi garganta e intentando recuperarme del ataque, me acerco a Adrién y lo agarro por el hombro.

—Por favor, no merece la pena —. susurro en su oído—Estoy bien.

Segundos después Adrién lo suelta y se levanta con una mirada asesina que jamás habado visito en sus ojos turquesa. Lo sujeto del brazo mientras la madre de Phillip intenta atender a su hijo, que está sangrando. Adrién saca su teléfono y avisa al personal de seguridad para que lo saquen de su propiedad.

—Eres un maldito hijo de puta, predicas con el ejemplo, pero tu conducta dista mucho de ser correcta. O sino explícales a todos porque llevas años follándote a la amiga de tu hermana —. provoca Phillip desde el suelo poniéndose la mano en su nariz sangrante.

Adrién se gira dispuesto a volver a la carga con la paliza, pero yo lo detengo.

—Por favor, no merece la pena.

En ese preciso momento llegan los de seguridad y a regañadientes de Phillip, consiguen sacarlo de Cheverny y sus padres van con él.

Adrién aprieta los puños, puedo notar como intenta calmarse, respirando con dificultad.

—Adrién ya está, cálmate. Esta todo bien.

Pone una de sus manos sobre mi cuello y revisa las marcas que han dejado las manos de Phillip en mi cuello.

—Debería haberlo matado, por lo que te ha hecho —. gruñe.

Lo abrazo y el me corresponde estrechándome contra su cuerpo y por primera vez en mucho tiempo sé que estoy donde quiero estar.

—Bonita imagen, es vomitiva.

La voz de Gabrielle hace que Adrién se separe de mi como un resorte y la mire con los ojos entornados.

—¿Qué buscas, Gabrielle? —exige Adrién molesto.

—Nada, permíteme desearos lo peor. Porque no lo siento de otra manera. Al final la mosquita muerta ha conquistado al gran Legrand —. provoca con mala cara.

—Okey, si ya nos has trasladado tus perversos deseos, puedes largarte a otra parte —. La invita Adrién.

—Está bien, ahí te quedas con tu adorada Ayleen y su hijo bastardo.

Yo seguía a lado de Adrién sin intervenir, pero cuando esa Barbie siliconada se atreve a nombrar mi hijo, una furia intensa se apodera de mí y me lanzo como una salvaje, agarrándola del pelo.

—Ayleen —. grita Adrién, haciendo el intento de sepárame de ella, hasta que consigue alzarme en brazos para que logre soltarle su rubia cabellera.

—Eres una zorra. —sisea Gabrielle poniéndose en pie.

—Señorita Gabrielle Dupin.

Gabrielle se gira para enfrentar al recién llegado que acaba de acercarse a nosotros.

—Si ¿y usted quién es? —pregunta altiva.

—Soy el inspector de policía Chévere, tengo una orden de arresto para usted por el secuestro de Aidan Macleod y Ayleen Macleod —. informa el hombre bajito y moreno enseñando su placa al vez.

—Creo que es un error —. dice nerviosa.

—Bueno, eso me lo explica en comisaría —. dice el hombre mientras la agarra y la saca a rastras ante las quejas de la Barbie.

Miro asombrada la escena, no entiendo nada. En ningún momento hubiera pensado que ella tenía algo que ver en lo que nos pasó a mi hijo y a mí.

—¿Tu lo sabias? —. pregunto mirando a Adrién para nada sorprendido.

—Si me llamaron hace horas explicando que Ángelo había confesado. Al parecer Gabrielle fue la instigadora —. explica Adrién, pasando unos de sus brazos por mi cintura.

—Nunca lo hubiera pensado, pero si la policía lo ha investigado la prefiero entre rejas —. confieso satisfecha.

—Bueno ahora nuestra charla deberá esperar. Porque tengo que ir a busca a mi hermana —. proclama Adrién haciendo el intento de irse.

—No, eso no. Marinnet está bien, lo tenía todo preparado. Ha dejado que todo llegue a este punto para darle una lección a Phillip, pero está bien —. Le explico para tranquilizarlo.

—¿Tu lo sabias? —pregunta alzando una de sus doradas cejas.

—Si. —confieso.

—Bueno pues si es así, Macleod tenemos una conversación pendiente —. dice, mientras su labios besan mi cuello y sus brazos rodean mi cintura, haciendo que me derrita, como un cucurucho en el desierto.

Prólogo

Tres meses después

En una nube, así me siento desde el día de la frustrada boda de Marinet. Adrién y yo juntos construyendo un futuro, una familia. Aidan ha aceptado encantado conocer al fin a su padre. Y yo no quepo de júbilo al verlos jugar y compartir risas en los jardines de Cheverny.

Doy instrucciones a Amelie para el aperitivo mi hermano y Diana están a punto de llegar, para pasar unos días con nosotros. Adrién no estaba dispuesto a separarse de mí así que me ofreció un puesto de trabajo en su empresa, pero Brodick se negó.

Según mi hermano los Macleod se deben a la empresa familiar. Así que Fraser Macleod destilerías ha abierto una sucursal en París y allí trabajo.

Soy feliz no puedo negarlo. Salgo al jardín y veo a mis chicos rodando por el césped luchando por la pelota. Aidan es muy competitivo, tiene a quien parecerse.

Los ojos de Adrién se cruzan con los míos y se levanta dejando al niño seguir jugando con la pelota, para acercarse a mí.

—Ya le he dicho caperucita que hoy está especialmente apetecible. Susurra pegando sus labios a mi cuello.

—Si unas cuantas veces—. bromeo burlándome.

—No me provoques —advierte rodeando mi cintura con sus brazos—O tendré que encerrarte en nuestro dormitorio.

—Adrién mi hermano y mi cuñada están a punto de llegar, compórtate—. regaño.

El divertido pega su cuerpo al mío y sigue haciéndome arrumacos.

—¿Has llamado a Marinet? —. pregunto, sabiendo que es un tema escabroso.

Mi amiga lleva días intentando hablar con su hermano, pero el cabezota de Adrién no coge el teléfono.

—No tengo nada que hablar con ella—. gruñe separándose.

—Adrién, mi amor, algún día tendrás que hablar con ella —. comento acariciando su rostro con dulzura.

—Ayleen ya te he dicho, que si no quieres discutir, no saques el tema de Marinet —. sentencia molesto.

Decido dejar el tema por ahora. Desde que mi amiga huyera de su boda abandonando a Phillip, nada había sido igual para los hermanos.

Adrién puso el grito en el cielo, cuando se enteró que Marinet se fue a Londres y trabajaba como cantante en uno de los locales de Adagio. Eso casi lo hizo enloquecer, aunque logré retenerlo, para que no saliera a buscarla.

A lo lejos veo un coche llegar y decido dejar a un lado mis preocupaciones. Aidan corre emocionado ante la llegada de sus tíos y la emoción me embarga de nuevo.

Mi vida hoy por hoy es perfecta, nunca imaginé que pudiera ser tan inmensamente feliz...

FIN.

BIOGRAFIA

Shelly Kengar es el seudónimo bajo el que escribe Chelo Tello Camúñez. Nació en 1977 en un pequeño pueblo de Murcia, emigró junto a su familia con nueve años a Barcelona, catalana de adopción y de corazón. Sus grandes pasiones, escribir y leer desde muy temprana edad. Mamá de dos torbellinos de colores como zipi y zape pero en femenino. Adicta al café y las risas.

Auto publicó su primera novela Siempre fuiste tú... en marzo de 2021 y la segunda una Biología cuyo primer tomo se titula Enganchada Nombre Clave I en julio de 2021. También está disponible la segunda parte de la Biología Nombre en Clave II

Shelly Kengar también es Booktragrammer como Romanticbooksgram reseña todos los libros que lee. Cofundadora del Clubtintayletras (iniciativa para dar visibilidad a autores autopublicados)

Libros de la autora:

Siempre fuiste tú...

Enganchada nombre en Clave I

Atrapada Nombre en Clave II



